J.J.BENITEZ

CARTAS A UN IDIOTA

Memorias de un desmemoriado

A Jiménez Moreno, Tomás Daroca, Lola Gómez, Mercedes Castrillo, Manolo Mato, Carlos Garda, Juani Delgado, José Manuel Jiménez Moragas, José Aciara, Luis Miguel, María José Camacho, Trinidad Merino, Manuela Cueto, Soledad Galindo, Toñi Montes, Pepe Orcero y Paco Martín (entre otros)) por hacer fácil lo difícil.

Y a Blanca, por supuesto.

Bilbao 30-8-03

Ese mundo de la ciencia viene a ser cual un enjambre de mecanismos que nos suministran objetos y que, en tanto que seres, resultan meras sombras. Porque hay otro mundo mucho más real para nosotros. Lo vemos, lo sentimos y todas nuestras emociones nos enlazan con él.

No podemos analizado ni medido.

Su misterio es infinito.

Sólo podemos decir: «Aquí estás.»

Ese mundo de la emoción se halla lejos de la ciencia; y es el arte quien lo ocupa.

RABINDRANATH TAGORE

PRIMERA PARTE

Nada de guiones. Nada de estructuras o andamiajes. Es la primera vez que lo intento y lo conseguiré. ¿Puedo permitirme ese lujo? ¿Puedo escribir para mí mismo? ¿Puedo «olvidar» a la editorial e, incluso, a los lectores? Después de 49 libros escritos y 44 publicados tengo ese derecho (creo). Quiero escribir por el placer (o por el dolor) de escribir. Con una idea en el horizonte. Eso es todo. Mejor dicho, con un sentimiento en la lejanía. Eso es todo. Después y ahora, ya veremos qué sale...

Sin guión. Eso es. A cuerpo descubierto. Dejando que gobierne el corazón. Dejando que la razón se enfríe. Pensando sólo en lo que sucedió. Pensando en ella...

9 DE JULIO (2002)

MARTES

Fue poco después de las 16 horas. Probablemente estaba cansado y decidí relajarme. Me acosté en el dormitorio y esperé. El sueño, sin embargo, no llegó. Y prosiguió la batalla: serie de televisión sin terminar, nuevas investigaciones, viajes inmediatos, deudas, ¿ingresos?, hijos, libros a entregar a los editores... ¡Cómo me gustaría pensar «en una sola dirección»! Pensar en algo, sí, y después, en lo siguiente. Pensar ordenadamente. Pero eso, al parecer, no es humano.

Y ocurrió. De pronto -poco después de las 16 horas- la vi. Era julio. Hacía calor. Estaba desnudo sobre la cama. Al fondo, sin sonido, gesticulaban los colorines de un televisor. No puedo explicado, pero allí estaba. Mi pie izquierdo no era un pie. Y me sobresalté. No sé cómo ni por qué pero mi pie se transformó en una calavera. Y me asusté. La vi con claridad. Era un cráneo humano. Un cráneo que se movía despacio, muy lentamente. Unos movimientos que coincidían con los del pie (!). Durante algunos segundos no me atreví a parpadear. ¿Qué era aquello? ¿La muerte?

Y de un salto escapé de la visión y del lugar. Fue inútil. Seguí reteniendo la imagen en mi memoria. Hoy, incluso, después de lo ocurrido, sigue ahí,

con las cuencas negras, enormes y absorbentes. Y me mira sin palabras. Entonces, y ahora, me pregunto: ¿fue un aviso? Y lo más importante: ¿se cumplió o está por cumplir?

Minutos después -a eso de las 17 horas-, Blanca, mi mujer, me reclamaba desolada. *Nicolás* acababa de aparecer flotando en el agua del retrete, en el pequeño baño situado en el lavadero. El hermoso mirlo negro (todavía una cría) se había caído del nido pocas horas antes. Y Blanca, con dulzura, lo alimentó y preservó. Fue un milagro que nos percatáramos de su presencia, en mitad del jardín, y entre el continuo ir y venir de *Zal* y *Odín,* los perros que guardan el lugar. La madre, enloquecida, me sobrevoló en dos o tres oportunidades, mientras buscaba la forma de capturarlo y ponerlo a buen recaudo. Recuerdo que levanté la vista y le dije: «Tranquila. Te lo devolveré en cuanto se recupere.»

No vivió mucho. En un descuido terminó ahogándose en un retrete. Era la segunda «señal» en un solo día. Dos «señales» claramente emparentadas con la muerte. Así, al menos, lo percibí y así quedó escrito en uno de mis cuadernos de campo. ¿Dos avisos? ¿Dos advertencias sobre la muerte? ¿La muerte de quién? Obviamente, quien no me conozca pensará –con razón- que cuanto he referido es consecuencia de la locura. Muy bien. ¿Qué puede importarme ese tipo de opinión? Yo sé que fue real. Yo sé que el mundo funciona con «señales», aunque la mayor parte de cuantos habitamos el planeta somos «ciegos» (de nacimiento).

13 DE JULIO

SÁBADO

Cuesta vencer la inercia. No es fácil escribir para uno mismo. No, al menos, después de toda una vida entregada a la investigación y difusión. ¿Me estaré engañando a mí mismo? ¿No será que el subconsciente continúa trabajando para el lector? Que sea lo que Dios quiera...

Ese sábado recibí una mala noticia: Castillo, el viejo y leal pescador, mi amigo, fue ingresado en el Hospital de Puerto Real. Problemas con el cansado corazón...

Al verlo en la UCI regreso a la imagen del pie izquierdo convertido en calavera humana. Me estremezco. ¿He acertado? ¿Se muere mi amigo?

Las horas discurren lentas. Más que lentas, pesadas y en tinieblas. Pero Castillo sale adelante. Quizá la visión del cráneo sólo fue un aviso. Por supuesto, nadie sabe nada. Tampoco Blanca.

14 DE JULIO

DOMINGO

Emprendo un nuevo viaje. Esta vez a Bilbao. La serie de televisión «Planeta encantado» se encuentra en pleno montaje. Con un poco de suerte podría estar concluida en dos o tres meses. No hagamos planes...

Castillo se recupera. Lo he visitado de nuevo y he leído el miedo y la preocupación en sus ojos. La muerte ha pasado de largo pero, durante unos instantes, se detuvo y le miró. Castillo lo sabe y me lo ha dicho sin palabras. Promete dejar de fumar y vivir. (VIVIR, con mayúsculas.) Mientras consumo los 1.100 kilómetros que separan Barbate de Bilbao, yo también pienso en VIVIR y en dejar de fumar. Y lo hago intensamente (mientras fumo).

¿Dejar de fumar? ¿Después de cuarenta años? Lo veo casi imposible...

No entiendo. ¿Por qué sigo viendo la calavera humana en mi pie izquierdo? Castillo ha salido adelante. Quizá estoy equivocado. Quizá estaba dormido y sólo fue un sueño. Un mal sueño. ¿O no? Yo sé que no.

¿VIVIR, con mayúsculas? Otro viejo y añorado sueño. Lo predico casi a diario, en mis libros. VIVIR. Eso es lo que cuenta. Sin embargo, soy el primero que no lo cumple. No VIVO. En el mejor de los casos, MALVIVO. y los pensamientos (en todas las direcciones) me atropellan: lunes (reunión con montaje), la música no me gusta, llamada al cura Iñaki (sabe de un caso de «resucitado»), almuerzo con el equipo, no olvides la visita al asesor (el capítulo de Colón conviene someterlo a una sepia), echo de menos a Blanca, la productora no responde, demasiado rojo en el Sahara (cómo filtrarlo), me falta tiempo (debo empezar el quinto volumen; me inclino por Tassili), cómo viviremos a partir del otoño (no sé nada de la editorial), quiero retirarme.. .

Lo sé. No es bueno vivir con minúsculas. En realidad no puedo hacer otra cosa. Alguien tiene que pagar las facturas. ¿O no?

15 DE JULIO

LUNES

Bilbao. 8 horas. Al tratar de cumplir uno de los encargos de mi mujer sucede algo preocupante. Ocurre en plena Gran Vía. Es decir, en un terreno plano. De pronto me asalta un dolor intensísimo. Es como un

lanzazo en mitad del pecho. Voy frenando el paso. El dolor se ramifica por los brazos. Siento un extraño ahogo.

¡Maldito tabaco! Sudor frío. Tengo que detenerme. Lo hago junto a un semáforo (para disimular). El dolor va desapareciendo y termina por extinguirse. Miro a mi alrededor. La gente camina. Mira sin ver. Todo parece normal. Todo menos yo...

Me asusto. El afilado dolor se ha prolongado durante medio minuto. Me da miedo continuar la marcha. ¿Por qué tengo miedo?

Avanzo de nuevo. Muy despacio. El día es precioso. Debo animarme. Queda mucho por hacer. Terminada la visita al asesor volveré a Llodio, a los estudios. El dolor -concentrado y pulsante- regresa por segunda vez. No es un dolor: es un cañonazo en pleno tórax. El sudor frío (¿será el pánico?) me delata. Miro a mi al rededor, como si la puñalada fuera compartida. ¡Pobre idiota! Nadie mira a nadie.

Me detengo. Calculo el trayecto recorrido: apenas cien metros. ¡Dios! ¿Qué ocurre?

El dolor remite. Se apaga como una vela. Queda un hilo (una columna en mi memoria). Respiro hondo. No sirve de mucho. El miedo me ha tomado del brazo. Pero, ¿cómo es posible? Esto no está sucediendo. Yo no soy el protagonista...

Tercer intento. Otros cien metros. Otro semáforo. Esta vez el dolor se presenta sin avisar. Asciende de golpe, casi hasta la garganta. Mi boca está seca (del terror, supongo). Creo reconocer los síntomas. Tres «avisos» en poco menos de trescientos metros y en poco más de tres minutos. Esto podría ser un infarto. ¿Infarto? Es decir, muerte o posible muerte. Pero... Nunca una avenida me pareció tan larga. Nunca, creo, estuve o me sentí tan solo y desamparado. Si continuaba caminando podía caer fulminado. ¿Qué hacer? ¿Llamar? ¿A quién? Blanca se encontraba en «Ab-ba», a más de mil kilómetros y ajena a todo. Y la timidez y una estúpida tozudez me mantuvieron al margen de cuanto me rodeaba. Esto pasará -pensé-. Resiste. Y así lo hice. Resistí en mitad de la nada, sentado en un solitario banco, esperando con terror la nueva acometida del dolor. Entonces recordé: no era la primera vez que experimentaba aquella puñalada en mitad del esternón. La primera fue en la isla de Pascua, en enero de ese año 2002. Pensé en el tabaco. Después ocurrió en el Tassili N' Ajer, en Argelia. Después en Israel y Jordania...

¡Qué absurdo! ¿Por qué me empeñaba en sumar el número de infartos (?) experimentados en esos seis meses? Sumé trece, como mínimo (que pudiera recordar). Trece puñales. ¿Trece «avisos»? Y de nuevo la calavera

en el pie izquierdo. El sudor frío me hizo temblar.

Me negué a aceptado. «Esto no está sucediendo. No a mí.» Y llevé a cabo un provisional y, probablemente, más que falso examen de conciencia. Tengo 55 años -me dije-. Soy una persona sana *y* deportista. Hago miles de kilómetros al año. No bebo, prácticamente. La dieta es casi espartana. Fumo, eso sí, pero sólo uno o dos paquetes al día. No puede ser. Esto no va conmigo.

La mentira (¿o no fue tal?) se apagó un par de horas después cuando, en mitad de una de las grabaciones, «olvidado» el percance de la mañana, el dolor llamó nuevamente a las puertas aunque -eso sí-, en esta oportunidad, con los nudillos. No lo dudé. Llamé a un buen amigo (el doctor Larrazabal) y, naturalmente, «suavicé» la situación. De haberle dicho la verdad, lo más probable es que todo hubiera quedado en suspenso. ¿Interrumpir el trabajo? Eso era impensable. Más aún: absurdo. Y la cita en el Hospital de Santa Marina fue establecida para la mañana del martes, 23 de julio. ¡Ocho días después! Ocho días en los que, obviamente, sólo pensé en el trabajo y en mi mujer.

Sin comentarios...

23 DE JULIO
MARTES

12 horas. Me presento en el hospital. Mejor dicho, nos presentamos: el miedo y yo. Manu Larrazabal, como siempre, equilibra los ánimos. Sonríe y solicita paciencia. Sólo se trata de pruebas. Pura rutina. Mi amigo escucha y observa. Por eso es un maestro.

Sigo pensando que todo es una pesadilla. Esto no está sucediendo. No a mí. Pero las pruebas médicas no son fantasía.

13.30 horas. Manu me recibe de nuevo. Examina las placas, electros, etc., y sentencia: «tienes que hacer otras pruebas. En especial la de esfuerzo. Será mañana, a las 9.30».

Veo que tantea. Sabe que soy fuerte, pero quiere asegurarse. «Podría (?) tratarse de una angina de pecho...» Subraya el potencial simple: «podría».

Más o menos intuyo de qué está hablando. El estómago se hace un nudo. Algo falla en el corazón.

«... Cuando las arterias se obstruyen -prosigue el médico midiendo

cada palabra-, la sangre puede no llegar a determinadas zonas del corazón o llegar en una cantidad insuficiente. Si ocurre algo así aparece la angina de pecho. Es decir, un dolor, opresión o malestar que coincide con el ejercicio, trabajo, emociones, etc., o con el reposo...»
Arterias obstruidas. Cerradas o casi. La sangre no llega y, por tanto, el oxígeno no alimenta al miocardio. El corazón «protesta» y se produce la angina o, en el peor de los casos, el infarto. En otras palabras: la angina de pecho era un aviso, un paso previo. La muerte, en efecto, estaba rondándome. ¿Era así? El doctor asintió con la cabeza. Pero, de inmediato, aclaró: «debemos esperar las nuevas pruebas...».

El resto del día transcurrió en un territorio desconocido para mí: el de la incredulidad. El trabajo prosiguió, claro está, pero con el piloto automático. Mis pensamientos, en desorden, giraban como burros ciegos en torno a una idea central: «puedes morir en cualquier momento».

¿Morir? ¿Yo? ¿Por qué? En esos críticos instantes comprendí que, a pesar de mis múltiples escritos sobre la muerte, no estaba preparado. Todo era teoría. Bellas palabras. Hermosas y prometedoras ideas. Sólo eso. En el fondo estaba aterrorizado. Tan asustado que, incluso, prescindí de la caótica noria de los pensamientos. Y me encerré en mí mismo, con los ojos del alma abiertos como platos.

24 DE JULIO

MIÉRCOLES

Hay momentos en la vida en los que, no sé por qué razón o razones, todo se precipita. Eso fue lo que percibí en aquella mañana.

El doctor Larrazabal me recibió con su acostumbrada sonrisa. Y se mostró especialmente cariñoso. Siempre lo fue conmigo, lo sé, pero, en aquella oportunidad, detecté algo fuera de lo normal. Era como si supiera, como si intuyera. Naturalmente guardó silencio.

9.30 horas. Servicio de Cardiología. Hospital de Santa Marina (alrededores de Bilbao). Observo por las ventanas. El día se acerca luminoso y espléndido. No comprendo. Hoy, justamente, debería presentarse de acuerdo con las circunstancias. Me niego a seguir pensando en la muerte. Probablemente, todo sea un error.

Ascen (¿por qué hay nombres que jamás se olvidan?) indica que me desnude de cintura para arriba. Sorpresa: los dedos tiemblan. No me atrevo

a inspirar en profundidad (cualquier cosa con tal de no despertar al dolor). Echo de menos a Blanca. Todavía no sabe nada.

La enfermera señala una cinta sin fin, una de esas máquinas para correr o caminar. La mujer me invita a subir y procura hacer fácil lo difícil. Le basta con un par de sonrisas. Se lo agradezco desde detrás del miedo. Y empieza una lenta y, para mí, indescifrable tarea de conexiones. Es la prueba de esfuerzo. Un galimatías (en forma de cables) me conecta con una o varias máquinas y monitores (?). El miedo parece un impermeable.

Se trata de medir el nivel de esfuerzo que puede tolerar el corazón. En este caso, un corazón aterrorizado. Y me pregunto: ¿medirá también el pánico? Ascen observa el brillo de la piel y refuerza la sonrisa en un generoso pero inútil intento de tranquilizarme. Y explica las funciones de la máquina. Me niego a entender. Sólo quiero que acabe cuanto antes.

«... Controlaremos la tensión arterial y el ECG...»

¿Qué puede suceder? Ascen habla de someterme al máximo esfuerzo, a un ejercicio límite que, en definitiva, provoque un dolor similar al de la puñalada en el pecho. Si eso ocurre -insiste- deberé avisar de inmediato. No pregunto. No quiero saber. Ella repite: «... En cuanto aparezca el dolor, por favor, hazme una señal.»

Una duda queda flotando en el cielo del miedo. ¿Podría ese dolor romper el corazón? ¿Podría morir aquí mismo? Me trago la incertidumbre. No sabe a nada.

La cinta empieza a rodar... Camino bien... Más rápido... Quince segundos... Más velocidad... Treinta segundos... Intento concentrarme en el tapiz, en los cables, en los electrodos del electrocardiograma, en la atentísima mirada de los técnicos (miradas fijas en unos monitores que no veo)... ¿Qué observan?.. ¿Arterias obstruidas?.. ¿Falta de riego en el corazón?.. ¿Trastornos en el ritmo cardíaco o en la tensión arterial?.. Un minuto... Todo va bien... El corazón resiste... Más velocidad... Me dicen que no corra, que aguante el paso... ¡Camina!... Un minuto y quince segundos... No siento dolor... Empiezo a entusiasmarme... Acelero... Creo que sonrío... Todo ha sido una falsa alarma... El corazón responde y lo hace a la perfección... ¡Falsa alarma!... Un minuto y treinta segundos... El sol tiene razón: brilla justificadamente... Busco la mirada de la enfermera... No la encuentro... Sigue baja y pendiente de una de las pantallas... La máquina acelera... Dos minutos... ¡Oh, no!... El dolor, el familiar lanzazo en el esternón se presenta de improviso... Nace (?) en lo más profundo y se derrama como dueño y señor... Me engaño a mí mismo y guardo silencio... Sólo son unos segundos... La garra me despedaza y me rindo... Doy la alarma... No sé cómo pero ellos lo sabían... Silencio... Alguien pregunta:

¿puedes continuar?.. Digo que sí... En realidad no puedo, pero quiero llegar hasta el final... El dolor (no hay palabras) lo domina todo... Domina la carne, la mente, el exterior... Cinco minutos... Tengo que parar... La máquina sigue... Camino, sí, pero las lágrimas están llamando a mi puerta... Me gustaría pensar... Imposible... El dolor piensa por mí... Él siente por mí... Seis minutos... Levanto la mano... La cinta se detiene... El dolor retrocede... Sigue el silencio en la sala... ¿Para qué hablar?.. El dolor se ha explicado mejor que nadie...

Después, los recuerdos son confusos. Aparecen mezclados y en la niebla. Alguien me sentó en un despacho y, supongo, trató de explicar lo que habían visto en la prueba de esfuerzo: isquemia miocárdica de alto riesgo. Así lo llamaron. Es decir, unas arterias atascadas que podían conducir a la muerte súbita o, lo que era peor, a una silla de ruedas. Arterias obstruidas -quién sabe por qué- que me colocaban al filo del precipicio. Ésa era la cuestión. Eso era lo único que importaba. La muerte, al parecer, acababa (?) de posarse en el alero de mi vida. Y se alisaba el plumaje, como distraída.

Federico, el cardiólogo, fue implacable. Mejor así. Sólo un cateterismo podría proporcionar una idea exacta del grado de obstrucción de esas arterias. Palidecí. ¿Más aún?

Para comprobar el estado de las arterias coronarias -explicó- se introducen por la ingle, o por el brazo, unos tubos muy finos (catéteres), generalmente de plástico, que se deslizan con una cámara de televisión por venas o arterias, llegando finalmente al corazón. Sólo así -subrayó- se obtiene la información necesaria sobre tu problema ¿Mi problema? El médico asintió con firmeza. Sí, era un problema grave y <u>muy urgente.</u> El subrayado fue de él. Cuando insinué si el «problema» podía esperar a septiembre (el trabajo sí era urgente), Fede se mantuvo serio y negó con la cabeza. Estaba claro. Urgente significa lo que significa. Tenía que ponerme -de inmediato- en manos de un especialista. Tenía que verificar el grado de obstrucción de las «tuberías» e intentar «desatascarlas». Eso o la muerte. Eso o la paralización total o parcial. Y a juzgar por la crueldad del dolor en el pecho, esa posibilidad de muerte no era remota ni teórica.

Supongo que fue una excusa. Tenía que pensar. Tenía que regresar a casa y hablar con mi mujer. Y opté por huir del hospital. Buscaría al especialista, sí, pero en otro momento y en otro lugar. Fue una huida hacia adelante. Lo más simple y sensato hubiera sido permanecer en Bilbao y dejar hacer a los médicos. Allí, además, ya conocían el problema. Pero no. La angustia fue inundando los compartimentos de ese corazón amenazado y quise escapar, airear los restos de aquel espíritu frente a la mar, mi aliada. Allí, seguramente, despertaría de tan absurda e imposible pesadilla. Allí, el viento de levante haría desaparecer cables, monitores e isquemias miocárdicas de alto riesgo. Allí, en «Ab-ba», todo sería como antes.

12.30 horas. Alguien me entrega un informe clínico de cuanto ha sucedido (?) y me recomienda que visite (de inmediato) al experto en cateterismo. Digo a todo que sí, pero, verdaderamente, ni siento ni padezco. No leo el documento. Me limito a guardado y, con él, un spray de nitroglicerina. Una especie de salvavidas al que deberé aferrarme si regresa el dolor. Una dosis (una pulverización) bajo la lengua es suficiente. Si el puñal sigue en el pecho, otra dosis a los cinco minutos y así sucesivamente hasta que...

Lo dicho. Me niego a pensar. Sólo quiero huir. El cilindro spray de la nitro, para colmo, mide ocho centímetros. ¡Ocho! ¡El número de la muerte! No pienso abrirlo.

El Dr. Larrazabal me acompaña hasta el aparcamiento. El sol continúa insultándome. ¿A qué se debe semejante lujo? Hoy es un día de luto para mí. Casi estoy muerto. Manu lo intuye, me observa con preocupación y, generoso, me regala los mejores consejos. Consejos que no escucho. Me obliga a caminar despacio, deteniéndonos cada cincuenta metros. Manu opina que ese viaje, hasta Cádiz, es una temeridad. No obedezco.

Nos abrazamos. Es un abrazo silencioso y casi sin fin. Sobran las palabras. Manu sabe que la muerte se ha detenido sobre el pobre andamiaje de mi vida. «Pensé que era la última vez que te veía»; aclaró algún tiempo después.

No hubo mucho más. Simulando una fortaleza inexistente entro en el vehículo y desaparezco. Cien metros más allá palpo el bolsillo del pantalón y verifico que el spray es real. Todo es cierto. Y las lágrimas -esta vez incontenibles- empañan la visión. Es la borrasca interior. Es mejor así.

Todo ha cambiado en minutos. No sé por dónde empezar. No sé qué decir o qué pensar. Yo era una persona más o menos normal. Más o menos sana. Más o menos buena. Más o menos esperanzada y con más o menos ilusiones. Yo era, sí, pero eso pasó. Ahora soy un individuo «señalado». La muerte me ha mirado y lo ha hecho (estoy seguro) desde el pie izquierdo. Algún día le preguntaré: ¿Por qué? ¿Por qué yo?

Sólo acierto a fumar. Los médicos han sido rotundos: ni un pitillo más. Y tienen razón. Debo pensar en una fecha para dejar de fumar. Eso es lo importante: la fecha. Y fumo sin cesar mientras mi cabeza trata de buscar, inútilmente, un día y una hora. Así es el ser humano. Sabe que el veneno mata y se refugia en el veneno para hallar una solución contra dicho veneno. Creo recordar que me lo fumé todo. El instinto, supongo, me advirtió. Aquello era el fin. En cualquier momento, el puñal volvería a traspasarme. La obstrucción de las arterias era superior al 90 por ciento. Me restaba un mínimo de «luz» (en todos los sentidos).

Y poco a poco, kilómetro a kilómetro, fui aproximándome a Cádiz y a mí mismo. Y lo que aprecié en mi interior terminó de vaciarme. Era sal sobre el desierto. Nada. Mejor dicho: peor que nada. Lo que vi fue miedo y vacío, a partes iguales. Miedo a morir, sencillamente. Miedo a desaparecer.

DÍA 25-7-02
JUEVES

Hoy, a las 18h, hace dos años
que encontré el anillo de plata. Hoy,
primer día sin tabaco.

A las 19h. llega Borrel. Lee el informe. Dice que debo
acudir con urgencia a un especialista.

DÍA 26-7-02
VIERNES

07'30h, salimos de casa hacia urgencias del hospital de
Pto. Real. A las 09h. nos recibe el cardiólogo Dr.
Enrique ? y Jesús OVETO. Me recomiendan ingresar
en la clínica de la Salud urgentemente. A las 13h.
estamos en la clínica de la Salud. Pienso que regresaré
pronto a casa... Pruebas en la Salud (de todos colores)!
El catet. empieza a las 16h. Dura casi 5 horas. Una
arteria está obstruida. La limpian. La 2ª no. Está muy
cerrada (al 95%)!. OVETO me dice: "hay que operar"
¡Ya!. Después me entero que podría haber hecho infar-
to grave en [redacted]. Me llevan en una uvi móvil
a las Urgencias de la S. Social. Entro en UCI hacia las
22h. Por la mañana operan... CINCO MINUTOS!!

DÍA 27-7-02
SÁBADO

Todo ha sido tan rápido que no consigo asimilarlo.
La operación dura unas 6 horas. Empieza a las 08'30h,
creo. El corazón está 70' detenido! Circulación extra-
corea. Hacen dos "bypass" (puentes). Blanca avisa a
Iván, etc. Trazo llega en avión a [illegible]. Al despertar de
la anestesia veo a Julio, Iván y el "general": han
llegado de Granada. Permanezco en la UCI. Tengo
el tórax abierto y han sustituido la arteria con la
safena. Pierna izda. abierta!

DÍA 28.7.02
DOMINGO

Sigo en la UCI. Veo a Blanca, Iván, Julio y Mundo de vez en cuando. Pienso mucho en el JEFE. Le pido a Julio que pase por el Salvador y le de las gracias. Debo plantearme la vida de otro modo. Creo que me han limpiado los "interiores" y me han obligado a dejar el tabaco. Sólo con algo así lo hubiera dejado!... Ahora debo terminar los libros pendientes! Después, ya veremos...

DÍA 29.7.02
LUNES

A las 09h me trasladan a planta. Hab. 402. La noticia se ha corrido... Empiezan las inevitables visitas. Al castillo no se le ha dicho nada. Aparece una estampa de la Virgen del Rocío en la pared de la habitación.

→ NADIE SABE CÓMO HA LLEGADO!

¿Ha sido Juan Manuel o su mujer? Llega Félix. Llaman [illegible]. Visita Clara y Tirma. Sin noticias de Estela. Paso mala noche. La herida del esternón duele mucho con tos y [illegible]. Iván se queda por la noche. No duermo ni cinco minutos.

30.7.02
Martes

Me siento decaído. El dolor es muy fuerte. Camino una hora por el pasillo. Llegan Félix Cuervo, Jesús Borrego (!), Julio y Angelines. Decido hacer un pacto con el JEFE: si esto ha sido consecuencia de un atentado, el alta será el domingo, día cuatro de agosto. ¿Podría ser un atentado para terminar con la serie de TV? Llama Beatriz, [illegible] USA. Le dice a Blanca que su madre y la iglesia protestante rezaron por mí el pasado sábado!

Miércoles 31-7-02

→ Otra noche horrible. No consigo dormir ni una hora. El dolor en el pecho y los ataques de tos son horribles. Trini lo padece. Al box 084, vuelta a empezar. Análisis, etc. Me sentó mal, por culpa del dolor. Ayer, 19h, reunión con Juani, la enfermera. Nos dan normas para seguir. Allí hay un joven de 14 años, un camionero, un director de banco, un empleado de una planta de embotellamiento y un campesino. Estoy pensando mucho estos días. Debo planteármelo todo. Consigo ir al baño, desde el sábado!. Parece que mejoro algo a media tarde.

JUEVES 1-8-02

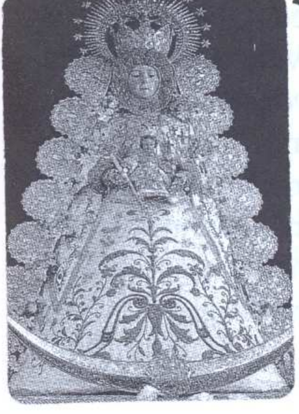
» Nueva noche mala (sentado en un sillón). No he querido echarme en la cama por miedo a los golpes de tos. Cada cinco minutos tenía que cambiar de postura. Horrible!. Al box 084. Me sacan sangre (ver fotos de Trini). Esta noche se me ha ocurrido otro libro, aunque ya no sé qué pensar... Debo compaginar los libros con lo que me gusta de verdad: pintar. Llegan J. Manuel y Ezequiel. Llama Tico Medina para una entrevista. Blanca le pone en antecedentes. Después de comer, paseo corto por la 4ª planta. Llaman de la agencia EFE. Han terminado entendiéndose. Les cuento lo más importante.

VIERNES
2-Agosto-02

Me despierto a las 08h.
He dormido por primera vez!
No he tosido. Sigue el fortísimo dolor en el tórax.
Ayer pasó el médico. La analítica dice que el colesterol y triglicéridos y azúcar están un poco altos. Habrá que vigilar la dieta, etc. A las 12h. regresa Tomás, el médico. Dice que estoy mejor. Me quitan la mitad de las grapas del esternón y de la pierna izda. Total grapas = 41; total grapas pierna = 36. Llega un fisioterapeuta y dice que debo aprender a urgir. Siguen los dolores fuertes en el tórax. Publican en el Diario de Cádiz la reseña de EFE. Sigue llamando gente. Entrevista del D. de Cádiz → ¿Sería bueno escribir algo sobre lo que ha pasado?

SABADO
3-8-02

He pasado mala noche, de nuevo. Me hacen las últimas curas. Me quitan las grapas y me dispongo a salir. Llegan Caravaca y su mujer y Nelly y Joaquín. Salimos de la clínica hacia las 13:30h. Estoy cansado y mareado. Llegada a "Abeto" a las 15h. Como algo y me acuesto. Estampa aparecida de forma extraña en la hab. 402. Juan Manuel dice que no tiene él. Pero, ¿entonces?



Miedo a no saber y vacío por una vida tan brillante y rápida como artificial.

Segundo paquete de Ducados. Los pensamientos se desordenan. Son globos en un vendaval. Atrapo uno y estaba en las manos. ¿Cómo se lo explico a Blanca? ¿Qué le digo? Sólo puedo acudir a la verdad. ¿La verdad? ¿Y cómo sé que los médicos están en lo cierto? ¿Ha sido el tabaco, como dicen? Yo era (soy) una persona sana. No entiendo. Sí, debo decírselo. Hoy mismo, nada más llegar. «Blanca -me entreno entre el humo blanco-, los médicos dicen...» No. Así no. Más directo. Tampoco. No seas burro. Más sutil, más delicadamente, como si no pasara nada. ¿Nada? ¡Dios santo! Bien, ya lo pensaré, en su momento. ¿Y qué hacer respecto a mi vida? ¡Dios bendito! ¿Qué ha sido, qué es mi existencia? Trabajar. Siempre trabajar. Sábados y domingos. Sin vacaciones. Millones de kilómetros para transmitir. Siempre transmitir. Siempre los demás, siempre los otros. He predicado qué es la vida y cómo vivirla. He escrito 49 libros y publicado 44 y en todos he intentado mostrar el camino hacia la paz y la verdad. Pues bien, yo, ahora, estoy perdido. Y comprendo con horror que no he VIVIDO. Tengo más de 130 proyectos «para los demás» y ninguno para mí. He escrito, con detalle, cómo debe ser la vida humana y, sin embargo, hoy, con la muerte en el asiento del copiloto, no sé cómo debe ser la mía. Esto es lo que me aterra y confunde. ¿Qué he hecho en 55 años? ¿He VIVIDO, con mayúsculas? ¿Me he preocupado de mí mismo? ¿He disfrutado de la VIDA (siempre con mayúsculas)? ¿He tenido tiempo para lo que en verdad me place? ¿He disfrutado con lo que me fascina?

El humo se enrosca y va respondiendo lo que ya sé. Negativo. Negativo. Negativo.

¡Voy a morir! ¿Cómo es posible que no haya VIVIDO?

23.15 horas.

El miedo y la tropa de los pensamientos (más que los kilómetros) me han agotado. Blanca aguarda despierta e impaciente. No sabe, pero «sabe». Las mujeres tienen esa cualidad. Deberíamos estar agradecidos: nos ahorran muchas explicaciones.

No le digo que puedo morir en cualquier momento. Sencillamente, que «hay un problema».

25 DE JULIO
JUEVES

Los rodeos, aliños y paños calientes no surten efecto. No con ella. Blanca es rápida, transparente y profundamente sincera. No tolera la mentira. Ni siquiera una verdad a medias. Mucho menos una mentira piadosa. Exige la verdad y me muestro dócil. Para qué alargar el tormento. Lee el informe clínico de Santa Marina y solicita «traducción». Prefiero dibujar el problema. Lo entiende y me abraza. Tampoco hay palabras. No son necesarias. Allí, en su temblor, está todo escrito. El calor de una lágrima me avisa. Debo mantener la calma. Debo aparentar serenidad. Debo luchar.

Esa noche hacemos el amor. No sé si es la última vez. El dolor, de pronto, se incorpora al intenso y casi desesperado abrazo. Me traspasa de nuevo. Quiere arrancarme de sus besos y llevarme quién sabe dónde. Resisto. Él o yo. Él o ella. Sé que puedo morir. No importa. Ella y yo: eso es lo que importa. Ante mi sorpresa, el puñal se disuelve. El corazón abandona la galopada y vuelve al trote. Después recupera el paso. El dolor me ha perdonado. Nadie como él sabe del amor.

18 horas. Ésta es la fecha y la hora. ¡Adiós al tabaco! Como dicen los del FBI, «eso se acabó...». Hoy, justo a las 18, hace seis años que encontré el anillo de plata en el mar Rojo. No es mal aniversario para renunciar a cuarenta años de servidumbre. Entiendo que he cumplido.

Estoy más tranquilo. Inexplicablemente más sereno. Blanca se ocupa de mover los hilos. Necesito (según el papel) un especialista en cateterismo. Ella no sabe que el dolor me ha visitado de nuevo.

19 horas. José María Borrell, amigo, médico y vecino, acude al instante a la llamada de mi mujer. Examina la situación y la evalúa. Se pone igualmente serio. Intervención inmediata. Él hace las llamadas oportunas y lo dispone todo para la mañana del día siguiente. José María le quita hierro al problema. Pura rutina -dice-, pero no le creo. El instinto no dice eso. La calavera humana sigue ahí, en el pie izquierdo.

Pienso en mis hijos. No saben nada. Prefiero esperar. Si Borrell tiene razón -¡ojalá!-, en la misma coronariografía (exploración con los catéteres) quedará resuelta la obstrucción de las «tuberías». Ése, creo, es el procedimiento. ¿Para qué alarmar prematuramente? Esperaré. Y así se lo advierto a mi mujer. Ella comprende y acepta aunque -insiste- no está de

acuerdo. Mis hijos tienen derecho a saber. Su padre puede morir en cualquier momento. No cedo. Prefiero ahorrar sufrimientos, en la medida de lo posible. Y vuelvo a mis pensamientos.

¿Estoy preparado para morir? ¿Qué me aguarda al «otro lado»? Lo sé, quizá, mejor que muchos. Sé que al «otro lado» hay VIDA, sé que TODOS «resucitamos» (en especial la memoria). Sé que los muertos están VIVOS. Todo eso lo sé, pero... Tiemblo al pensar. ¡Tengo miedo! Y me refugio -supongo- en mil excusas. ¡Queda tanto por hacer! ¡Tengo deudas! ¿Quién se ocupará de ellas? ¿Qué será de esos 130 proyectos? Ni siquiera los he enumerado. ¡Son más de 130 nuevos libros! ¡Hay mil viajes por hacer! Mis hijos no han terminado. Están arrancando. Ni siquiera tengo nietos. ¿Y qué decir de Blanca? ¿Voy a dejarla ahora? ¿Así? ¡Tengo miedo!

26 DE JULIO

VIERNES

Noche inquieta. El pánico está sentado al pie de la cama. Me observa. Se ducha y se viste conmigo. He perdido el apetito. Una última mirada a la mar. El levante la ha desnudado y huye hacia el oeste, como yo.

9 horas. Hospital de la Seguridad Social en Puerto Real (a una hora de «Ab-ba»). Consulta del cardiólogo Enrique Otero. A su lado, el también médico Jesús Oneto, experto en hemodinámica (cateterismo). No consigo superado. No me gustan los hospitales. Supongo que a nadie.

Batas verdes. Carteles indicadores que no quiero descifrar. Silencios obligados. Salas de espera desconchadas a fuerza de esperar. Necesito un cigarrillo. «Eso se acabó.»

Los médicos repasan el documento de Santa Marina. Hablan entre ellos. No entiendo su lenguaje. De pronto, las caras no me gustan. Blanca se aferra a mi mano. Nos miramos. ¿Estamos pálidos o es mi nerviosismo?

Uno de los doctores -creo que Oneto lanza de improviso una andanada. Me desarbola.

«Hoy mismo -dice-. Esta misma tarde...»

Las explicaciones y conveniencias se suceden. Sólo hablan ellos. Yo he palidecido definitivamente. El cateterismo -siguen insistiendo- hay que practicado de inmediato. Es urgente. Eso significa que abrirán venas o arterias. Eso quiere decir que «tocarán» el corazón. La palidez es casi transparencia. Nadie me ha sacado sangre jamás. Como mucho del lóbulo de la oreja o de los dedos. ¡Dios mío!, ¿cómo les explico? Olvídalo. Nadie te creerá. ¿Esta tarde? ¿He oído bien? Reacciono y, lógicamente, provoco incredulidad y risa: «Hoy es viernes. ¿Lo dejamos para el lunes?» Nueva

pelea con el concepto «urgente». Evidentemente no lo entiendo (o no lo quiero entender). «Mejor aún: ¿lo dejamos para septiembre?»

Blanca toma el mando.

12 horas.

Los hechos, inmisericordes, se precipitan y me precipitan. Esto, al parecer, va en serio. En una hora debemos acudir a la clínica de La Salud, en el centro de Cádiz. Allí opera Oneto. Mis protestas se van debilitando ante el silencio roqueño de mi mujer. Tiene razón y yo también.

El casco antiguo de Cádiz podría ser Nueva York o Venecia. Yo no camino: me arrastro. No veo: alguien me lleva. No siento ni padezco: el miedo (otra vez) me lleva (me arrastra).

«... Además -pataleo en mi interior-, ni siquiera he traído pijama...»

Lentamente voy comprendiendo. No hay alternativa. ¿O sí?

Todo ha sido tan súbito y arrollador que, de pronto, al secar el pánico de las manos, compruebo que el cuaderno de campo sigue allí, empapado ahora por el miedo. Entiendo. Mi visita a Cádiz (amén de los cardiólogos, en Puerto Real) tenía otro objetivo en esta mañana: preparar el regalo de cumpleaños de Blanca. Un regalo secreto. Entre las páginas manuscritas y dibujadas he guardado los restos de una rosa blanca y momificada. Una rosa con historia. Será una excelente sorpresa. Curiosa coincidencia: la rosa fue cortada en una tumba, en Jesuralén...

Busco una excusa y desaparezco. Blanca, atónita, no sabe qué pensar. Rivera, el joyero, atiende mi petición y se queda con la rosa muerta. Ahora, en la distancia, me asombro. ¡Curiosa casualidad! Pero, ¿existe la casualidad?

13 horas.

Me reúno con mi mujer en la puerta de La Salud. Trámites y papeleo. El Dr. Oneto ha llamado. Están advertidos. Todo en orden. Me dejo llevar. No sé qué debo hacer. El miedo (lo sé) ha subido las escaleras de dos en dos. Se adelanta y abre la puerta de la habitación 331. La enfermera señala una de las camas e insinúa que me deje caer. Me niego, claro está. Blanca me fulmina con la mirada. Quiero escapar. Esto no me gusta...

14 horas.

Se abre la puerta y aparece un generoso plato de jamón serrano. Nunca lo olvidaré. Sobre todo porque no era para mí. Blanca, pobrecita, ni lo prueba. Está tan muerta como yo (quizá más).

Empiezan las pruebas. Primero protesto. Después suplico. Negativo. Nadie me presta la debida atención. ¡Me extraen sangre! Me niego a mirar. ¡Ésa es mi venganza! Más análisis, más electrocardiogramas, más radiología, más miedo. Las enfermeras sonríen, llenan la 331 de bromas y

«aquí no pasa nada». Yo, en cambio, estoy cada vez más inquieto. El instinto -mi fiel lazarillo- se ha puesto de pie. Eso me asusta (¿es posible sumar miedo al miedo?). Observo las paredes. Están vacías, como mi espíritu. Yo no debería estar aquí. Alguien me ha tendido una trampa. Soy una persona sana...

Blanca y yo cruzamos otra mirada. Y respondemos con el silencio o con una sonrisa de escayola. Me gustaría decirle cuánto la quiero. Y decirle también que soy el de siempre: extraño, sí, pero amoroso. No es cierto. No soy el de siempre. «Algo» pasa. «Algo» me ha ocurrido. Ayer, o hace unos minutos (?), yo era otro. «Algo» está estrangulando mi corazón.

16 horas.

Adiós a las especulaciones, a las protestas y al resto de los pensamientos (no importa si eran trascendentes). En la puerta, esta vez, aparecen unos hermosos ojos verdes (?). Es Charo, auxiliar del doctor Oneto. No la escucho, aunque sé que está hablando y explicando. Esos ojos son el mejor sedante. Me sientan en una silla de ruedas y pierdo de vista a Blanca. El sudor frío ocupa su lugar. Un ascensor, otro pasillo y una sala en la que reza un cartel: «Hemodinámica».

Nadie nos presenta. ¿Por qué en los quirófanos o en las unidades de hemodinámica nadie presenta a nadie? Médicos y enfermeras están a lo suyo. Yo no debería estar aquí. Esto es un error...

Me sitúan en una «cama» fría y estrecha (casi el palo de un gallinero). Estoy desnudo y, curiosamente, no importa. Hay «algo» que pesa más que la vergüenza. Herrera, Ana, Lara y el milagroso verde de Charo siguen en la penumbra. Es una sala pequeña e incomprensible. Los instrumentos lo son todo. A mi derecha descubro un reloj de pared. A la izquierda, entre luces, cables y aluminio, un monitor redondo como el reloj. Alguien me explica lo que no quiero saber: «puedes ver tu interior por ese monitor». Inspiro profundamente. Cierro los ojos y deseo llorar. Mi corazón, sin embargo, tiene otras prioridades. Me aferro a la sábana verde. Alguien está tanteando la ingle derecha. Es el doctor Oneto. Ha empezado a buscar una arteria. Es el principio de lo que llaman «angioplastia coronaria». Mis uñas se clavan en la sábana. Las guías de plástico están preparadas. Observo atónito cómo las retiran de los protectores. Se me antojan kilométricas. ¿Todo eso para «desatascar unas tuberías»? Cierro los ojos y aguardo aterrado el roce de los catéteres. De pronto descubro que no sé cómo es un «roce» interior. Espero y espero. Negativo. No siento nada. Espío por el rabillo del ojo pero el monitor es chino para mí. El intensivista (al quite, como los toreros) trata de tranquilizarme. Habla de la femoral (por la que ha entrado la sonda), de la observación por la «tele» y del estado de las coronarias... Asiento con la cabeza por pura educación y escapo hacia mi amigo, el reloj de pared. Las agujas están invertidas. ¿Por qué? ¿Por qué lo veo todo al revés? Así debe ser: el tiempo y el mundo al revés. Yo no debería estar aquí. Soy inocente...

Todo se disuelve. También las agujas del reloj. El tiempo se detiene y alarga, según. Antes o después (qué importa), el verde-calma de Charo se inclina y sonríe. Habla de un «contraste», un líquido que deben inyectarme. Con él se descubren las cavidades del corazón y otros «secretos». Supongo que sonrío y susurro que mis «secretos» son otros y están en otro lugar. Ella, lógicamente, no comprende.

El «contraste» viene a ser como un copazo de coñac, más o menos. Agradable, diría yo. Pero busco el reloj de pared. Él sí comprende.

18 horas.

Médicos y enfermeras siguen viajando por mi interior. El intensivista se resiste pero termina claudicando: «Hay una grave obstrucción en una de las coronarias -reconoce- Oneto se ocupa de todo.»

Confirmado, pues ¡Dios de los cielos! Me agarro al reloj de pared. Las agujas ni siquiera avanzan. Se han quedado quietas, como mi corazón. Una obstrucción al 95 por ciento. No hay prácticamente «luz». El propio catéter -dice alguien o me lo invento- hace de barrena y limpia la «tubería». En ello están (escucho o continúo imaginando).

«No temas -me consuelan-. Esto es normal. Oneto sabe. Éste es el cateterismo número 133...»

¿Por qué? Eso es lo único que emite mi cerebro. ¿Por qué la arteria está cegada? ¿Por qué?

19 horas.

Percibo cierto nerviosismo en la sala. El caminar y el movimiento de brazos no son como antes. El intensivista, ejemplarmente impasible, se ha retirado hacia Oneto y ambos cuchichean con los ojos fijos en el monitor (en el chino). Algo sucede, lo sé. Pregunto pero nadie responde. Me ignoran, con razón. Noto un ligero (muy suave) aumento en la frecuencia cardíaca. Después, más nervios. Creo ver cómo desenfundan nuevas guías de plástico. ¿Qué sucede? Oneto manipula el instrumental. A su lado, como un maestro zen, Herrera, el intensivista. El corazón cede. El miedo tira bruscamente del bocado y me hiere un poco más. Giro la cabeza. Mi amigo, el reloj, dice algo pero no le entiendo. Creo que habla por señas Entonces llegó aquel dulce sopor, lento y plácido...

20 horas.

Entro y salgo de ese extraño sopor. Lo suficiente para darme cuenta de las lágrimas de Charo. Huye de la unidad. Blanca la ve y se desmorona. ¿Qué sucede?

Me lo dijeron algún tiempo después: una de las arterias próximas al corazón fue seccionada de un golpe. Una de las guías de plástico la abrió como un melón. Mala suerte. Puro accidente. Los instantes más críticos de mis 55 años (!). Muerte en cinco minutos, dijeron. Y los hermosos ojos de

Charo, como el reloj de pared, me hablaron por señas. Era mi hora. Entonces me dejé mecer por aquel sopor. Y las figuras se difuminaron. Y las prisas. Y el miedo. Y yo mismo... Era la muerte, recortada en el umbral de la puerta. Era una familiar calavera, en el pie izquierdo...

Oneto y su gente trabajaron bien. No les guardo rencor. Todo lo contrario. Oneto vio también la calavera y resolvió (como dicen ellos), «objetivando la disección aguda». Para ello (nunca supe cómo) lanzaron en mi interior una especie de «mini-nautilus», un «submarino» de titanio que fue a situarse en el lugar exacto, apuntalando la brecha. El «stent», a 16 atmósferas de presión, evitó la muerte súbita. Muerte en cinco minutos...

21 horas.

Voy y vengo. Me duermo y despierto. Ahora hay gente extraña en la sala. Gente en mangas de camisa. Conversan con los ojos fijos en el «chino». Uno de ellos parece llevar la voz cantante. Es el doctor Jiménez (el «maña»), jefe del Servicio de Cirugía Cardíaca del vecino Hospital Universitario Puerta del Mar. En esos momentos (según me explicaron mucho después), dada la gravedad de la situación, el doctor Oneto consideró oportuno reclamar la presencia de Jiménez Moreno y de su equipo. Ellos no la vieron. Quizá la intuyeron. Yo sí la seguí observando: la muerte no es una calavera. La muerte son gente guapa (a veces muchos). Van y vienen a mi alrededor. Ahora lo sé: estoy muriendo.

Oneto se aproxima. Se inclina y susurra: «Hay que operar.»

Le oigo y no le oigo. La vida (recuerdo que entré caminando) se escapa como el agua por el fregadero. No puedo hacer nada. No soy capaz de alzarme y luchar. Sólo soy un espectador. Sólo quiero dormir. ¿Y qué hay de esos 130 proyectos? ¿Qué pasa con Blanca? ¿Qué dices de lo que queda por VIVIR? No digo nada. Me he resignado.

22 horas.

La camilla vuela por los pasillos. Sólo quiero dormir. Los focos en los techos me lastiman. ¿Dónde está mi mujer? Los médicos han desaparecido. También los bellos ojos verdes. La vida se va a la misma velocidad. ¿Dónde están mis hijos?

Una «UVI» móvil -dicen- espera a las puertas. Al fin llega Blanca. Me escolta y acaricia. La muerte, sin embargo, celosa, la aparta. Le digo adiós desde el ámbar de una sirena. Has sido un continuo y feliz descubrimiento...

Lo mejor de mi «contrato».

22.30 horas (para todos, menos para mí). Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Puerta del Mar, en Cádiz. Sólo hay algo peor que una UCI: la soledad de la UCI. La muerte (me gustaría saber cómo) ha burlado todos

los controles. Ahora juguetea con los cables que, supuestamente, me mantienen vivo. Empiezo a entender eso de que uno muere solo...

Los ojos parpadean. El mundo se apaga. Me voy con la oscuridad. Pero, ¿no es un poco pronto, Señor? ¿Recuerdas? Me queda casi todo por hacer. Perdón: casi todo por VIVIR ¡Qué lástima! Ahora lo sé: no he sabido VIVIR.

La muerte sigue curioseando y toqueteando. Cada vez más osada. ¡No quiero morir en compañía de unos cables! ¿Dónde está Blanca? ¿Dónde mis hijos y mis amigos?

¡Señor, permíteme una última cosa!

La muerte levanta la mirada y escucha. No hablo contigo. Hablo con el buen Dios.

¡Señor, si me concedes una prórroga, te prometo (me prometo) VIVIR!

La muerte baja la cabeza, da media vuelta y desaparece entre los verdes, rojos y grises de los monitores.

¡Prometido, Señor! ¡Déjame vivir y VIVIRÉ! ¡Haré una lista! ¡Lo tendrás, incluso, por escrito! Mejor aún: ¡esa lista la harás tú! ¡Dime en qué he fallado y cumpliré! ¡Dime qué debo VIVIR y así será!

Mis ojos se cierran definitivamente...

27 DE JULIO SÁBADO

6 horas. (Eso dicen.)

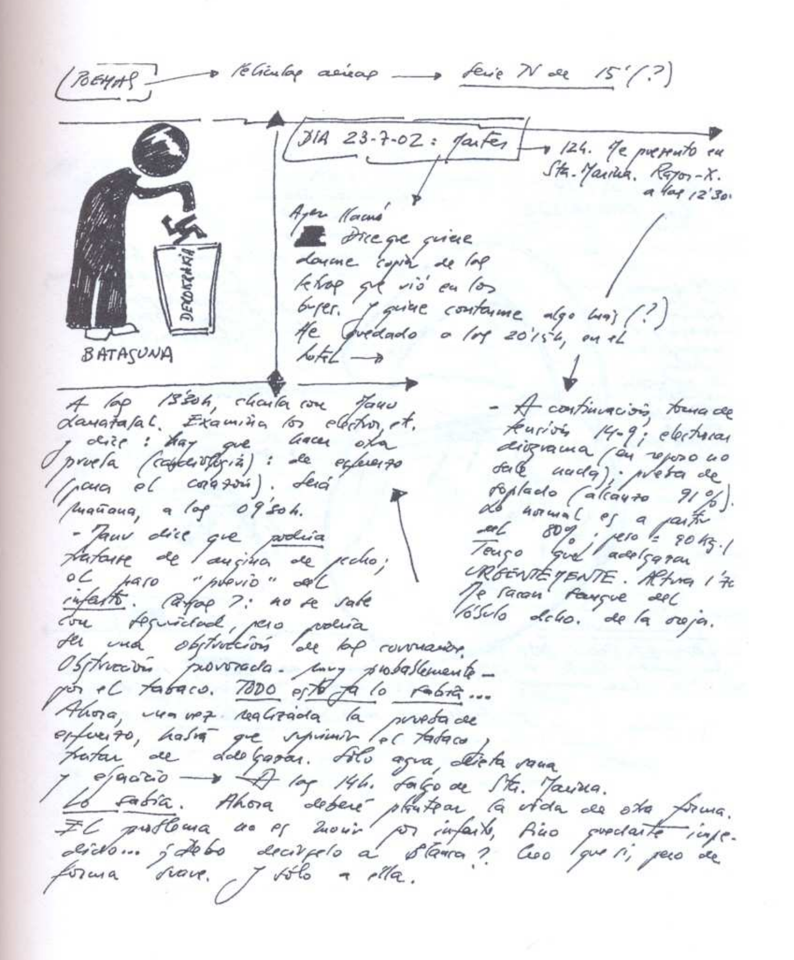
Alguien me afeita. Pecho, piernas... ¡Estoy vivo! Exploro ansioso mis alrededores. Trasiego de batas verdes y cables. Eso es todo (y no es poco). ¡Gracias, Señor, de momento!

8 horas.

Alguien me aclara lo del intempestivo afeitado y demás: todo está listo para intervenir quirúrgicamente. «Dada la severidad de las lesiones -reza el informe- se decide el traslado urgente al Hosp. Pta. del Mar para Cirugía Cardíaca con carácter preferente, con el fin de revascularización mediante "bypass" AO/Coronario.»Los médicos me explicaron después: apertura del pecho casi en canal. Corazón detenido durante 78 minutos. Intento de «puente» o «bypass» con la arteria mamaria interna izquierda. El injerto no funciona. Momento delicado. La pared de la mamaria es una ruina. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué no sirve? El «maño», Tomás Daroca, y el resto del equipo reaccionan. Dios les bendiga. Tiran de la vena safena, en la pierna izquierda, y logran salvar la situación.

14.30 horas.

La operación se ha prolongado durante seis horas. Dios y los hombres me han devuelto a la vida. Acabo de nacer. No lo olvidaré. Ahora es mi turno. Por cierto, ya no veo la calavera en el pie izquierdo. En su lugar aparece una cicatriz de treinta centímetros. Sin comentarios...



POEMAS → Películas cortas → Serie TV de 15' (?)

DIA 23-7-02: Martes → 12h. Me presento en Sta. Marina. Rayos-X. a las 12'30.

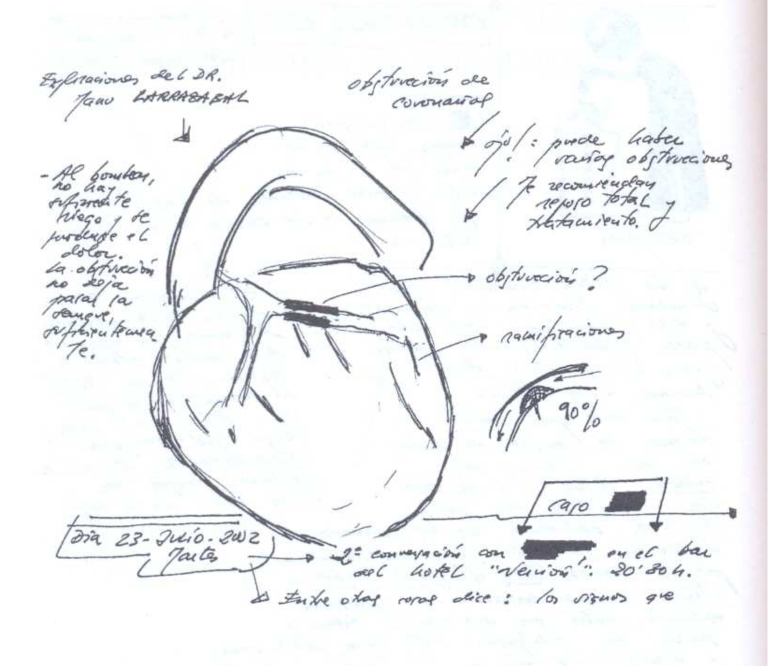
Ayer llamó [redacted] Dice que quiere darme copia de las fotos que vió en los bupes. Y quiere contarme algo más (?)
He quedado a las 20'15h, en el hotel →

A las 13'30h, charla con Manu Lanatalal. Examina los electros, etc. y dice: hay que hacer otra prueba (cardiología): de esfuerzo (para el corazón). Será mañana, a las 09'30h.

- Manu dice que podría tratarse de angina de pecho; el paso "previo" del infarto. Causas?: no se sabe con seguridad, pero podría ser una obstrucción de las coronarias. Obstrucción provocada - muy probablemente - por el tabaco. TODO esto ya lo sabía... Ahora, una vez realizada la prueba de esfuerzo, hasta que suprima el tabaco, tratar de adelgazar. Sólo agua, dieta sana y ejercicio → A las 14h. salgo de Sta. Marina.

- A continuación, toma de tensión 14-9; electrocardiograma (en reposo no sale nada); prueba de soplado (alcanzo 91%). Lo normal es a partir del 80%; peso = 90 kg.! Tengo que adelgazar URGENTEMENTE. Altura 1'70. Me sacan sangre del lóbulo dcho. de la oreja.

Lo sabía. Ahora deberé plantear la vida de otra forma. El problema no es morir por infarto, sino quedarte impedido... ¿Debo decírselo a Blanca? Creo que sí, pero de forma suave. Y sólo a ella.



Explicaciones del DR.
Jano LARRABEAL
obstrucción de coronarias
- Al bombear, no hay suficiente riego y se produce el dolor. La obstrucción no deja pasar la sangre, suficientemente.
ojo!: puede haber varias obstrucciones
recomiendan reposo total y tratamiento.
obstrucción ?
ramificaciones
90%
caso [redacted]
Día 23-Julio-2002
Martes
2ª conversación con [redacted] en el bar del hotel "Nervión": 20'30 h.
Entre otras cosas dice: los órganos que

DÍA 24-7-02
Miércoles

→ 07'30h, prueba de esfuerzo Cardiología (Sta. Marina) → Sale lo que ya habíamos hablado: isquemia con alto riesgo de infarto. Al parecer, producido por el tabaco! (ver informe médico) Tengo que dejar el tabaco. La obstrucción de las arterias, según los médicos, es del 90% (!) En cualquier momento puedo MORIR.

→ Me entregan unos libros explicativos y un tratamiento. Debo hacerme, urgentemente, un cateterismo. El médico dice que sólo así se libera la obstrucción.

A las 12'30h. salgo de Sta. Marina, con el corazón encogido. Con las lágrimas en los ojos. Empiezo el viaje de regreso a casa → TODO ha cambiado en horas...

Recomendaciones del cardiólogo: ① Dejar el tabaco de inmediato. Llevo más de 30 años fumando... debo conseguirlo por tres grandes razones: Ⓐ Por Blanca (un infarto, ahora, sería...) Ⓑ Por mis hijos (debo conseguir que se liberen) Ⓒ Por mi trabajo (me gustaría rematar lo iniciado). Pero todo depende de la voluntad del JEFE...

② Limpiar "arterias"

③ Tratamiento

En el viaje de regreso, pienso. Debo modificar mi vida. En la medida de lo posible, es mejor no decir nada.

A las 23'15 llego a "Abadía": se lo cuento a Blanca. Hay que arreglar testamento y seguros de vida.



SEGUNDA PARTE

Hoy, 10 de abril de 2003, jueves, casi nueve meses después, el buen Dios sigue mudo. Yo, al menos, no le escucho. Y sigo esperando. De la relación de fallos, ni una palabra. La lista debe ser tan agotadora que habrá optado por olvidarla. Comprendo y le perdono. Aunque, pensándolo bien, quizá no me expliqué. Si no recuerdo mal, aquella madrugada, con la muerte trapicheando en la UCI, solicité una lista (por escrito) de mis errores.

Si Él tenía a bien prorrogarme la vida, servidor estudiaría la relación y enmendaría el rumbo. Empeñé mi palabra (lo único medio sagrado que poseo). Pero, como digo, la lista con los fallos no termina de llegar. Me asomo al correo, al teléfono y a mi canal favorito (el de las «señales»), pero Dios se resiste. Sé, positivamente, que estaba allí y que escuchó mi súplica. Por eso, después de mucho meditar, he tomado una decisión. Él, bien lo sé, ha cumplido su parte. Pues bien, no me aprovecharé de su bondad. Seré yo quien se ocupe de esa lista de errores.

Yo mismo me escribiré y -lo juro- seré implacable. Mucho más que el bondadoso Dios. Él no sabe de esas cosas. Quizá, por eso, no responde. Sí, eso debe ser...

Lo dicho. Aquí empiezan las cartas a un idiota [con información de primera mano]. Idiota, sobre todo, en el sentido original del término; es decir, el que carece de conocimientos y autoridad en una materia. En mi caso, especialmente, en la materia de la vida.

Manos a la obra...

10 de abril de 2003

«BEBE» SENSACIONES Y VIVIRÁS

Querido idiota:

Han discurrido más de diez minutos desde que, animoso, me puse a escribirte. Diez minutos en blanco. Diez minutos en los que he comprendido que el profano o idiota soy yo. ¿Es que no has cometido errores en la vida? ¿Por qué me cuesta tanto arrancar? ¿No será que estoy malinterpretando esa vida? Sea como fuere, déjame que prosiga. Lo he prometido. De algo estoy seguro: hay asuntos en los que no has VIVIDO (con mayúsculas, como a ti te gusta). Sí, olvidemos la palabra «error». Es penosa y llena de «erres» (es una palabra cuesta abajo). Yo haré memoria por ti y te iré recordando en qué negocios no has sabido VIVIR. Después, naturalmente, tú sabrás qué hacer. . .

Desde tu despacho veo la mar. Hoy desciende las escaleras de las olas sin prisas. Parece adormilada o cansada. Trae a sus hijos (el poniente y el levante) de la mano y peleados. La tienes aquí mismo, rompiendo blanca y festiva contra el hierro de tu vieja «olivetti», pero tú no la ves. Te falta tiempo. «¡Dime en qué he fallado y cumpliré!» ¿Recuerdas tu miedo y la angustiosa petición en la UCI? En eso no has VIVIDO. VIVIR es sumar el tiempo, nunca quemarlo. Dedica el tiempo a sumar. Sobre todo sensaciones. La mar (tu segundo amor) está ahí, pendiente de los ojos de tu corazón. «¡Déjame vivir y VIVIRÉ!» Bien, estás vivo, te han prorrogado el «contrato». ¡VIVE, pues! Colma tu herido corazón con el licor de la emoción. Eso es lo primero y casi lo único. El dinero y el qué dirán son contrabando. Alijo que distrae, enreda y molesta. ¿Quién puede orquestar ese desfile marino bajo tu ventana? ¿Conseguirías el verde de la mar con dinero o con horas extras? «¡Dime qué debo VIVIR y así será!» Permíteme que te corrija: ¡Dime qué debo BEBER y así será! ¡BEBE la vida como surja! ¡BEBE sensaciones y VIVIRÁS! BEBE, ahora, tu segundo amor, porque después, quizá, como bien sabes, no habrá después.

Éste, insisto, ha sido un mal «negocio». Raras veces has VIVIDO (aunque parezca increíble). Y recuerda: sólo de eso «te» pedirás cuentas (ni siquiera de eso, me atrevo a anunciarte). Dejemos ese tema para otro momento. Por cierto, tu amigo Joaquín Ibarra tiene razón: «No hay nada (NADA) que no se pueda dejar para mañana.»

Saludos

11 de abril de 2003

AQUELLA REVELACIÓN...

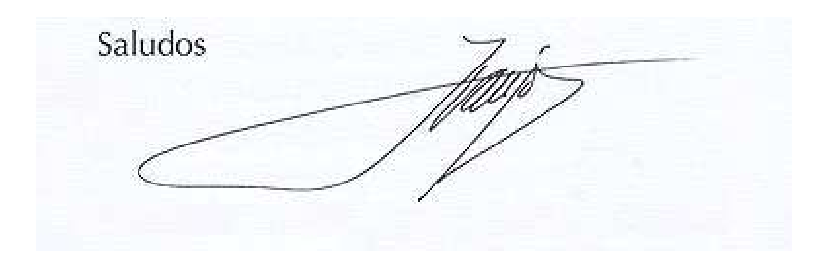
Querido profano:

(He tachado lo de idiota. Así, al pronto, me ha parecido que podías no entenderlo.)

Hoy quiero hablarte de lo más importante que te ha sucedido en la vida (de momento). Importante no es sinónimo de grave (olvida, pues, el trance de la muerte). Me refiero a «algo» (sé cómo te fascinan las comillas) valioso o de especial interés. Ocurrió hace algún tiempo. Tú casi no recuerdas ese momento, aunque también sé que lo tienes anotado. Lamentablemente lo escribes todo...

A lo que iba. Un día -porque así está escrito- recibiste una revelación. La palabra no tiene buena prensa, lo sé, pero es la menos mala. Te llegó como la lluvia mansa: sin aparente principio y sin final. Te dejó tan perplejo -caló tan hondo en el supuesto arenal de tu vida- que llegaste a retar a Dios. En realidad lo haces casi a diario. Y Él, ante el asombro de propios y extraños, te respondió y de qué forma. Si Dios tiene favoritos, tú eres uno de ellos. (Tienes la capacidad de distraerme a cada instante. No era por ahí por donde quería avanzar.) ¿Y qué decía esa revelación? Permíteme que abra las escotillas de tu memoria. Más-menos: «La Tierra es un mundo especial. Experimental o laboratorio», dices. Aquí cabe todo. Tres dimensiones normales y una cuarta llamada locura, arte, heroicidad o maldad químicamente pura. Aquí, las reglas del juego no son reglas. Son apuestas. Y cuantos lo habitáis lo hacéis por propia voluntad. Nadie ingresa en tu mundo sin un consentimiento y una «firma» previos. Ésa fue parte de la revelación, ¿recuerdas? Para Dios (y su «gente»), una apuesta. Para ti, un segundo nacimiento (el verdadero). Ahora sabes por qué y para qué. Sin embargo, querido idiota (lo siento), tu afán por gritar esa información privilegiada te está sumiendo en la incomprensión y, lo más terrible, en la soledad. Grave error. No planifiques, no edifiques, no destruyas por o para los demás. Recuerda: cada cual tiene su oportunidad y su «contrato». Te han regalado una atalaya para que descubras y disfrutes, no para vocear a cuantos pasan. De eso ya se ocupan otros. Has percibido (de lejos) el vuelo raso de la verdad (la verdad no está en lo alto). Bien. Disfruta de ello. No te sientas culpable. Dios apuesta fuerte, sí, y tu deber es jugar. El mundo no está al revés (aunque lo parece). Ocuparse de sí mismo es, precisamente, empezar a ocuparse de los demás. El resto son monsergas (parte de las apuestas). VIVE, pues, en paz contigo mismo y no te abrumes

macheteando la selva de los otros.

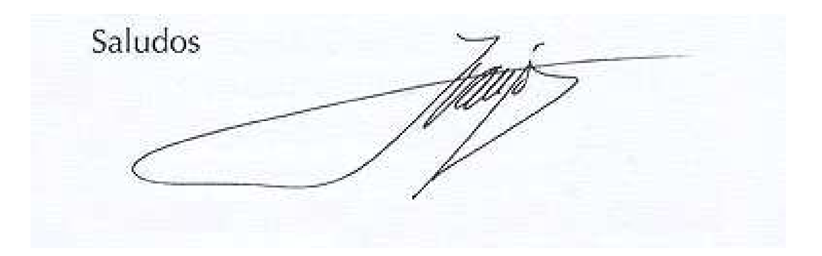


12 de abril de 2003

UNA JOVENCÍSIMA VERDAD

Queridísimo idiota:

La presente, como verás, es lógica consecuencia de la escrita en el día de ayer. Al recibir aquella revelación (como era de esperar), una cierta Verdad empezó a germinar en tu interior. Tú la has cuidado y protegido y ahora cimbrea ya con los vientos de tus dudas. La observas a diario y te desconcierta y maravilla (a partes iguales). Sabes (ésa es una de las funciones de toda revelación) que has sido bendecido con una parte de la Verdad. Hasta ahí correcto. Lo malo -tu error-empieza al pretender obtener fruto de dicha pequeña-gran Verdad. Las Verdades (la Verdad única no existe) no están hechas para satisfacer a otros. Ellas son la mismísima satisfacción. Por eso no debes perderte en el laberinto de las exigencias o de las imposiciones. Si los humanos pudieran dominar o poseer las Verdades, la esperanza sería una mentira. No te atormentes, por tanto, aguardando unos frutos que no existen. La pequeña-gran Verdad que ha florecido en tu espíritu no te hará más fuerte, ni más sabio, ni más rico, ni más feliz. No caigas en la equivocación de tantos: la Verdad no suma derechos. La Verdad (tan jovencísima en el huerto de tu herido corazón) es (a veces) un espejo. Sólo eso. Y hazme un favor: levanta la vista y echa una ojeada a tu alrededor. Comprobarás que cada ser humano tiene un pequeño huerto y, en él, una jovencísima y cimbreante Verdad...



12 de abril de 2003

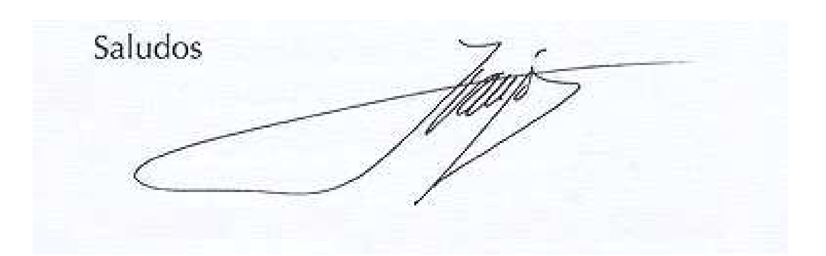
VIVE HOY, NO MAÑANA

Querido idiota:

Recuerdo muy bien tus palabras en la UCI: «Si me concedes una prórroga te prometo (me prometo) VIVIR.» Estoy pensando que deberías escribirlo cien veces en el encerado de tu memoria. Pero no serviría de nada. Ni siquiera estas cartas, como un «bypass» de urgencia, servirán de mucho. Pero yo, como tú, me limito a cumplir órdenes...

¿Cómo puedes prometer lo que no conoces? ¿Quieres VIVIR, con mayúsculas? ¿Y qué es para ti VIVIR? ¿Hacer girar las miradas hacia tu «yo» magnético? ¿Abrir nuevas cuentas corrientes en el qué dirán? ¿Poseer para desposeer? ¿Brillar para cegar? ¿Babear en los territorios de cartón piedra de la gloria humana? ¿Derramar adrenalina para desteñir los colores de tu vida?

VIVIR no es lo que supones, querido profano en la materia. VIVIR (yo te enseñaré) es el signo «más» (+) en lo más pequeño. VIVIR es experimentar en el laboratorio del sentido común, nuestro amo y señor, aquí y ahora. VIVIR es VIVIR. Nada más y nada menos. Y es así porque después, cuando mueras, no VIVIRÁS: (VIVIRÁS)2. Será otra experiencia (no ésta). No pienses, por tanto, en quimeras. VIVE ahora, no mañana. VIVE por y para las «PGC». ¿Qué son? Mañana te lo explico...



13 de abril de 2003

LAS «PGC»

Querido idiota:

Las «PGC» son el remedio a tu mal. «Dime qué debo vivir -clamabas en la oscuridad de aquel 26 de julio- y así será.» Ésta es la respuesta: practica el deporte de las «PGC». ¿Qué son? Te lo explicaré con unos hechos ocurridos hace 1.368 días. Todo ha sido extraído de uno de tus cuadernos de campo. Todo minuciosamente, como a ti te gusta.. .

«14 de julio del año 1999. Miércoles. La vida de *Thor,* mi pastor alemán, está llegando al final. Han sido 14 años de hermosa compañía. Mi primer perro... »

«Toda la mañana para cavar una fosa. Estoy destrozado... »

«A las 19 horas, el veterinario se dispone a sacrificarlo. *Thor* se tumba junto al profundo agujero. Me mira y entiendo su mirada. Es un "adiós" y un "te quiero". Yo también...»

«Sostengo su cabeza. Se va en silencio, tal y como vivió. No hay reproches en sus ojos negros. Sólo la vida, alejándose, aleteando...»

«19.15 horas. Se ha ido definitivamente. Pido que me dejen solo. Quiero enterrarlo. Primera palada. Segunda, tercera. Las lágrimas me tienden una emboscada. Es una derrota anunciada. Pero, ¿cómo es posible que llore por un perro? Hace diez días enterré a mi padre y no derramé una sola lágrima...»

«Me refugio en la mar, como siempre. Ella no pregunta. Sólo mira, como *Thor.* Pero yo sí necesito respuestas. ¿Hay cielo para perros? Dios lo sabe. Y le reto...»

«15 de julio. Jueves. Compro dos rosales podados hasta las ingles. Nadie conoce el color de sus rosas. Ésta será la "señal": si hay cielo para perros, los rosales deberán florecer en blanco. Rosas blancas (mi debilidad con el Cristo sevillano del AMOR)...»

«19 horas. Planto los rosales "anónimos" sobre la tumba de mi perro. Esta vez sin lágrimas. Dios está muy cerca. Sabe que no hago trampas (hoy). Le veo recoger el guante (le encantan estos desafíos)...»

«Un mes después llega la "señal" de Dios: «Sostengo su cabeza. Se va en silencio, tal y como vivió. No hay reproches en sus ojos negros. Sólo la vida, alejándose, aleteando...»

«Un mes después llega la "señal" de Dios: los rosales se abren en ¡rojo! No hay cielo para perros...»

Fin de la historia. Una historia, querido idiota, que contiene, al menos, cinco

«PGC»: cinco «pequeñas-grandes cosas». Cinco «salvavidas». Veamos:

1.ª El afecto (por *Thor)* te hace cavar una tumba (un pequeño-gran esfuerzo, según).

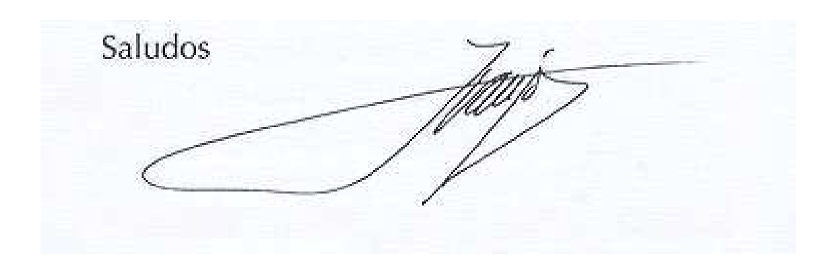
2.ª Sostienes la cabeza de tu fiel compañero y le ayudas a morir (un pequeño-gran esfuerzo, según).

3.ª Lágrimas al sepultarlo (un pequeño-gran esfuerzo, según). Si la memoria no me falla han transcurrido algo más de 1.300 días. ¡1.300 días sin volver a llorar!

4.ª Te asomas a tu interior (¿hay cielo para perros?: un pequeño-gran esfuerzo, según).

5.ª Él responde (físicamente) (un pequeño gran esfuerzo, según).

«Pequeñas-grandes cosas», sí: la vida eterna en el cuenco de la mano. ¿Recuerdas?: el signo + (más) en lo más pequeño. Ése es el secreto. «Dime qué debo vivir y así será.» Te lo estoy diciendo: VIVE por y para las «PGC». Déjate vencer por tus propias lágrimas. Nunca son derrotas, como tú crees. Consume toda tu inteligencia y vigor en la aparentemente fugaz hoguera de las pequeñasgrandes cosas. Busca el calor del ahora. El mañana y el después son fuegos en tu imaginación (fuegos fríos). Sobre todo, juega con Dios (agótale). Sus bolsillos están llenos de «señales» que casi nadie reclama. Practica las pequeñas-grandes cosas y harás jaque mate al idiota.



PD: Mientras escribo estas líneas, Blanca, tu mujer, ha descubierto una hermosa rosa roja (y solitaria) sobre la tumba de *Thor.* Otra «PGC».

15 *de abril de* 2003

UN PINCEL ENTRE LOS DEDOS

Querido idiota:

Me lo temía. Eres tan «profanus» (estás tan fuera del tiempo) que necesitas un manual para descubrir qué es una pequeña-gran cosa (« PGC»). Has vivido tanto que no sabes por dónde empezar a VIVIR. Te has movido a tal velocidad que las cosas, para ti, sólo son pasado. El detalle, el perfil, la sal, el alma o los claroscuros no son (con suerte, para ti, todo eso será). Yo te ayudaré. Yo marcaré el territorio de cada pequeña-gran cosa y tú anidarás sobre ella. Y lo harás, no como profano, sino como buzo de tu propio tiempo. Las «PGC», justamente, existen merced al tiempo (el que tú eres capaz de «congelar» para tu uso particular).

Pero vayamos a lo concreto, a la desnudez de las cosas. Ayer, sin ir más lejos, en Cantabria, mientras enterraban a Fernando Calderón, tu «miguel ángel» personal, varias pequeñas-grandes cosas fueron a posarse sobre tu espíritu. Pero, lastimado, lógicamente, no reparaste en ellas. Yo pasaré las páginas de tu endeble memoria:

Primera «PGC»: en la casa de las hijas, en El Bosque, te reúnes, finalmente, con el cadáver. Alguien, que piensa también en las pequeñas-grandes cosas, le ha colocado un pincel entre los dedos. Es la imagen que perdurará. Ésa, en efecto, es una «PGC». Una imagen viva que te ha hecho VIVIR como nunca. Ése es el sentido de cuanto trato de explicarte, querido idiota o profano en la difícil materia de la vida. «Déjame vivir y VIVIRÉ», ¿recuerdas?

Segunda «PGC»: Beatriz, una de las hijas, recita en el funeral unos versos de San Juan de la Cruz. «Muero porque no muero...» La voz abre la madera de los recuerdos y caen como árboles heridos sobre familiares y amigos. En el silencio te has rebelado. Tú lo has visto. Lo has visto primero entre la gente: un Fernando Calderón más sobresaliente e interminable que nunca. Un Fernando ¡bailando y divertido! Después, un Fernando abrazando a Bea y a su dolor. Y te has rebelado porque nadie parece verlo. Nadie «ve» que sigue (físicamente) VIVO. Es una pequeña-gran cosa que has guardado igualmente en la caja fuerte del «nadie me creería». No importa, querido idiota. Poco importa que nadie te crea. Lo realmente interesante es que, por espacio de unos segundos, has VIVIDO. Y en esas imágenes (tan físicas y reales como la del pincel entre los dedos) está parte de la Verdad (la que tú alimentas en el pequeño huerto de tu herido corazón). La clave, como ves, no es que las cosas sean grandes o

pequeñas. La clave es que deben ser pequeñas y grandes a la par («PGC»).

Saludos

16 de abril de 2003

ABLANDABREVAS

Querido idiota:

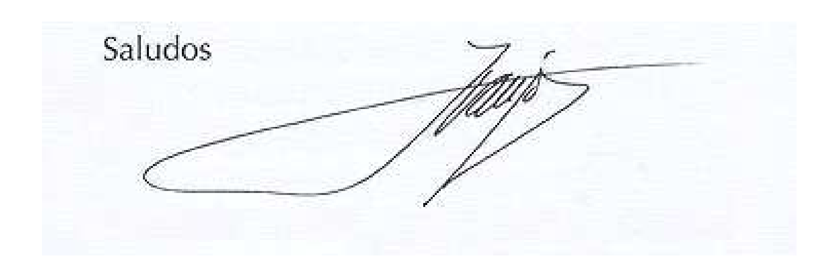
Sigo con el catálogo de pequeñas-grandes cosas, otra especie en extinción en la reserva de tu vida. Los «negocios» pendientes...

Te veo a diario con el puño del alma en alto. Protestas por todo y por todos. Cometes un nuevo error. Mejor dicho, el error de los errores (¿hay algo peor que un convoy de «erres»?). Si un día, como sabes, te regalaron un atajo («aquella revelación»), ¿por qué vivir con el molesto lastre de seis «erres»? Si sabes que tu mundo es un laboratorio, ¿por qué sublimar lo obvio? Eso, en mi pueblo, se llama ser ablandabrevas. ¿Por qué arrojar gasolina al experimento? Si conoces el porqué, ¿a qué viene sumar otros «porqués»? Sigue el consejo: firma la paz con el silencio. El mundo no va a cambiar porque maldigas o critiques. No seas un abencerraje de lo absurdo. VIVE el silencio (la más dura gimnasia del alma).Practícalo, en especial cuando nadie lo practica.

Pero, si esto no fuera suficiente, entonces, querido idiota, penetra en el sanctasanctórum de tu «yo» y dale la vuelta. Colócalo al revés. ¿Qué aspecto tiene? Muy distinto, claro está. No es el «yo» de cada día. Ahora, el Norte habitual es el Sur, más cerca, naturalmente, de la nada. Ahora, con el mapamundi de tu «yo» boca abajo, no existe la razón de la sinrazón. Los océanos de tus dudas necesitan nuevos nombres. Los territorios de tu existencia son irreconocibles. ¿Como era arriba es abajo? Incluso las certezas, como los ríos y palabras, corren en otras direcciones. Es un «yo» contracorriente (hoy no se lleva). (Deberías saber que un «yo contracorriente» es lo más indicado para transferir energía.) Es un «yo» VIVO (lo que necesitas).

Lo dicho: empieza la nueva dieta del silencio. En dos telediarios notarás un saludable cambio. y lo que es mejor: descubrirás que los demás existen. Es otra «PGC».

A una mala, como te decía, si esta pequeña gran cosa es pelo de mal peinar, entonces prueba con el mapamundi del «yo». Un «yo» boca abajo es colgar una jaula de pájaros en tu corazón, ¿recuerdas?



PD: Si tienes dudas consulta con el doctor Manolo Molina («Molí»). Él sabe cómo darle la vuelta a un mapa.

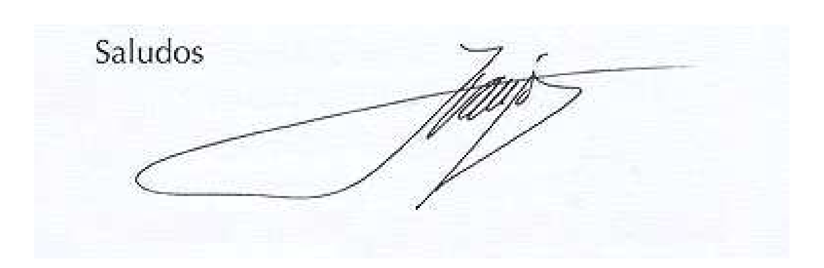
18 de abril de 2003

ALGO MEJOR QUE LA CONFIANZA

Querido idiota:

Hablando de telediarios, déjame que abunde en otro «negocio» en el que tampoco has brillado con luz propia y que viene siendo fuente de muchos de tus quebraderos de cabeza. Llevas más de cincuenta años aceptando dócilmente cuanto ves, cuanto escuchas y cuanto lees, Nuevo fracaso. En este mundo, tal y como te fue revelado, todo cabe, incluyendo a los mentirosos crónicos (sus corazones son tan mediocres y atocinados que no son capaces de decir una verdad aunque les beneficie). Guárdate, pues, de los apóstoles, de las banderas, de los dioses prefabricados, de los ejes del bien y del mal, de las apariencias, de la ciencia rasante y de la rectitud estudiada. Es hora ya de que te sacudas el polvo de tanto falso amigo. No temas. Empezarás a VIVIR cuando descubras que todos te abandonan (empezando por ti mismo.)

Es bueno vivir en la confianza (tú lo has practicado), pero es mejor VIVIR (es decir, vivir en la realidad). La realidad de un planeta «laboratorio», como sabes: hervidero de mercachifles y chiquilicuatres. No tienes más remedio que vivir entre ellos, sí, pero aprende a colocar a cada cual en su sitio.



19 de abril de 2003

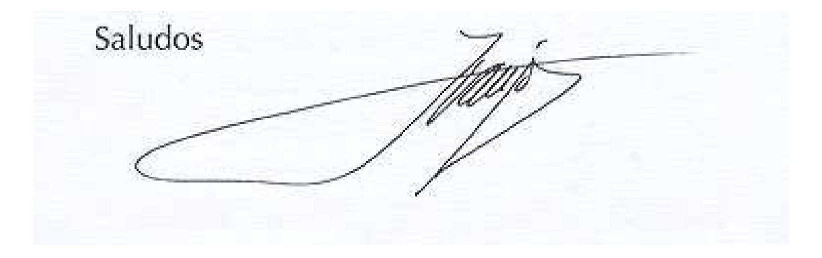
ENEMIGOS Y FROTA ESQUINAS

Querido idiota:

Dios tenía razón. Es tal la lista de errores que has ido sumando en estos 56 años que no hay forma de cuadrar la vida. Son tantos los vicios, y tan enredados, que casi prefiero saber de ti por los espejos de la casa. Pero no quiero lamentarme. Prometí escribirte y lo haré, aunque uno de los dos perezca en el empeño. No se trata, querido profano, de herir o de arrodillar tu alma como lo haría un cara de badajo. Mis cartas sólo pretenden estimularte y, de paso, encofrar lo prometido en la UCI. Y ya que menciono a los otros idiotas (los cara de badajo), permíteme subrayar uno de tus más clamorosos errores, una tarántula que anida en tu inteligencia y que envenena por el gusto de envenenar. Me refiero a esa inclinación tuya (no sé si natural) a embestir cualquier rojo y de cualquier enemigo. No has aprendido a distinguir. Hay enemigos y frotaesquinas. Los primeros sí merecen tiempo y respeto. Son los únicos que desenfundan en tu presencia y siempre de cara. Son los menos. Son enemigos en la batalla dialéctica y en el cuerpo a cuerpo del alma, sí, pero jamás traicionan. Los otros son vagos, tramposos y necios. Su mediocridad no les permite ver más allá de su yo de plomo. Gustan autoproclamarse «justicieros», «racionalistas» y «defensores de la verdad». Su única «justicia» es prevaler (no importa el veneno o la jauría utilizados en la traición). Su «razón» es negra, como el poder al que sirven. En cuanto a la «verdad», jamás la conocieron. Son eunucos mentales, siempre cortejando a otros, tan mediohombres como ellos.

No, querido idiota, no pierdas tiempo y energías con los frotaesquinas. El silencio, una vez más, es la mejor guillotina contra semejantes fuleros. Deja que suban y bajen por su propia codicia. Son ratas de estercolero.

Estás equivocado: el que calla no otorga. Si te fijas, esa conclusión (el que calla, otorga) procede siempre de un mediocre.



20 de abril de 2003

MILONGAS

Mi muy querido idiota:

Una de las ventajas de escribir para nadie es que, amén de colgar los puntos y comas en los ventanales de mi calle principal, puedo permitirme el lujo de no rendir cuentas. Ni siquiera a ti. Hoy te hablo sin las cadenas del tiempo. Mañana puede que sin tiempo. Puedo soñar la omnipresencia del espacio o hacerme peregrino en cada universo de bolsillo de las pequeñas-grandes cosas. Soy libre (creo), al fin. Por eso estoy capacitado para aconsejarte. Un día (yo también) tuve la mala fortuna (?) de caer del caballo de lo establecido. Y la Verdad me pisoteó. Mala suerte, sí, porque la Verdad no es lo que venden. Si te alcanza quedarás ciego para el mundo. Es como el rayo. Si te alcanza te harás uno con él. Brillarás con plenitud, pero en soledad. Muy pocos tendrán la capacidad de verlo. La mayoría nunca lo sabrá. Y tú (yo) tendrás la mala fortuna de vivir libre y solo.

Moraleja: los que poseen parte de la Verdad no figuran en el «hit parade» de los santos, ni de los influyentes, ni tampoco de la historia. Tal y como te explicaba, sencillamente, son tanto que no son (la luz no sabe que juega a ser luz).

Moraleja (2): No pierdas el tiempo corriendo detrás de este o de aquel maestro. Los únicos que han sido tocados con la varita mágica no son (no viven) como tú imaginas. No te rindas, por tanto, ante el canto de sirenas de cruces o medias lunas. Los que dicen tener autoridad moral, justamente, son los inmorales. Las batallas entre el bien y el mal no existen. Son decorados, oportunamente removidos por los frotaesquinas de turno. El mal, querido idiota, es un depredador (siempre bajo el agua). Si acertara a mostrar sus fauces en el exterior moriría inexorablemente. El mal sólo existe en los zoos humanos. Forma parte del experimento. Tampoco hay guerreros de la luz, ni batallas celestes, ni victoriosos o ángeles caídos. Eso son parches en la frente de los incautos. Los «maestros» (?) que pregonan semejantes milongas van siempre acompañados por su abogado. ¿Por qué será?

En suma: si en verdad quieres VIVIR empieza por lustrar tus propios pensamientos. Aprender a dudar (cada día) es permitir que uno de los rayos, de una de las Verdades, te fulmine.

Saludos

21 de abril de 2003

LUZ + LUZ = OSCURIDAD

Mi querido idiota:

Veo que no has comprendido. Para ti, caer del caballo de lo establecido es una suerte. Para mí, en cambio, fue un «Damasco» en negro (luz más luz...). Tuve la mala fortuna de ser despabilado por la Verdad (una de ellas, supongo). Desde entonces, desde aquella revelación, nada es igual. No quiero tampoco que embarulles las ideas. Mis palabras no son cometas estresadas. A cada cual lo suyo (sólo así podrás VIVIR). La Verdad (cualquiera de ellas) no es buena, ni mala, como tampoco lo es el sistema (lo establecido). Lo malo de perder la virginidad con la Verdad (con cualquiera de ellas) es que, de inmediato, quedas deslumbrado por sus encantos y ninguna otra volverá a catapultarte a lo más alto de ti mismo. Durante segundos (ni eso) serás (te sentirás, diría yo) el lazarillo de la luz y la yedra del hidrógeno y del oxígeno en el agua.

Planearás a voluntad sobre las voluntades y contarás (a manos llenas) las monedas de oro del «ahora lo sé». Durante décimas de segundo (ni eso) estarás presente (a la vez) en los infinitos agujeros negros que custodian el aprisco de Dios. Serás todo y parte. VIVIRÁS la magia de nadar en el tiempo y de secarte con el espacio. Te sentirás (serás) otro Dios-Creador (¡bienvenido a la nómina divina!) con una súbita eternidad en las palmas de las manos. Durante centésimas de segundo (ni eso) AMARÁS tanto que cada átomo de ti mismo parirá otro Dios-Creador (y vuelta a empezar). Serás, sencillamente, otra genial carambola en la mesa de billar de la creación. Pero ese abrazo es tan breve (ni eso) que mata al nacer. Después, cuando el rayo sólo es un sentimiento intraducible o una página de la memoria, entonces, querido idiota, nada es igual. Cuando ella no está, cuando no la posees, todo a tu alrededor es un eco. Comprendes, sí, pero en soledad. Soy libre (creo), pero estoy solo. Más aún: la Verdad (cualquiera de ellas) no te hará libre. Esa frase -como tantas- ha sido escurrida en beneficio de los de siempre. La Verdad, querido profano en la materia, al menos aquí, en tu mundo, no hace libre a nadie. La Verdad aparta. Y hasta que vuelvas a reencontrarla serás el TODO en mitad de la nada.

Como ves, tengo cierta razón al lamentar mi caída de lo establecido. Toma, pues, buena nota: reza para que la Verdad (cualquiera de ellas) te seduzca lo más tarde posible.

Saludos

23 de abril de 2003

¿QUÉ HAGO YO AQUÍ ARRIBA?

Querido idiota:

Comprendo tu agitación. Has hecho una promesa pero no sabes cómo satisfacerla. De pronto, alguien más veterano empieza a desmontar hitos y mitos (los tuyos). La Verdad, por ejemplo, es una amante poco recomendable (ahora). Y te preguntas como el equilibrista borracho: «¿Qué hago yo aquí arriba?» No temas. Todo está previsto (incluso ese naufragio personal). La vida no es lo que parece (hasta que caes del alambre). Después, al precipitarte en la duda, la vida es lo que es: puro ensayo, puro ir y venir de intenciones, inteligencias descarriladas, botarates uniformados que pliegan a su antojo mapas de hombres y países, falsas verdades (en púrpura, negro o azafrán) disfrazadas de dogmas y príncipes de luz que se encarcelan en la carne por el puro placer de experimentar. La vida, en fin, es lo que es: una caldera en la que muy pocos saben por qué hierven (con un resultado siempre excelente, al final del serpentín).

Y te preguntarás: si (ahora) nada es lo que parece, ¿cómo puedo ser feliz, cómo intentar VIVIR, cómo cumplir mi deuda? Sólo conozco una respuesta: VIVIR al margen de la Verdad (cualquiera de ellas) VIVIR (me veo obligado a insistir en ello) tampoco es lo que se vende en el exterior. VIVIR (te lo dije) es, sobre todo, experimentar, siempre de la mano de tu verdadero padre en la Tierra: el sentido común. VIVIR es regresar a la lejana patria de la niñez, a los universos hechos canicas de las pequeñas-grandes cosas (¿recuerdas?). VIVIR puede ser parte de la Verdad (cualquiera de ellas), pero nunca es la Verdad (químicamente pura). Ésa o ésas son criaturas tan lujosas que su sola posesión significa la ruina (ahora). Puedes cumplir tu palabra, VIVIENDO. Y es hora ya -creo- de entrar en detalles. Pero, antes, permíteme un matiz. VIVIR no significa ser feliz. VIVIR no es acertar. Conviene enderezar el concepto. Ser feliz no es la meta, querido idiota. La felicidad es una consecuencia, un matiz que te hace brillar brevemente. Eso es VIVIR. No explores, por tanto, donde no debes. Deja que la felicidad te sorprenda cada día. Dios es un salteador de caminos y despoblados interiores. No temas. Él, de pronto, casi de puntillas, embozado en el azar, te roba lo aparentemente grande y te obliga (a volver) a lo pequeño. Te obliga a VIVIR de nuevo. No puedes ser feliz si no VIVES, aunque (recuerda) el objetivo de VIVIR no es la felicidad. VIVIR es una llave. Es al abrir la nueva puerta (al experimentar) cuando el fugaz rayo de luz de la felicidad puede sorprenderte.

Saludos

24 de abril de 2003

UN LOMO DE METAL

Querido profano en casi todo:

Te decía ayer que es hora ya (creo) de descender a los detalles. Puedes cumplir tu palabra, VIVIENDO, sí, pero cómo. ¿Cómo se VIVE sin dejar de vivir? Llamemos a la puerta de don concreto. Es la mejor forma de aprender. Él hablará por mí...

Ayer sucedió algo que te hizo vivir de forma intensa (diferente): VIVIR en suma. Fue un día amenazado desde el principio por la tristeza. «Él» se iba. Mejor dicho, tú lo desterrabas. Tu viejo automóvil hacía su último viaje. Antes de partir hacia ese territorio de «nunca jamás», en el que ingresan las cosas (?) queridas, «él» se quedó a solas contigo y te miró en silencio. No hubo parpadeos, ni ráfagas de súplica, tampoco reproches intermitentes. Fue una repetición de la lenta agonía de *Thor,* tu pastor alemán. Entonces, comprendiendo, acariciaste el lomo de metal y acertaste a susurrar un « lo siento». Fue suficiente. Parte de tu alma escapó por los dedos e inmortalizó lo que sólo era una máquina. Ahora podía desaparecer en paz. Con ese sentimiento derramado, tu anciano coche no es sólo un grato recuerdo. Es parte de tu particular cielo, al que va todo lo que merece la pena. Él vivió (y te hizo vivir) 478.869 kilómetros. ¡Más de quince veces la vuelta al mundo! Era justo, pues, que lo compensaras con una caricia. Y tú, querido idiota, merced a ese espontáneo sentimiento, sacaste los pies del barro de la rutina y tuviste la oportunidad de VIVIR. VIVIR, con mayúsculas, sin dejar de vivir. Experimentar la tristeza, aunque sólo fuera por un amasijo de hierros (tú y yo sabemos ahora que la voluntad humana, si quiere, viste y calza a los sueños o llama por su nombre a los hermanos inanimados). Experimentar, como te dije. Ésa es la combinación secreta para abrir la caja de caudales de las sensaciones. Experimentar = VIVIR. Experimentar gracias a las pequeñas-grandes cosas. Gracias a unos dedos sobre un lomo de metal y a la tristeza, la cenicienta que te empeñas en ignorar. Como habrás comprobado, esa tristeza (en el momento adecuado y en dosis razonables) es un vasodilatador de la vida. Te acelera. Te hace sentir vivo. Te recuerda que, sobre todo, eres humano. Es decir, bellamente imperfecto. Abraza, pues, a la tristeza cuando llegue. Es una experta en despedidas. Deja que haga su trabajo. Permite que se instale momentáneamente en tu herido corazón. Cuando desaparezca comprobarás (y comprobarán) que eres un poco mejor.

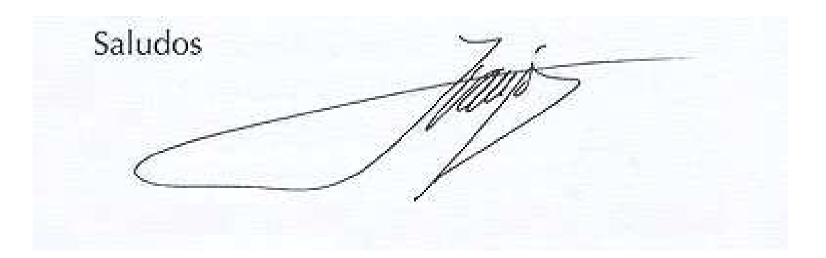
Saludos

25 de abril de 2003

EL MEJOR ANTIOXIDANTE

Querido idiota:

A poco que medites comprobarás que tengo razón. Si experimentas el placer de las pequeñasgrandes cosas («PGC») habrás cumplido por partida doble. Primero con el que supones que ha hecho la vista gorda. Segundo, y sobre todo, contigo mismo. Tú, ahora, no lo sabes pero, cada vez que experimentas, cada vez que VIVES una «PGC», estás dando cuerda al reloj de tus días. Era un regalo que pensaba entregarte al final de estas cartas pero, por lo que veo, el de la vista gorda tiene otros pensamientos. Yo sólo cumplo órdenes. Ahí va, pues, el secreto: una «PGC» es el mejor antioxidante del mercado humano. Si aciertas a consumir una al día (como mínimo), la pequeña dosis de felicidad aportada a tu organismo reduce, muy considerablemente, los radicales libres que te ponen trampas en el estrés, en la mediocridad y en los mamaúvas que marcan las pautas. La «PGC», en suma, es un altísimo concentrado de oxígeno puro (felicidad), inyectado directamente en la femoral del alma. Ese OXÍGENO multiplica las defensas y rejuvenece la siempre pisoteada red de la esperanza. Como sabes, el oxígeno contaminado de los compromisos termina enmoheciendo y matando. El otro, el OXÍGENO de las «PGC», engrasa la maquinaria del tiempo y te hace VIVIR, que es lo que importa.



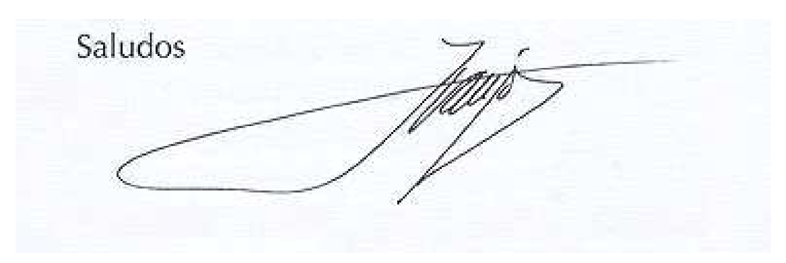
25 de abril de 2003

¿PARA QUÉ ENGORDAR AL FUTURO?

Mi querido idiota (ahora algo menos, supongo):

Seguiré con el tratamiento ideal para intentar modificar tu equivocada vida. Un «plan», como habrás adivinado, con una receta única: un par de dosis de «PGC» al día.

Empezaré por algo que tienes a la vista: tu voluminosa agenda. Primer gran error: ¿ni siquiera ha llegado y ya pretendes domar al futuro? ¿Por qué fabricar «mañanas» y «pasado mañanas» sobre papel? ¿No tienes suficiente con el hierro y el hormigón del «ahora»? Ojea de nuevo tu vida y confiesa: ¿merece la pena? Aquel 26 de julio, mientras engordabas al futuro, mientras hacías despensa con la red en blanco y negro de tu agenda, la muerte (¿recuerdas?) te miraba a los ojos. ¿Dónde están aquellos proyectos? ¿Mereció la pena competir fuera de la pista? Tú, ahora, sabes que no. Tú, ahora, sabes que el mejor «mañana» es un «ahora». Tú, ahora, entiendes que una de las pequeñas-grandes cosas más saludables es, justamente, una agenda en blanco. Mejor aún: una vida sin agenda. Deja que sea el Dios Destino quien escriba. Cabalga sobre el afán de cada día. Sólo eso. El resto (más allá de treinta segundos) son catedrales en papel cuadriculado.



PD: La dosis ideal de «PGC» es tirar la agenda a la basura (directamente).

26 de abril de 2003

DIOS NUNCA PROMETE. ¿POR QUÉ TÚ SÍ?

Querido idiota:

Hoy se cumple el noveno mes de tu nueva (supuesta) vida. Aquel 26 de julio (2002), con la muerte en los talones, formulaste una solemne promesa (la más solemne de tus 55 años): «Si me concedes una prórroga te (me) prometo VIVIR.» Nuevo error, querido profano. Está claro que no has cumplido y, muy probablemente, nunca cumplirás, a pesar de mis quites. Toma nota en tu memoria (el único equipaje autorizado en el más allá): prometer es obligar y obligarse. Por un lado, intentar doblar la voluntad de un Dios según tu capricho o tus necesidades y, por otro, hacerte trampas a ti mismo. Vayamos por partes. ¿Obligar a Dios? Observa la naturaleza. Ella está aquí antes que tú y jamás pide a cambio. ¿Te imaginas?: «Concédeme una prórroga y la luz del día borrará a las estrellas, esas chismosas de la noche.» No, querido idiota, nunca obligues (prometas) al buen Dios. No lo sientes a la timba de tus miserias. No quieras hacerle trampas. Él sabe. Él inventó el órdago (el ahí está) de la vida. Él, a diferencia de los humanos, no presta. Él está entrenado para regalar. Es sordo y mudo para el des-amor. Si en verdad confías en Él (en el AMOR), ¿por qué obligarle? No cubras de escarcha ese delicado paisaje. Deja que el AMOR actúe. Deja que Él siga jugando a fogonero de tu vida. Cuando te sientas en apuros, baja o sube (según) los peldaños de tu espíritu y llama a su apartamento (Él siempre vive arriba o abajo), Sólo tendrás que mirarle. Después regresa tranquilo a tu «ahora». Dios nunca promete. (Él actúa.) ¿Por qué el hombre va a ser más papista que el papa?

¿Obligarte a ti mismo? ¿Obligar o prometer a los demás? No, querido idiota, no pretendas doblegar los Destinos (propio y ajenos). Es absurdo y, además, revela muy poca inteligencia. En lugar de prometer, actúa. Utiliza la bandera divina de la acción. El mundo está sobrado de palabras. Necesita silencios en movimiento. Necesita AMOR sin raíles, sin prólogos y sin condiciones.

Y si quieres seguir obligándote (si necesitas continuar prometiendo), hazlo siempre de puertas adentro. La estupidez (en solitario) sólo ahoga al que la practica.

Saludos

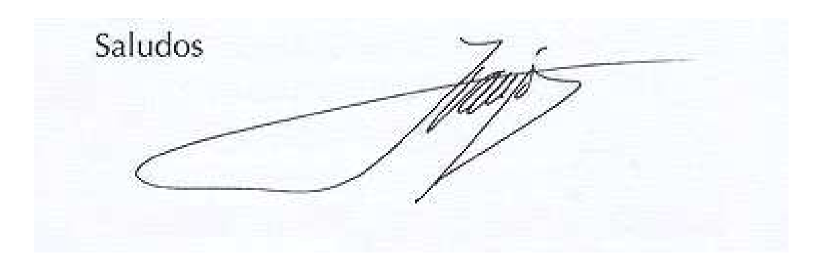
27 de abril de 2003

LA ECUACIÓN SECRETA

Querido idiota:

Te comprendo. Algunas de estas cartas, en efecto, parecen escritas por tu yo autista. Puede que así sea (deberías saber que arrodillo el alma cuando me cruzo con estos héroes). En el fondo, de eso se trata: quiero darle la vuelta al calcetín de tus certezas. Quiero sumergirte en la lejía de la duda y colgarte después al viento. Colgarte solo e indefenso (la única fórmula para sanearte). Con estas cartas, en efecto, pretendo hacer tabla rasa de tus certezas. Es hora de arrinconarlas. Al principio (peor que bien) fue un tacatá. Ahora, esas certezas se han vuelto pendencieras. Ni tú mismo eres capaz de ordenarlas. Ya ni siquiera obedecen a tu voz. Son lobos hambrientos, bajados del largo invierno de las religiones, del poder y de las conveniencias. Las certezas, bajo la piel de cordero de tu supuesta salvación, te debilitan a cada dentellada. Ése es el propósito: evitar que pienses. Si un ser humano piensa por sí mismo es un potencial revolucionario. Si millones de hombres piensan por sí mismos son la revolución. Empieza, pues, por diezmar todo aquello en lo que siempre has creído. Cuanto más sagrado (supuestamente), mejor. El resto huirá espantado. Y tú, querido profano en la materia de las Verdades, te sentirás más certero. Es la ecuación secreta: cuantas más certezas, menos certero. No te avergüence caminar por los territorios de la duda. Son parajes lunares para la mayoría, pero no para el que los elige. La duda, querido idiota, no es negación a ultranza. Es análisis de lo supuestamente inamovible. La duda es la gimnasia de la razón. Y tienes derecho a una mente en forma. La duda desguaza el dogma y hace parpadear asombrado. El dogma siempre está vacío de lógica e infectado de intereses más o menos enfermizos. La duda abre la puerta de atrás del poderoso y muestra el corazón de estos mercaderes de la mentira y de la muerte. La duda es tu mejor traje a medida (hecho por ti mismo). La duda es el único título que debe colgar en el ánimo del científico. Los otros, los que niegan, son inquisidores, adoradores de currículums y pan-con-pan de la inteligencia. La duda, en fin, es el antídoto contra el veneno de algunas «riquezas».

Sigue mi consejo. Si quieres VIVIR, duda. La certeza es un SIN-VIVIR...



28 de abril de 2003

PINTAMONAS DE CERTEZAS

Querido idiota:

Avanzar, contigo, es ver cómo avanzan los demás. Tendré que resignarme. Preguntabas ayer por el final de mi última carta. ¿Qué es eso de VIVIR en la duda? ¿Por qué afirmo que vivir en la certeza es un SIN-VIVIR? Veamos si soy capaz de hacer luz con los pedernales de tu inteligencia (?)...

Hace mucho tiempo, en tu infancia, la religión te obligó a pacer en la palma de su mano. Dios era un Yavé avinagrado. Un ahorrador patológico de virtudes (?) y, por supuesto, un quitameriendas de ilusiones no autorizadas. Así fue tu vida. Una «vida» (?) en la certeza de un Dios permanente e inexplicablemente cabreado. Una vida en el trapecio, pendiente, no de tus posibilidades, sino de las pautas marcadas por el director de pista. El menor desliz significaba pecado y -«de morir en ese momento»-, condenación eterna. La certeza era tal que tu vida quedaba reducida a un SIN-VIVIR. Un beso robado, un abrazo en la oscuridad o un pensamiento en libertad te convertían (por obra y gracia de esas certezas), en un monosabio de Dios. Hoy lo intuyes: nadie es un payaso para el buen Dios. Todavía no sabes quién es (ya llegará la hora) pero la duda resulta más nutritiva que las viejas y saboteadoras certezas.

Otro ejemplo.

Hace tiempo, en tu juventud, otros sablistas de lo divino y de lo humano te dieron el tocomocho de las certezas. A saber: voluntades agavilladas y sujetas por las lenguas; yugos para los de siempre y flechas (todas) en la misma dirección; un destino en lo universal del dinero (sólo para ganchos y tahúres compinchados con los sablistas) y el espejismo de una patria donde (supuestamente) lo bueno era vertical, monocromático y castrense. Y el menor desliz, como sabes, significaba hambre, libertad de pensar entre barrotes, ruina de la imaginación, tu nombre arrojado a las termitas del descrédito o el exilio (el extranjero era la nada de Dante y un vivero judeo-masónico). Las certezas eran un cinturón de castidad en la frente. Como te decía, un SIN-VIVIR. Hoy, al menos, dudas y eso (mal que bien) te permite VIVIR.

Madurez.

El mundo, recién resucitado, dijo llamarse Lázaro y tú (ingenuo como un cubo de agua) lo abrazaste entre lágrimas. ¡Al fin la democracia! ¡Al fin la gran certeza! Poco después, tras las primeras lluvias, brotaron las verdades humanas: malparidos con el fétido aliento de la mentira permanente, políticos contrabandeando con la esperanza, mandamases a lo suyo (a sus certezas),

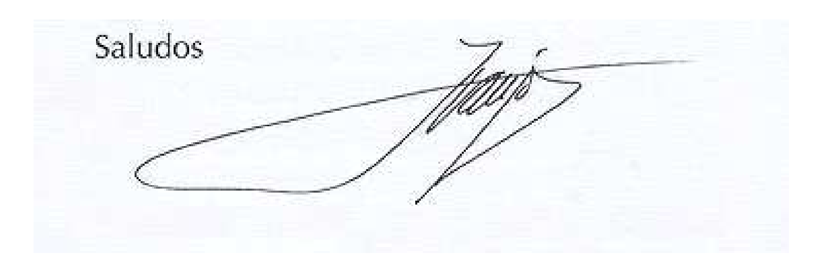
ayatollahs con la venganza en cuarto creciente, salvadores que nadie llamó con la verdad enlatada o granizada. Más o menos, los mismos marrulleros de tu infancia y juventud. Las mismas certezas con distintos collares...

Ancianidad (al caer) (?).

Tampoco el amor es la certeza que te cobijó.

Ahora, más que nunca, es duda; es decir, más amor. Ahora, Blanca, tu mujer, tampoco es certeza. Ahora, ella es tú y tú una mala aproximación. Aquella certeza de la posesión ya no es tal. Ahora, tu vida con ella no es un SIN-VIVIR. Ahora sí VIVES, gracias a ese gran amor (siempre en la duda).

Repito, pues, mi consejo, querido idiota: para VIVIR hay que dudar. No seas un pintamonas de las certezas. Eso déjalo para los mediocres y los muertos.



30 *de abril de 2003*

DESENCADENA AL TIEMPO Y VERÁS...

Mi querido ignorante en casi todo:

Trato de regresar a las pequeñas-grandes cosas pero tu torpeza no me lo permite. Tus neuronas son manglares. A pesar de todo seguiré intentándolo. En otras cartas anteriores insistí en ello: las «PGC» son la única felicidad autorizada en este mundo laboratorio. Una felicidad-destello, sí, pero felicidad al fin y a la postre. Y para VIVIRLAS en plenitud debes subir primero al principio de los principios. Me explico: para beber y paladear cada pequeña-gran cosa hay que desencadenar al tiempo. Hasta ahora, mi querido idiota, eras tú quien engordabas al futuro (¿recuerdas?). Tú, con tus prisas, convertías al tiempo en una maleta. Lo hacías danzar pesadamente al son de tu agenda. Hasta ahora, el tiempo (sobre todo el tuyo) era otro idiota, otro esclavo de ti mismo. Lo sé: siempre has creído lo contrario (tú eras el esclavo del tiempo). Si decides VIVIR, si empiezas a practicar el saludable deporte de las «PGC», comprobarás quién es quién. Comprobarás que el tiempo (libre de cadenas) se ralentiza y te empapa de salud y satisfacción. ¡El tiempo convertido en lluvia mansa! Si lo liberas con el indulto de cada pequeña-gran cosa, el tiempo, en lugar de seguir-te de mala gana, te precederá y perfumará tu nuevo camino. Ahora, mi querido idiota, la «falta de tiempo» es un insulto a la inteligencia, Ahora, con el descubrimiento de las «PGC», lo verás fluir en su estado natural (ni sólido, ni líquido, ni gaseoso). Y el tiempo, al fin, te mirará a los ojos. Entonces, sólo entonces, serás moderadamente feliz y durante un tiempo sin tiempo. Sí, ése es el hallazgo de los hallazgos: las pequeñas-grandes cosas: El talismán de los sabios. El cofre secreto enterrado por Dios en cada corazón. La Luna para los necios. La última esperanza para los profanos, como tú. La religión de los inteligentes. El espejo de los más bellos. La verdad en zapatillas. El Destino mojado en leche. Un cazaclavos para el alma en pena. Agua en el desierto de los días. La dulzura en el sentido de las agujas del reloj. El presente vestido de Dios. Dios vestido de presente. Tus mejores sueños tocando palmas. La eternidad en el dedal de un «te quiero». La creación entera y señorona sentada a tus pies, observándote. Eso, y mucho más, son las pequeñas-grandes cosas, querido idiota. La felicidad (recuerda) en porciones. El cielo en un carrillo de mano...

Saludos

1 de mayo de 2003

LA MÁXIMA CONDECORACIÓN DE LOS CIELOS

Querido idiota:

Hace mucho tiempo (tendrías que abrir el trastero de la memoria para recordarlo), un amigo y compañero de profesión -Manu Cecilio-, y tú mismo, vivisteis una singular aventura. Fue en un crudo invierno. Diciembre se presentó por sorpresa y vestido de riguroso hielo. Fue entonces cuando Cecilio Hijo y tú improvisasteis un arca de Noé, salvando de la muerte a una familia de golondrinas. No importaron las dificultades, los kilómetros y las risas burlonas de los pepes leches de turno. Aquel salvamento de los más débiles fue un lujo espiritual (soltar las cadenas del tiempo). Aquel bello gesto fue una pequeña-gran cosa. Tan «PGC» que hoy figura a la cabeza de tu «currículum» (el verdadero: el existente en la web de Dios).

Después lo has repetido. ¿Recuerdas a *Nicolás,* el mirlo caído del nido?

Ayer, sin ir más lejos, otra familia de golondrinas empezó a anidar sobre la puerta de vuestra casa. Las futuras crías serán fruto del amor y de vuestro «sí».

Pues bien, son esas pequeñas-grandes cosas los únicos negocios que debes emprender. Son esos momentos -tan cortos- los que te alargarán por dentro. Fue devolver a la vida la mismísima vida lo que te llena de vida. No lo dudes, querido idiota: el aparentemente simple acto de rescatar de las aguas a un saltamontes en apuros significa la máxima condecoración de los cielos: el oro de la misericordia en el pecho de tu espíritu. Como te decía, ésas serán las únicas cuentas que deberás echar cuando pases al otro lado. En los mundos «MAT», como tú los llamas, al salir del ascensor de la muerte, nadie te juzgará. Serás tú mismo quien abra la maleta de la memoria y sumes las «PGC». La conclusión es igualmente simple: cuantas más pequeñas-grandes cosas experimentadas, más satisfacción personal, más felicidad y, por tanto, más madurez. En otras palabras: más velocidad y emoción en lo que te queda de aventura.

No sumes, por tanto, grandes éxitos. Los triunfos humanos ya están en tu contrato. Preocúpate de la letra pequeña (lo que nadie lee): las «PGC», Vívelas y VIVIRÁS.

Saludos

2 de mayo de 2003

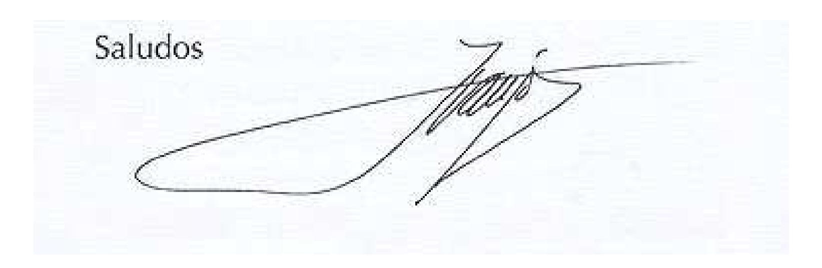
CÓMO DESRATIZAR EL ALMA

Querido idiota:

Hoy quiero recetarte otra (muy especial) dosis de «PGC»: periódicos atrasados. La lectura, sí, de esos diarios o revistas que ruedan por la casa o por las salas de espera como mendigos de la historia. Cuando el Destino los lance en forma de casualidad (?) hasta tus manos, ábrelos. Hazlo sin miedo. Ojéalos. Aterriza en sus titulares e imágenes. Con eso es suficiente. Al poco comprenderás. Repasar un periódico atrasado (cuanto más viejo, mejor) es sanear el alma, desratizándola de toda clase de vanidades. Hablo por experiencia. Entonces, al pasar las páginas, entre las paredes en sepia de semejantes historias, descubrirás a un socio con el que sólo has hecho malos negocios (hasta ahora): la humildad. Otro huésped poco habitual en tu «vida» (?). Te aseguro que la práctica de esta pequeña-gran cosa es el mejor remedio contra muchos de los errores del pasado. Nada (o casi nada), querido profano, merece la pena. ¿Qué fue de los genios? Hoy, con suerte, están colgados en las enciclopedias o en las paredes. ¿Qué fue de los ricos? Con suerte, son los más ricos del cementerio. ¿Qué fue de los poderosos? Sólo tú, al pasear por su memoria, los has resucitado brevemente. ¿Qué fue de los imprescindibles? Hoy, como sabes, hay piezas de recambio para todo. ¿Qué fue de los santos? Hoy sólo son la letra pequeña de los calendarios. ¿Qué fue de los buenos? Su gloria fue tan larga como su duelo. ¿Qué fue de los codiciosos? Murieron asfixiados por las sospechas. ¿Qué fue de los necios? Están montunos en los cielos del olvido.

Todo, en suma, se ha ido, como el humo, por la chimenea de la historia.

Pues bien, querido idiota, una vez experimentada esta nueva «PGC», ¿qué se supone que debes hacer? ¿Vivir para la fama?, ¿para el dinero?, ¿para la inmortalidad? Yo te lo diré: toma de la mano a la humildad y VIVE en aparcería con ella.



3 de mayo de 2003

LOS CINCO SENTIDOS

Mi muy querido idiota:

Me pregunto si has comprendido. Cuando hablo de pequeñas-grandes cosas me estoy refiriendo (naturalmente) a sensaciones. Observa qué sencillez: sentir = VIVIR. Un mapamundi al revés = robar a los ladrones (VIVIR). ¿Qué mejor placer virtual que colgar a los infames por los pies? Una agenda en blanco = competir en el «ahora» (VIVIR). ¡Qué mejor sensación que competir con uno mismo! El «sí» a una pareja de golondrinas = calcio para el Dios interior (VIVIR). ¡Qué mejor riego para el amor que un «sí»! Acariciar un lomo de metal = dar (vida) sin recibir (VIVIR). ¡Qué mejor parecido con Dios! Repasar periódicos atrasados = bajar a las alcantarillas de uno mismo (VIVIR). ¡Qué mejor espectáculo (sensación) que las verdades (casi todas) reunidas en el velorio de la historia!

¿Comprendes? ¿Entiendes el inmenso valor de las «PGC»? El mundo (siempre) se mueve por sensaciones. La Naturaleza no razona. Las leyes, en realidad, son primero colores, sonidos, ausencias y atracciones. Después llega el hombre y legisla. Acata las leyes, sí, pero recuerda quién fue primero. Recuerda que la norma es una hija bastarda. Nunca nace por amor, sino por necesidad. Por eso las pequeñas-grandes cosas son superiores (por sí mismas y por su cuna). Sentir = VIVIR. «PGC» = sentir = VIVIR.

VIVE, pues, querido idiota, con los cinco sentidos. Deja que ventilen tu yo interior. Ellos saben. La sensatez siempre está a su servicio. El insensato, sin embargo, no está al servicio de nadie, excepción hecha de su propia locura. La vista, por ejemplo, sabe cuándo entornar o cerrar los ojos. Y lo hace siempre ante la proximidad de una sensación. El oído es igualmente escrupuloso. Sólo negocia con la justa medida. La música es su mecedora favorita. En cuanto al olfato, ¿conoces a un guía más prudente? El gusto, por su parte, es otro termómetro de la belleza. Una medida frágil y delicada. Si no alcanza el punto medio, las sensaciones son alas rotas. Si lo saturas mueren como estrellas fugaces. Finalmente el tacto: la envidia de los espíritus. Todo el saber de Dios en la palma de la mano.

¿Comprendes ahora el porqué de mi insistencia en las pequeñas-grandes cosas?

Saludos

4 de mayo de 2003

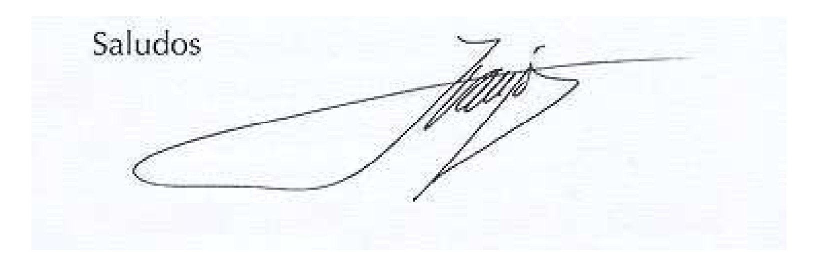
ÉRASE UNA VEZ UN PRÍNCIPE...

Querido idiota:

La ventaja de escribir para mí mismo (para el profano que llevo dentro) es que puedo hacer la «estatua» frente a las normas. Me importan un silbato los críticos. Escribo para ti (para mí). Por eso no hallarás nada tan maduro y sobresaliente en el resto de mis escritos. Estas cartas son el tuétano de lo que llevo descubierto en la Tierra. Y te preguntarás: ¿con qué autoridad me dictas estas cosas? ¿Eres un buscador de perlas de las profundidades humanas? ¿Eres un Dios encendido en la carne? ¿Dónde has aprendido a escalar la condición humana? ¿Por qué te pronuncias con la seguridad del que regresa? ¿Qué has visto en la cara oculta de tu propio yo?

Permíteme que te responda con una pequeña-gran historia. Se trata (en apariencia) de un cuento: «Érase una vez un príncipe. Fue creado directamente en el horno divino. Era más que luz, mucho más que luz y gravedad e infinitamente más que luz y gravedad y gravedad divina. Era casi perfecto. Es decir, casi santo. Respiraba poder y bebía, por igual, de todas las fuentes secretas de la creación. Sus pensamientos brillaban a lo lejos y era precedido siempre por el éxito. Y en una de sus correrías por la casa del Padre se asomó al tiempo y al espacio. Y descubrió algo desconocido para él: en esos mundos, unas criaturas vivían en la imperfección. ¡El colmo de la imaginación del buen Dios! ¡De la nada había obtenido un adán! ¡Y esa nada-adán estaba sentada en las rodillas del AMOR! ¿Cómo era posible? ¿Por qué los humanos eran tan importantes? ¿Por qué eran habitados por el mismísimo Creador? Y solicitando permiso modificó el rumbo de su evolución. Y aquella flecha divina descendió hacia las tinieblas, la inseguridad y la muerte. Era la única forma de alcanzar la perfección: siendo maestro también en imperfección. Y con él, con aquel príncipe, bajaron las escaleras otros muchos...»

Te escribo, por tanto, con la autoridad de uno de aquellos que lo tuvo todo, querido idiota



8 de mayo de 2003

NADAR DESNUDO

Querido idiota:

Sigamos con las pequeñas-grandes cosas. En una oportunidad (sólo una) tuviste el suficiente valor (?) y lo experimentaste. La mar te recibió como una amante y te lanzaste a ella desnudo. Veo que ni siquiera lo recuerdas. Fue una inolvidable «PGC»,

Algo que no has vuelto a VIVIR. Nadar desnudo fue tu primera relación amorosa con la mar. Sin duda, la más limpia, intensa y sincera. La mar se aproximó a tu piel y, curiosa, te acarició. Sus dedos eran colores y cada beso, una burbuja. Pero tú, tímido, casi huérfano de sensaciones (idiota al fin y al cabo), escapabas a cada roce y huías veloz seguido de miles de besos. No llegaste a comprender que la mar es una mujer y que, en esos momentos, te deseaba. No acertaste a descubrir que aquel sencillo acto de nadar desnudo era tu máxima aproximación a la libertad. De nuevo una pequeña-gran cosa te hacía VIVIR (con mayúsculas). Algo impensable cuando te cubres con normas y certezas. Y digo bien: máxima aproximación a la libertad. Sólo cuando pones el pie en el estribo de las sensaciones empiezas a deletrear la libertad. Sólo cuando VIVES la disfrutas (de lejos). Sólo entonces, los Dioses se compadecen y relampaguean las verdades que nunca serán tuyas (aquí, en esta vida). No te confundas, querido idiota: la libertad no florece en este planeta. Lo que los hombres llaman libertad provoca la risa del Destino. Eres tú, justamente, quien (libremente) has decidido no tener libertad (insisto: aquí). De eso -de la formidable experiencia de vivir encadenado a un Destino- tendría que hablarte en otra ocasión. La libertad que venden los humanos es coja de nacimiento. La libertad humana impone (siempre imponen los que tienen mucho que perder). La libertad humana pisa siempre sobre cadáveres. La libertad, tal y como la concibe el hombre, está peleada con la otra mitad de la humanidad.

No, querido profano en la materia, la auténtica libertad no es de este mundo. Podría describirla (malamente) como nadar desnudo en la mente divina: conocer y experimentar(lo) TODO. En otras palabras: estrechar la mano del número UNO (ser UNO). Eso es libertad. Eso es sentir. Ahora, de momento, según «contrato», sólo puedes aspirar a escuchar su tañido. Sólo puedes (y debes) mirar por el ojo de la cerradura de las pequeñas-grandes cosas. Las sensaciones te harán señales.

Saludos

9 de mayo de 2003

LIBERTAD EN SILLA DE RUEDAS

Querido idiota:

No me asombra tu cara de papamoscas. La esperaba. Muy pocos aceptan el contenido de mi anterior carta. « La libertad existe -gritan-. Podemos votar, cambiar de canal en televisión, de esposa o marido e, incluso, suicidamos.» Y yo insisto: eso no es libertad. Como mucho, una libertad de cabotaje. Una libertad sin perder de vista a los demás es una libertad en silla de ruedas. Yo he mencionado la auténtica libertad: la que no conoce fronteras porque tú eres la única frontera. La verdadera libertad, querido profano, se nutre del conocimiento. Ésa es la frontera. Un límite sin límites. Y ahora dime: ¿dónde nace la libertad humana? ¿Lo hace en la sabiduría? ¿Ha prosperado en las térmicas del «yo» o sigue reptando en el fondo del miedo? Te invito a que despabiles algunos momentos de la historia y juzgues por ti mismo (si puedes).

Pre-historia

¿Existió la libertad hace un millón de años? En la Edad de Piedra, el miedo era más negro que la oscuridad y ésta, a su vez, el único horizonte. Ni siquiera la evolución fue libre.

Historia antigua

La humanidad creció, sí, pero no la libertad. La domesticación diluyó la agresividad de los animales y multiplicó la de los propietarios. Las aves perdieron la capacidad de volar y al hombre le salieron las alas de la ambición. La joven humanidad fue domando los metales. Y con el cobre, oro, bronce y hierro diezmó la libertad de los demás.

Siglo V *antes de Cristo*

Pericles inaugura la democracia. Un hombre: un voto y una opinión. ¡Al fin la libertad! De pronto, la historia comprende que algo falla: los atenienses no son la libertad (no para sus esclavos y . mujeres).

Edad Media

La libertad humana retrocede (¿más aún?). Las religiones inyectan la epidemia de los fanatismos.

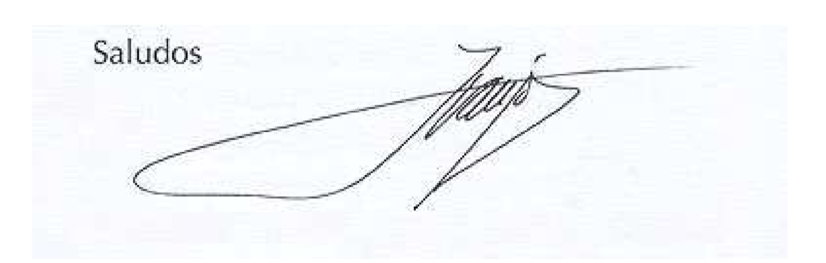
La cruz se hace espada y decapita cualquier pensamiento no ortodoxo. No

saben que Jesús de Nazaret jamás portó espada. La verdadera libertad es una elección (nunca una imposición). Después llega la media luna, otro triunfo de las fronteras interiores, de la oscuridad y del miedo.

1492
Las viejas ideas alcanzan América y, naturalmente, no conciben otra libertad que la suya. Pueblos enteros son exterminados porque visten, piensan, adora y aman «salvajemente». Los conquistadores no saben (ni quieren saber) que el pensamiento propio es el «abc» de la verdadera libertad. Y el miedo, la oscuridad y la sangre dibujaron el nuevo mapa de América.

Siglo XIX
Un norteamericano perfora la tierra y obtiene el primer pozo de petróleo (28 de agosto de 1859). Al permanente negro del miedo y de la oscuridad interior se sumó el traficante de los traficantes. Hoy, por las venas de la libertad (?) humana no corre sangre, sino crudo.
Para qué seguir...

La libertad, querido idiota, no es lo que crees y lo que quieren que creas. La libertad es mucho más y empezarás a practicarla cuando dudes(¿recuerdas?).



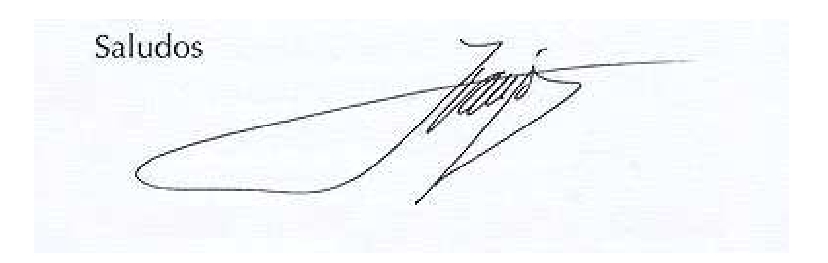
10 *de mayo de* 2003

MIRAR UN CUADRO

Querido idiota:

¿Cuánto hace que no contemplas un cuadro? En tu lejana infancia (¿recuerdas?) querías ser Miguel Ángel. Después, tu «contrato» exigió que se cumpliera lo «firmado». Pero, a lo que voy: ¿eres capaz de recordar cuándo liberaste al tiempo por última vez? Me lo temía. Tu última visita a un museo se ha caído de la memoria. Pues bien, seguiré zarandeando tu entendimiento (hasta que comprendas): para cumplir tu promesa debes VIVIR. Para enmendar el rumbo de tus errores tienes que poner los ojos -única y exclusivamente- en la brújula de las pequeñas-grandes cosas. Mirar un cuadro, por ejemplo, es compartir confidencias acodados en la barra de tu espíritu. Mirar un cuadro es soltar a los perros de presa de la adrenalina, pero con bozal. Mirar un cuadro, como te decía, es sacar al tiempo de las mazmorras de ti mismo y devolverle la vista. Mirar un cuadro es despertar y duchar a los sentimientos. Después, ellos solos te recorrerán. Mirar un cuadro, querido profano en la materia, es abrazarte a la farola de la vida, borracho de sentimientos (abrazarte a ti mismo, al fin). El arte, querido idiota, no le ha sido dado al mundo para cebar el yo de unos pocos. El arte es una fragua donde todos (todos) ponen a prueba el temple de sus sentimientos. Tagore tenía razón: el arte no es sólo belleza. El arte debería ser (y lo será algún día) la única religión del hombre. El arte, si observas con detenimiento, tiene sus propios templos. Todos infinitos. Todos sugerentes. Todos luminosos. Todos edificados con sentimientos. La razón es la única criatura que no puede penetrar en su interior. Por eso los que se dicen racionalistas terminan siendo matacandiles de sí mismos y mulas del diablo para los mazacotes y necios que los aplauden. Arrodíllate, pues, en las catedrales de los sentimientos. Y al hacerlo, al inclinar el alma, descubrirás que tú mismo eres parte de la imagen, de la música, de la escultura o del verbo. Tú serás acción en la quietud. Tú serás color derramado en las arterias. Tú serás lágrimas interiores. Tú serás traductor e intérprete de otros hombres, de otras épocas y de otros sentimientos. Tú serás «ellos». Tú serás el todo y la parte. Tú serás los ojos de la música y la conducirás dulcemente hacia el sanctasanctórum de tu corazón. Tú serás el proceso y el resultado. Tú serás la resurrección por la palabra. Tú, entonces, sin querer y sin saber, estarás justificando la (supuesta) imperfección del tiempo y del espacio. Tú, entonces,

estarás VIVO y habrás cumplido: «Si me concedes una prórroga te (me) prometo VIVIR.»



12 de mayo de 2003

SAZONAR LA CORDURA

Querido idiota:

Prosigo con la dieta de pequeñas-grandes cosas. Dada tu salud mental, la única aconsejable. No te estoy llamando loco. Te has excedido, sí, pero en la cordura. La salud mental (deberías saberlo) puede peligrar por muchas razones. La locura (?), como tal, es la menos preocupante. Los locos, en general, habitan tierra adentro de sí mismos. Los muy cuerdos, en cambio, siempre están fuera de sí. Son corsarios de voluntades. Piratas de su propia vida. Inquisidores de la sonrisa y verdugos de la risa. Los muy sensatos, querido profano, son áridos y, por tanto, inhabitables. La cordura es una equilibrista prodigiosa. Requiere experiencia, valor y los gramos juntos de sensatez. Si te excedes, el cable de la vida (por el que caminas paso a paso) quedará destensado y tú, en la cuerda floja. En otras palabras: regresa a las costas de tu yo. Reflexiona, sí, pero no adores al becerro de oro del «todo controlado». De vez en cuando, camina hacia atrás por los senderos de los deseos. Monta la vida a pelo y disfruta el viento en la cara de lo imprevisto. Los excesos, como sabes, no son saludables y en la cordura, incluso, letales. Y te preguntarás: ¿cómo puedo cruzar por la vida sin perder el equilibrio? Sencillamente, sazonando los momentos. Es decir, pellizcando la existencia; dándole el sabor que tú consideres. Los seres humanos no pueden ser santos (perfectos). No en esta vida, por mucho que se empeñen algunas religiones. Las cosas, en cambio, sí. Las cosas llegan siempre a un punto de sazón o de madurez. Es la santidad de lo pequeño. Pues bien, tú VIVIRÁS (lograrás el equilibrio) si sazonas la cordura (si la haces santa y perfecta) con las pequeñas-grandes cosas. Observa, querido idiota: experimentar (VIVIR) una «PGC» es contemplar cómo algo se convierte en santo, alcanzando su estado de perfección (sazón). No confundas con razón. Ésta es mala vecina de la santidad (tener razón no siempre significa estar en lo cierto). Con la práctica de las pequeñas grandes-cosas, por tanto, además de lo dicho en otras cartas, el hombre se entrena para su Destino: crear (aparentemente) de la nada. Con la gimnasia de las «PGC» tu Dios interior hace músculo y tú programas la cordura a la velocidad ideal (cada yo dispone de su propio y muy personal manual de servicio y mantenimiento). Pero de eso, quizá, te hable cuando tu inteligencia alcance un mínimo de sazón.

Saludos

13 de mayo de 2003

TRUCOS DIVINOS

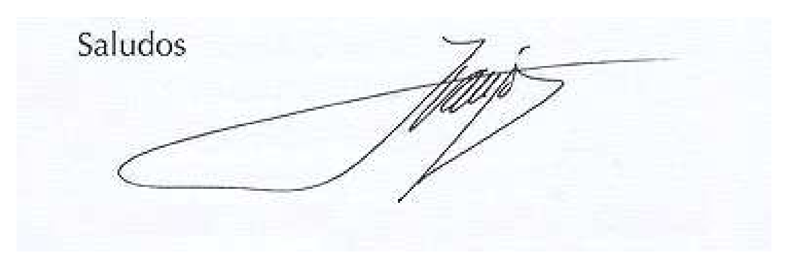
Mi querido idiota:

Veo que los conceptos resbalan por tu cerebro. La vida (supongo) le ha puesto un impermeable a tu sensibilidad. No importa. Volveré a explicártelo.

¿Cómo lograr que algo se convierta en santo? ¿Cómo sazonar los momentos? Me limitaré a silbar en el cielo de las ideas: ellas acudirán como las palomas a las migajas. Veamos:

Cuando escuchas (sin remar a tu favor), tu silencio se va vistiendo de gala y termina sentado en la silla gestatoria de la perfección. Esta pequeña-gran cosa (escuchar gratuitamente) hace santo al silencio. Tú (queriendo o sin querer) has puesto a punto (sazonado) un momento de tu vida. Y esa santidad de lo pequeño te hará momentáneamente feliz. Queriendo, o sin querer, habrás sazonado la cordura. Estarás en equilibrio.

Cuando acaricias, ojos, dedos o labios alcanzan también la perfección. La mirada, al acariciar, es la primera en saciar tu sed. Y te llevará, sin alas, a los mundos artificiales de los sueños. Durante
segundos, esa mirada será perfecta. Será tu particular tren de alta velocidad hacia la felicidad. Una mirada, querido profano, también puede ser una pequeña-gran cosa. En cuanto a los dedos y labios, ¿qué sucede cuando acarician? Se hacen exploradores y machetean a tu favor. Durante las caricias tienen vida propia. Saben cuándo avanzar o retroceder, al margen de tu voluntad. No son tu voluntad. Son ellos, en estado puro (perfectos). Tú, al amar, al experimentar, elevas el cuerpo a la santidad. Tú, al acariciar (no importa qué), estás ensayando para el gran papel de tu existencia (después de la muerte): crear (aparentemente) de la nada. Al acariciar, querido idiota, se produce el milagro: aparece la vida. Son trucos divinos. Magia para principiantes como tú...



14 Y 15 de mayo de 2003

CINCO AL DÍA

Querido idiota:

Hablando de «momentos», permíteme que te escriba sobre «alguien» a quien deberías prestar mayor atención en tu nueva etapa. Hasta ahora, lamentablemente, sólo ha sido el papel pintado de tu vida. Has vivido (?) tan rápido que la has rebajado a la condición de tarjeta postal. Ella, sin embargo, pacientemente, ha ido diseñando la carpintería interior de tu existencia. Ella, en silencio, aproxima el oxígeno cuando la boa de la vida está a punto de estrangularte. Ella (la madre naturaleza) es la gran ausente en este derby contigo mismo y del que llevas jugado parte del segundo tiempo. A partir de ahora, querido idiota, si de verdad quieres VIVIR, haz algo por ella. Por ejemplo: firma una hipoteca de «momentos». Pacta con ella. Si pueden ser cinco (momentos) al día, mejor. La cuestión es que dejes de considerarla una gata de barrio y la veas volar. Siéntate una vez al día sobre el monstruo de las prisas y búrlate de él. La naturaleza, entonces, te tocará con su varita mágica y volverás a abrir el libro santo de las pequeñas-grandes cosas. En otras palabras: por cada momento (con ella) recibirás el ciento por uno. ¿Cómo hacerlo? Permíteme algunos apuntes:

Contempla las piedras. Son hermanas incapacitadas. Darían media vida (millones de años) por cambiar de postura y contemplar la creación desde otro punto de vista. Pues bien, dedícales un momento: cambia una piedra de posición. Pero ¡cuidado!, esta nueva «PGC» es contagiosa: te hará ver la vida de otro color (más humano).

Sigamos con la hermana piedra. Ellas no pueden lavarse. Lo hacen cuando Dios pasa revista a la lluvia. La piedra no puede maquillarse. Lo hace, únicamente, cuando el viento la abraza por la cintura. Tú sí puedes lavarla y maquillarla. Tú puedes regarla o cepillarla. Será un instante. Y la piedra, agradecida, brillará por y para ti.

Contempla una flor. De pronto, al prestar atención, descubrirás que se expresa en el lenguaje de los símbolos. Y los insectos responden, prolongando la tertulia hasta caída la tarde. Pues bien, disfruta de esas conversaciones en colores. Hoy, casi nadie las escucha.

Sigamos con la hermana flor. Si indultas de nuevo al tiempo y dejas que te lleve de la mano, observarás que de la geometría nace también el amor. De esa flor, de pronto, nace un tomate. Y tú, perplejo, te preguntarás: ¿dónde está la

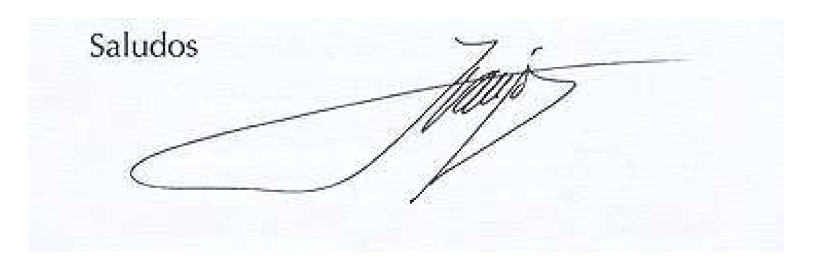
pistola que le ha obligado? No, querido idiota, el tomate es el amor por el amor. Puro diseño divino. ¿Comprendes por qué la naturaleza no es papel pintado? Tú no lo creerás pero Dios también piensa en los tomates.

Y hablando del amor gratuito, ¿por qué no haces un alto en los desiertos metropolitanos en los que habitas? En mitad de la nada de acero y hormigón descubrirás una solitaria y voluntariosa margarita. Ni ella misma sabe cómo ha prosperado, pero ahí está, con su toca blanca y su delicado talle de beata. Es la demostración matemática del altruismo. Es un guiño de la divinidad (en especial a los nihilistas). Es Dios a la altura del zapato. Pues bien, cuando la veas, aplaude. Aplaude su heroicidad y complicidad. Entonces, además, comprenderás por qué no conviene arrojar margaritas a los cerdos...

Contempla también el agua y dedícale un segundo. Si la tocas observarás que está viva. ¿Por qué crees que escapa al intentar atraparla? Si prestas atención comprobarás que es ventrílocua. Habla como un filibustero borracho (en las cavernas), como el trueno (en las cataratas), como el piano (en las fuentes), como el silencio (en las estalactitas), como el amigo que te llama (en los cristales). Si la espías (al microscopio) descubrirás que es el cartero de la vida. La trae y, lamentablemente, muchas veces, la devuelve. Nosotros somos ella (casi al 90 por ciento) y, sin embargo, la agotamos. Es decir, nos agotamos (!).

Hoy, por tanto, cuando abras de nuevo el grifo, no pierdas un segundo y preséntate a ella. No dejes que corra como un mal matrimonio. Dile quién eres. Dile que eres un idiota. Ella, entonces, dejará de ser errante y extranjera en la tierra y a ti, al fin, se te caerá el sambenito de cainita.

Otra pista (los abrazos con la naturaleza son como los abrazos con un hombre o con una mujer amados: el número no cuenta): vuelve a leer esa hipoteca de «momentos» y procura que no falte la cláusula de «revisión personal». Es decir, la revisión diaria de ti mismo. Un examen del hábito (que sí hace al monje). Tú, querido idiota, también eres naturaleza. Cambia de posición y de punto de vista. Tú lo agradecerás. Todos lo agradecerán. Mírate al espejo, al menos una vez al día, y escúchate. Será una conversación en colores. Descubrirás que, «a uno y otro lado», existen dos interesantes diseños divinos. Descubrirás un Dios a la altura del corazón. Descubrirás un Dios ventrílocuo que te habla desde el interior y el exterior.

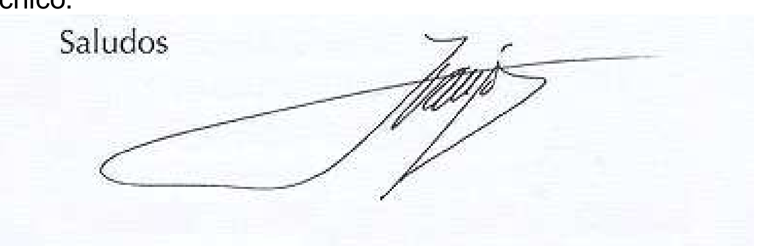


16 de mayo de 2003

LAVADO A MANO DEL «YO»

Queridísimo idiota:

Ha llegado el momento de proceder a un especialísimo lavado y enjuague del «yo». Durante años has vivido (malvivido es la expresión exacta) con un programa equivocado en el que mezclabas el rojo, el blanco y el negro de las ideas. Resultado: un alma desteñida. Durante años (sin mirar) has introducido en la lavadora del día a día el agua caliente de los sentimientos, el hielo de las decepciones y la tibieza de la omisión. Resultado: una vida al borde del colapso (nunca mejor dicho). Es hora de que aprendas. Pero no te alarmes. No pretendo imponerte un curso sobre el «yo automatizado». Todo lo contrario. Con estas líneas trato de que vuelvas a la práctica del lavado a mano. Eso quiero: que enjabones la vida y la apalees con tus propias manos. Quiero que regales la lavadora super-automática de tus sublimes (?) ideales y de tu particular salvación del mundo. Todo eso es agotador, mayormente falso y siempre peligroso para la salud del «yo». Quiero que cambies de esperanza. Quiero que digas adiós a la grande, a la gran esperanza, y que pactes con la pequeña, con la pequeña esperanza. Quiero que reniegues de los super-programas que lavan siempre más blanco (sobre todo a los negros) y de los centrifugados que, además de secar, separan a los hombres. Quiero que ahora, y lo que te quede de vida, fabriques los ideales a mano. Cuanto más pequeños y manejables, mejor. Quiero que seas tú (insisto) quien cargue sobre la cabeza la canasta de las dudas y quien las airee en la pequeña azotea de tu pequeñísima vida. Todo pequeño, sí, pero tuyo. Quiero que escuches a la cansada experiencia: olvida banderas y promesas. Las banderas están hechas con retales de ilusiones y lo peor es que siempre las enarbolan los mismos. Fabrica tu propia bandera con el oro y la seda de las pequeñas-grandes cosas y álzala de forma que sólo la vea tu corazón. Camina con tiento sobre las promesas. Los que prometen suelen ser encantadores de serpientes. ¿Recuerdas?: si Dios nunca promete, ¿por qué tú sí? Prométeme, querido idiota, que nunca más prometerás. A partir de ahora (si quieres VIVIR)
lava a mano tu *«yo».* No lo pongas en otras manos y mucho menos en los tentáculos de los poderosos. Insisto: cambia lo grande (supuestamente) por lo chico.



19 Y 20 de mayo de 2003

MUCHOS POCOS

Querido idiota:

Sé lo que estás pensando. Ahora me ves como un caníbal de mí mismo. ¿Por qué cambiar y, sobre todo, por qué tan radicalmente? ¿Por qué hacerlo en esa tierra de nadie que son los cincuenta? ¿Por qué prescindir de lo (supuestamente) grande en beneficio de lo pequeño? Te diré por qué. Y lo haré, como siempre, horneando esos «porqués» en mi propia experiencia.

Tú, como tantos, has sido educado y adiestrado para correr tras lo grande. Esa educación (a su vez) ha estado a cargo de otras «liebres» y así sucesivamente. Y te pregunto: ¿alguien llegó a poseerlo? ¿Quién atrapó la presa? ¿Conoces a alguien que sea dueño y señor de lo grande?

Tú, querido idiota, me dirás que sí («por supuesto que sé de gente que ha logrado el máximo»). Yo lo niego en redondo. Sigamos cocinando ideas.

¿Te refieres a los muy (muy) ricos? ¿Consideras que han tocado lo grande con las manos? La riqueza es un agujero negro. Justamente, el negativo de lo grande. El que cae bajo su influencia pierde la perspectiva. Cuando cree que está subiendo, en realidad, está cayendo.

¿Te refieres a los muy (muy) famosos? ¿Consideras que brillar con luz propia apaga los miedos interiores? El renombre, querido idiota, aunque sea justo y merecido, es el principio del «más»lejos: más lejos de todos, más lejos de uno mismo. ¿Dónde está lo grande?

¿Te refieres a los muy (muy) poderosos? La mayoría ni siquiera sabe que lo es. Y cuando creen serlo, ese poder (?) lo utilizan para defenderse. En ese momento, lógicamente, el poder los debilita. Fueron poderosos, sí, pero sólo para sus egos enfermizos.

¿Te refieres a los muy (muy) sabios? Si existen, difícilmente sabrás de ellos. Cuanto más grandes son los conocimientos de un ser humano, mayor es su inclinación hacia el silencio. Lo grande, cuando se alcanza, derrite conceptos y palabras. Por eso rara vez lo hallarás en este mundo.

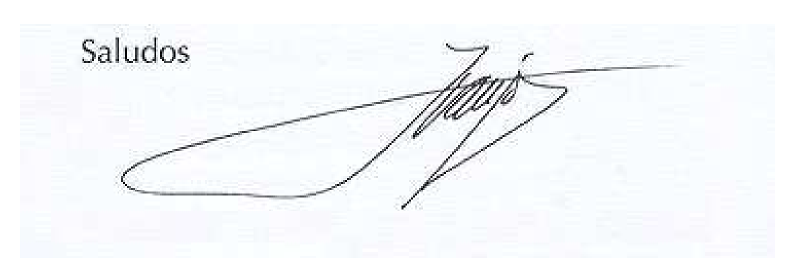
¿Te refieres a los muy (muy) santos? La santidad, querido idiota, es un reclamo al que acuden los tontos de escaparate. Tratar de imitar a un supuesto santo es pretender cambiar tu imagen en el espejo. Sólo Dios es perfecto o santo. Intentar hallar la santidad (lo grande) no es tomar un tren equivocado: es permanecer en el andén, esperando un tren sin ruedas.

Cambia, pues, lo (supuestamente) grande por lo pequeño. Cambia las grandes palabras por los pequeños silencios. Cambia la supuesta salvación eterna por el ahora. Esa esperanza es una mortífera máquina de picar panolis.

El hombre no nace para ser bueno. Nace para VIVIR. Y para ello (insisto) debes cambiar. Cambia, incluso, tu concepto de Dios. ¿De qué te sirve ahora su inmensidad? Aquí, en la Tierra, es mejor acunarlo en el corazón. ¿De qué te sirve su poder y lejanía? Cambia esa grandeza por un Dios trabajado día a día con la herrumbrosa navaja de tu inteligencia. No importa el resultado. Lo que cuenta es que puedes llevarlo en el bolsillo. Cambia las grandes políticas de tu vida. La revolución se pudre cuando la compartes. Cambia el mundo, sí, pero empieza por cambiar el tuyo. Cambia las grandes distancias por el cuerpo a cuerpo. Cambia la oscuridad de los abismos por la pequeña luz de un «sí». Cambia tu polo norte por el ecuador de una mirada. Cambia la alfombra roja de «excelentísimo señor» por el «seis blanco» de un apodo. Cambia la leña verde del dogma por la seca de la duda. Cambia la gran verdad por tu verdad. Cambia a los salvadores. Sus verdades son estraperlo.

En la medida de tus posibilidades, cambia lo grande por lo pequeño. No importa qué. Lo grande, como el azul del cielo, es tan hermoso como lejano. Aquí, en esta vida, nunca será de tu propiedad. No comercies con lo imposible. Si de verdad quieres VIVIR, acaricia y juega con lo pequeño. Si te fijas, lo grande siempre está compuesto por muchos pocos.

Ésta es mi propuesta: a partir de ahora, practica la religión del poco a poco y de los muchos pocos. La religión de las pequeñas-grandes cosas (una vez más). Sólo así VIVIRÁS lo más grande.

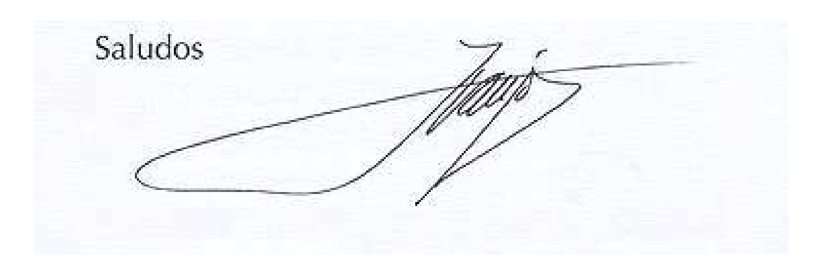


24 de mayo de 2003

POR FAVOR, RÍETE DE TI MISMO

Querido idiota:

Veo tu voluntad, arrodillada desde aquel 26 de julio, y, sinceramente, siento piedad. No has comprendido. El mundo (precisamente por su naturaleza experimental) no debe ser tomado en serio. Al menos, tan en serio. Tú, con tu exceso de trabajo y responsabilidad, con ese enfermizo afán por poseer (lo más grande), has dejado atrás el alma. Y te mira jadeante y perpleja, esperando que regreses. ¿Cómo hacerlo? Te propongo un trato: si en verdad quieres VIVIR, si deseas caminar al paso con tu espíritu, entonces, por favor, ríete de ti mismo. Es el peaje obligado para reírte después del mundo. Reírse de uno mismo, querido profano en la materia, es llenar el pozo de la sabiduría. Reírse de los demás, en cambio, es vaciarlo. Lo malo o lo bueno, según, es que ese pozo es tan profundo que necesita de muchos cubos de buen humor para que alcances a verte reflejado en la superficie. Reírte de ti mismo, además, es pura medicina preventiva. Al varearte evitas que otros te vareen. ¿Comprendes ahora por qué hay tanta gente que se ríe del prójimo? Son pozos casi secos, como tú, mi querido idiota...



25 Y 26 de mayo de 2003

MEJOR, IMPOSIBLE

Queridísimo idiota:

Te veo ahí, con la boca abierta, viendo volar las ideas y tratando de atraparlas como un tonto dichoso. No sé si rendirme y dejar que sigas dirigiendo (a tu manera) el tráfico de tu vida. Si persisto es porque lo has pedido. ¿Recuerdas?: «dime en qué he fallado y cumpliré».

No puedo entenderlo. ¿Cómo es posible que no sepas reírte de ti mismo? Sabía que eras idiota, pero no tanto...

Te ayudaré, sí, pero no con sugerencias. Esta vez pescaremos juntos en tu revuelta memoria. Hubo momentos en tu vida en los que (sin querer) dejaste de ser idiota. Hubo momentos en los que supiste reírte de ti mismo. Veamos:

¿Recuerdas la Navidad? Mejor dicho, la «otra» Navidad, la que celebras el 21 de agosto. Ya sé que hay segundas intenciones en dicha festividad pero, al fin y a la postre, eso es reírte de ti mismo y, de paso, de los vendehumos que comercian, incluso, con los Dioses. Te lo dije: reírte de ti mismo (además) es descabellar al mundo (en sueños). Una forma inocente de venganza (dudo que lo comprendas).

Doce uvas. Una nochevieja, de pronto, tomaste la decisión de reírte de ti mismo y comer las doce uvas después de lo establecido. ¿Recuerdas? Desde entonces, el año nuevo, para ti, empieza un minuto más tarde. Y te ríes (de paso) del año que huye con el calendario entre las piernas y que, seguramente, fue un bandolero de ilusiones. El año, en efecto, debe empezar cuando tú quieras; no cuando lo quieran los demás.

En otra ocasión, en una de esas rarísimas mudanzas interiores, tomaste la decisión de colgar títulos, honores y medallas en las paredes del retrete. Fue uno de los momentos más brillantes de tu existencia. Te reíste de ti mismo y, sobre todo, de la miopía del mundo. Ahora, cada vez que desciendes a lo más primitivo de la naturaleza humana, cada vez que te sientas en el único trono que mereces, esas dignidades y supuestas excelencias te recuerdan quién eres: un perfecto idiota en casi todo. Fue un acierto. El váter es el único templo en el que debes adorarte. Y al salir (recuerda) deja colgada la vanidad.

Y hablando de vanidad, no hace mucho, Blanca y tu amiga Rosa permitieron que volvieras a reírte de ti mismo. Algunos de tus poemas (y otros escritos) fueron a parar a las paredes del cuarto de baño de invitados. ¿Qué mejor prueba contra sí mismo que mostrar la desnudez del alma? Sobre todo

cuando es de tan corto recorrido...

Tarjeta de visita. Aquel día, en la imprenta, fue otro momento histórico. ¿Qué debías anunciar bajo el «J. J. Benítez»? ¿Cuarenta y nueve libros escritos? ¿Más de dos mil conferencias? ¿Periodista? ¿Escritor? ¿Director de televisión? ¿Publicista? ¿Pintor? ¿Poeta? ¿Viajero? ¿Ufólogo? ¿Investigador de misterios? Supiste reírte de ti mismo y dejaste el nombre en blanco, como un grito en la pared de tu corazón. Podrías aparentar mucho, sí, pero bastante tienes con las pesadas alforjas de tu idiotez.

Otro relámpago en el desierto de tu vida: ¿recuerdas ese par de oportunidades en las que saliste a cenar en zapatillas? Blanca sigue pensando que fue consecuencia de tu proverbial despiste. Tú sabes el porqué. Sabes que fue para reírte de ti mismo y, de paso, de los villanos interiores y exteriores. Y tenías razón: la mejor protesta es la que no hace ruido.

¿Recuerdas el teléfono móvil en la pecera? De pronto, mientras se hunde en el agua, descubres que el mundo es un baile de burbujas. Vuelve a reírte de ti mismo. Vuelve a prescindir de lo supuestamente imprescindible. Ahoga el «celular» con tus propias manos. Deja que el silencio haga también su trabajo.

¿Recuerdas aquel encorvado reloj despertador al que se te ocurrió amputar las manecillas? Durante un tiempo sin tiempo te sirvió de espejo. Mirarte en él fue divertido y dramático a la vez. No hay nada más parecido a la eternidad que un reloj sin agujas. No hay nada más ridículo que un hombre sin tiempo. ¿Por qué no lo intentas de nuevo? Captura cualquiera de los muchos relojes que acechan en la casa y repite el experimento. Desamarra al tiempo de ese angustioso tic-tac y siéntate frente a él. Volverás a sorprenderte y a reírte de ti mismo. Tú, querido idiota, no eres el mismo frente a un reloj sin tiempo. De pronto, la idiotez se queda en las escurriduras: «soy mucho más que tiempo». Excelente. Ése es el pensamiento que esperaba. Mejor imposible.

Ríete, en fin, de tus carencias. De todas y sin piedad. Es el único modo de desbordarte y fertilizar el yo. Ríete, por ejemplo, de tus miedos y comprobarás cómo buscan refugio en otros idiotas. En el fondo son murciélagos del alma (nocturnos, ciegos, asustadizos y cavernícolas). Con una sola palmada los verás huir de tu interior. ¿Comprendes por qué es tan importante que te rías de ti mismo? ¿Comprendes por qué debes arrugarte hacia arriba y no hacia abajo?

Pues bien, cuando hayas aprendido ese undécimo mandamiento, entonces, sólo entonces, estarás autorizado a reírte del mundo (¡ojo!: he dicho del mundo; no del prójimo). Ríete, sobre todo, de las masas. Son el mundo al revés. Ríete y pasa de puntillas sobre sus orines. Las masas son la única criatura a la que Dios no ha provisto de alma. Se mueven según el engaño. Ríete también de las modas. Masas y modas son paridas por los enfaldados del dólar, según convenga. Ríete del consumo y de la pequeña pantalla. ¿No

comprendes que son engaña-baldosas? Ríete de la política, la profesión más antigua del mundo. Ríete de los necios (los únicos incapacitados para reconocer su necedad y, por tanto, excelentes tontos útiles). Ríete de internet, ese negrero que bebe tiempo. Ríete desconectando y desconectándote. Ríete de la red de redes echando, justamente, tu propia red: la de la imaginación. Practica el analfabetismo informático (al menos, una vez por semana) y descubrirás que sabes leer en los corazones.

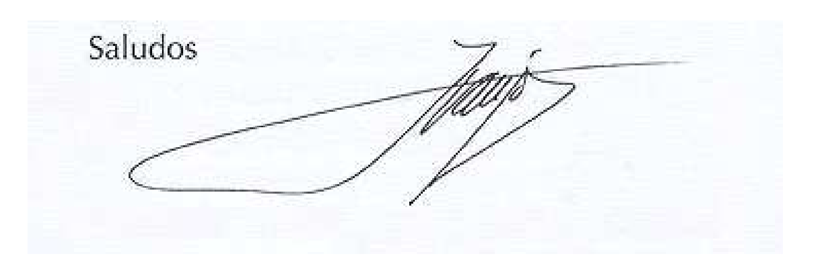
Saludos

27 de mayo de 2003

LA PUERTA DE ATRÁS DE LOS CIELOS

Querido idiota:

Me propuse no darte demasiada información, con el saludable objetivo de que fueras adiestrándote en el difícil malabarismo del pensamiento y, en consecuencia, en la muda de tanta certeza. Mi intención era (y es) empujarte al vuelo en solitario, al arriesgado planeo sobre la duda y al descanso (únicamente) sobre ti mismo. Tú, sin embargo, eres insaciable y pretendes abrir el pecho de la verdad, aquí y ahora. En tu ignorancia tratas de hacer gárgaras con el Destino, para vomitarlo después a tus pies. ¿Crees que la vida es una excursión? Lamentablemente, querido ignorante, tengo que empujar de nuevo la puerta de atrás de los cielos y dejar que mires en el interior. Y digo lamentablemente porque toda revelación significa distanciamiento. Como te insinué en otra oportunidad, las verdades (a destiempo) son como las vitaminas mal administradas. El crecimiento y equilibrio de los seres humanos dependen de pequeñas dosis. Tu vida, querido idiota, no es una casualidad. Esa palabra (azar) significa esclavitud. Tú fuiste libre antes de nacer. Tú decidiste qué clase de experiencias querías cargar sobre las espaldas. Por eso, ahora, no puedes hacer gárgaras con la vida. Estás casado contigo mismo. Blanca, a su vez, tiene su propio «contrato». Todos lo tienen. En suma: nadie escapa a su Destino porque está escrito por ti mismo. Otra cuestión es que los mortales (por exigencia del guión) sean amnésicos. ¿Entiendes ahora el sabio porqué de la ignorancia? ¿Captas la sutileza del torpe? ¿Llegas a percibir la plenitud del pobre? ¿Comprendes la luminosa experiencia del idiota? Nada es porque sí o porque no. Hasta el desorden, querido profano, está minuciosamente ordenado.Nada es lo que parece. El autista, por ejemplo, vive la experiencia extrema: un yo entre barrotes. Ésa fue su decisión. Por eso es un héroe. Por eso no tiene sentido alzar el puño contra Dios. Por eso se debe arrodillar el alma cuando pasan. Por eso todos los seres humanos son respetables. Todos han elegido y firmado libremente. Todos pretenden VIVIR.



28 de mayo de 2003

ESPECIALISTA EN IMPOSIBLES

Querido idiota:

Responderé a tus preguntas, sí, pero a mi manera. Lo haré con un suceso (nimio en apariencia), protagonizado (en parte) por ti mismo y del que, al parecer, no quieres acordarte.

«¿Cómo puedo estar seguro? ¿Qué pruebas tengo? ¿Cómo sé que la hipótesis del "contrato" es cierta?»

Las respuestas a estas cuestiones, como digo, aparecen enganchadas al carro de las pequeñas-grandes cosas, una vez más. Espero que mis palabras aligeren tu pesada memoria y, finalmente, admitas que todo lo grande pasa siempre por el ojo de lo más chico.

Ocurrió en Jerusalén, un desapacible 20 de marzo. La noche anterior, en un singular chispazo de tu inteligencia (?), formulaste las mismas preguntas y solicitaste una «señal» a los cielos. La «señal» (encontrar una rosa a la mañana siguiente) fue tan retorcida como tu pensamiento. Sobre todo porque las rosas no despiertan en marzo. El buen Dios, sin embargo, especialista en imposibles, escuchó tu deseo y, como recordarás, al visitar la «Tumba del Jardín», se hizo el «milagro»: allí apareció una única e inexplicable rosa blanca (inexplicable, incluso, para ti). La respuesta de los cielos hizo tal diana en tu corazón que aún sigue clavada en él, recordándote su benevolencia y tu idiotez. Hoy, en efecto, esa rosa blanca, nacida directamente del dedo de Dios, es propiedad de Blanca (lo mejor de tu «contrato»). Sabía de tus habilidades como carterista de altos secretos pero nunca sospeché que tu desvergüenza fuera tan larga, ancha y profunda como para robar al mismísimo Dios (si no recuerdo mal, esa misma mañana, tras filmar y fotografiar la increíble rosa, te apoderaste de ella y hasta hoy). Me ratifico en lo dicho: ignoro las razones, pero Dios te quiere.

A lo que iba: «¿cómo sé que la hipótesis del "contrato" es cierta?». Nunca lo sabrás, querido idiota (aquí y ahora). Si eres lo suficientemente listo (cosa que dudo y dudaré) lo sentirás, que es mucho más que saber. ¿El camino para sentir?: las pequeñas-grandes cosas o rosas, como has podido comprobar. Más claro aún: frente a la duda, tira del pantalón de Dios. Solicita «señales». Cuanto más comprometidas y concretas, mejor. No olvides que Dios te sacó de la manga (aún no he descubierto por qué) y que el póquer de la creación funciona, justamente, con señales.

Saludos

MARTES, 19 → 08h, salida hacia Monte de los Olivos.
A las 12h, maqueta de la Jerusalén antigua
14h, almuerzo en "El Gaucho".

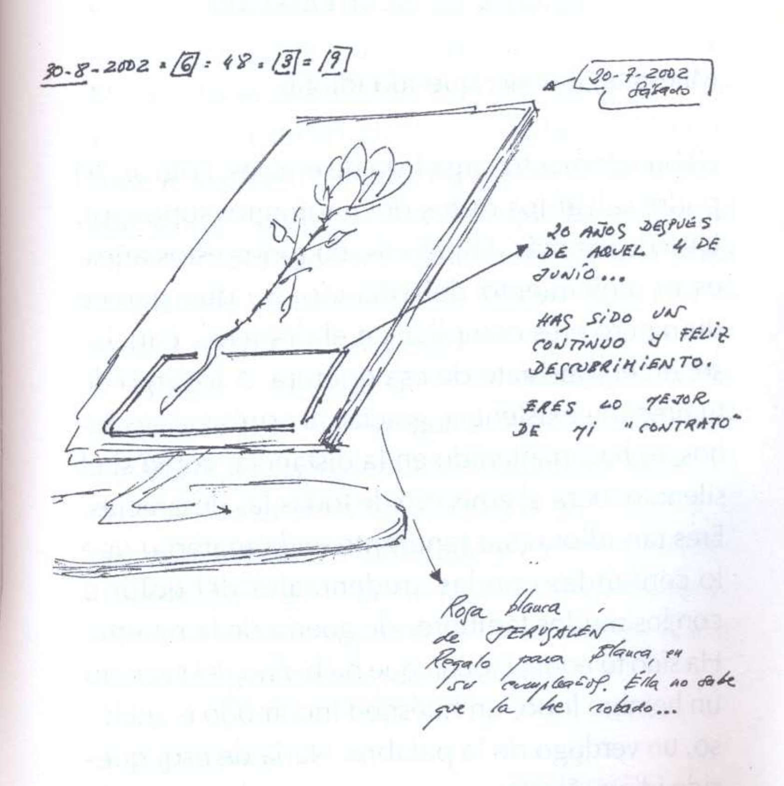
Mezquita de OMAR 10'30h.

15h, ciudad vieja → 18h, regreso al hotel →

MIERCOLES, 20 MARZO 2002 → 08h, salida hacia el "JARDÍN DEL INGLÉS" →

Posible nuevo libro (?): ¿Dónde está el tesoro robado por el general TITO en el cerco de JERUSALÉN? - Existe un inventario?

Anoche, antes de dormir, se me ocurre (?) pedirle otra "señal" al JEFE. Si la hipótesis del "contacto" es cierta, mañana, en la Tumba del Jardín, debería encontrar una rosa que nos sirva para el rodaje. Hoy, miércoles, al llegar a la Tumba del Jardín, (10h) recorro el lugar y encuentro una sola rosa. Blanca!. Dice el jardinero que en esta época son muy raras las rosas. Hoy ha llovido y ha hecho frío... (ver fotos). Al final me llevo la rosa. El JEFE me ha dado la "señal" y, además, de color blanco (!), las rosas que suelo llevar a los pies del Cristo del AMOR. Todo un detalle (!)...


30-8-2002 = 6 : 48 = 3 = 9
20-7-2002 Sábado
20 AÑOS DESPUÉS DE AQUEL 4 DE JUNIO...
HAS SIDO UN CONTINUO Y FELIZ DESCUBRIMIENTO.
ERES LO MEJOR DE MI "CONTRATO"
Rosa blanca de JERUSALÉN
Regalo para Blanca, en su cumpleaños. Ella no sabe que la he robado...

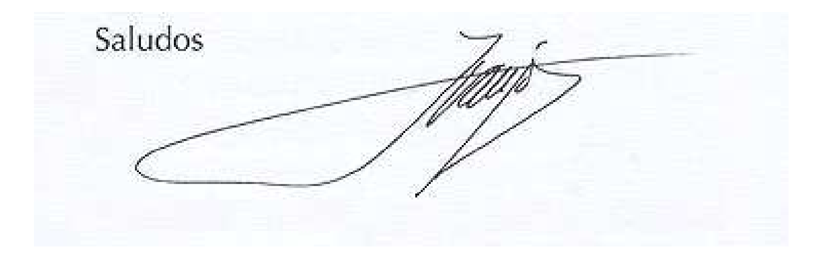
29 de mayo de 2003

REGRESA AL SILENCIO

Mi especialmente querido idiota:

Debo retomar tu larga lista de errores. Sólo así (?) podré salvar los restos del naufragio (supongo). Uno de los más llamativos, en todos estos años, es tu alejamiento del silencio. Sé que parece duro pero eres cómplice en el destierro, e incluso, en el asesinato de esa criatura. A lo largo de tu precaria existencia, gracias al estrés y a sus lobos, lo has mantenido en la distancia, como si el silencio fuera el emisario de todas las desgracias. Eres tan idiota (tan ignorante en la materia) que lo confundes con las credenciales del dolor o con los mudos tambores de guerra de la muerte. Ha sido tu educación la que ha hecho del silencio un hombre lobo, un huésped incómodo e, incluso, un verdugo de la palabra. Nada de eso, querido idiota. El silencio es otra forma de amar y de amarte. El silencio es una forma de expresión (quizá la más sonora). El silencio es el cerebro del espíritu y la sangre de la creación. Por él circula la perfección de Dios. El silencio es el ángel guardián que te llevará de la mano por el túnel de la muerte. El silencio es el territorio natural de la bondad. El silencio es ausencia de ruido, sí, pero, sobre todo, aborrecimiento del ruido. El silencio es una actitud y un pensamiento. El silencio es y está en el secreto de la vida, al que nunca llegaremos a tocar. El silencio es la sombra de la palabra y el «merlín» que las ordena. El silencio es el ascensor de la música y las curvas resultantes en *La Piedad* de Miguel Ángel. El silencio es luz domesticada.

Regresa, pues, al silencio. Regresa cada día. Regresa a la verdadera patria. Si en verdad quieres VIVIR, firma la paz con ese gran desconocido. Búscalo en el ático o los sótanos de ti mismo. Él siempre está ahí, acurrucado y temeroso frente a las estridencias de la vida. Lo distinguirás sin dificultad porque suena sólo en el interior (como todas las pequeñas-grandes cosas).



30 de mayo de 2003

LO INEXPLICABLE, PERO ARTICULADO

Querido idiota:

Esta carta era obligada. De la misma manera que te he suplicado el inmediato regreso al reino del silencio (del que procedes), así te sugiero igualmente que te inclines sobre el banco de carpintero del «ahora» y que inicies la tarea pendiente de pulido y abrillantado de la palabra. No me mires con cara de idiota. La palabra (mejor dicho, su mal uso) es otra de tus asignaturas pendientes. Te fue concedida para VIVIR y, sin embargo, la pisoteas cada vez que malvives (los gritos la atropellan y el alcohol la amordaza). Te fue regalada para avanzar y, sin embargo, la has crucificado en el estéril suelo de la mentira. La naturaleza te envidia y, sin embargo, con la injuria, has hecho degenerar la palabra hasta lograr que se arrastre sobre el vientre. La palabra fue sembrada en el hombre por los ángeles de la evolución y, sin embargo, tú, querido idiota, con la envidia y el odio, le has puesto una pistola en la mano. Si en verdad quieres VIVIR, rescátala del diccionario. La palabra es un ser vivo que no merece esa cárcel en blanco y negro. La palabra, justamente, es la moneda de Dios. Por eso los animales serán siempre pobres. La palabra es pura alquimia divina (la esencia de los conceptos). Siempre que puedas, acaríciala con el silencio, aliméntala con la reflexión y ámala con la sinceridad. La palabra fue inventada para amarrar y soltar sentimientos. Para descubrir sin caminar y para miramos en el espejo de los otros. La palabra es un anticipo del cielo. Así lo entendieron Lorca o Neruda. «... Y un horizonte de perros ladra muy lejos del río» y «sus muslos se me escapaban como peces sorprendidos»y «quiero hacer contigo lo que la primavera hace con los cerezos». La palabra, querido idiota, es Dios en porciones. Lo inexplicable, pero articulado. La palabra es un trébol de cuatro hojas en tus dunas interiores. La palabra es el camino más corto entre los recuerdos. La palabra es otra forma de componer, pintar y esculpir. La palabra es un puente entre pensamientos. La palabra, la bella palabra, no necesita palabras.

Espero que hayas comprendido por qué silencio y palabra son un matrimonio tan bien avenido.

Saludos

1 de junio de 2003

AL SUR DEL SUR

Mi querido idiota:

Hoy quiero recordarte otro «negocio» en el que tampoco has hecho fortuna. Otro capítulo de tu vida, prácticamente en blanco. Yo lo llamo vivir al sur, pero, dada la alpargata que tienes por cerebro, me temo que tendré que detenerme en cada concepto. Así es tu vida: un viejo tren-correo que no llega nunca. Cuando hablo de vivir al sur me refiero a vivir lo más lejos posible de la razón. No te alarmes. En realidad, el loco eres tú. VIVIR al sur significa mudarse respecto a la actitud en la vida. Tú, hasta ahora, has preferido vivir en alquiler, pagando los altos precios exigidos siempre por la razón. Yo, ahora, te recomiendo que cambies de vivienda y que te conviertas en propietario. Se trata, sencillamente, de empezar a invertir tu propio capital: el de la intuición. Vivir al sur, por tanto, es VIVIR según la intuición. ¿Ventajas? Sólo un idiota lo preguntaría. La intuición, querido profano, tiene alas. La razón funciona con ruedas (a veces cuadradas). La intuición es un habitante de otros espacios y de otros tiempos. Sabe antes y más que la razón. La intuición se mueve de puntillas. La razón, en cambio, pesa tanto que apenas se mueve. La intuición permite ver a través del plomo de la razón. La intuición es el «lo sabía» de la mujer. Es decir, el caminar más rápido de todo lo femenino. La intuición no tiene forma. La razón, paradójicamente, deforma. La intuición son las gafas de Dios. Con ellas descubres (al momento) la otra visión del mundo (la auténtica). La razón ni siquiera sabe quién es Dios.

Vive, pues, mi querido idiota, al sur de la razón. No temas. Ella (la intuición) te guiará (no olvides que está aquí para entrenar a un futuro Dios). Abandona el frío norte de la razón y elige el calor del sur de la intuición. Ella jamás traiciona, nunca se equivoca. La razón, como creo haberte dicho, no siempre está en lo cierto. Utiliza la intuición para todo. Ella te hará comprender, por ejemplo, por qué las verdades no son de este mundo. Ella hará más fácil tu trabajo. Ella guarda los caminos de la imaginación. Ella dirigirá tus pasos en el amor. Ella habla los idiomas de las caricias, de los besos y de las miradas. Deja que sea ella quien tome la iniciativa en la amistad y recuerda que la intuición, como el buen Dios, no sabe llevar las cuentas. Múdate, querido idiota. Si pretendes VIVIR lo que te resta de vida, entonces, ven al sur. Mejor aún: si fuera posible, ven a VIVIR al sur del sur de la razón.

Saludos

2 Y 3 de junio de 2003

MODERADAMENTE FELIZ

Querido idiota:

Hoy toca clase «práctica». En realidad, todas mis cartas lo son, aunque dudo que lo descubras jamás. Aun así seguiré intentándolo. Si tú lograras VIVIR, yo sería libre, al fin...

Hoy, como siempre, sólo tienes que darme la mano de la imaginación y dejar que te lleve a los campos de la memoria. Allí quiero mostrarte algo de especial importancia para la salud de tu mente. Salgamos, pues, al aire libre de los recuerdos y limítate a mirar (hacia adentro). Lo que voy a materializar con la varita mágica de la palabra no puede ser comprado. Difícilmente lo descubrirás al alcance de la mano o sujeto por el puño de hierro del dólar. Sin embargo, existe. Aunque no son de encargo, pueden llenarte y derramarte. Ojalá lo hayas adivinado: son (de nuevo) las pequeñas-grandes cosas que han quedado colgadas en tu alma, como olvidadas guirnaldas de papel. Ven conmigo, querido idiota, al reino de las pequeñas-grandes cosas y VIVE. Yo te iré recordando lo que alguna vez te hizo moderadamente feliz y que tienes que volver a experimentar como medicina para tu idiotez crónica.

¿Recuerdas aquel desierto? Las estrellas, curiosas, prendieron sus candiles y salieron de la oscuridad. Tú estabas allí, mirándolas sin pudor. Y ellas, novias a fin de cuentas, te fueron besando una a una y en un silencio blanco y celoso. ¿Fuiste moderadamente feliz? Creo que sí...

¿Recuerdas aquella inmersión? El silencio, bajo el agua, se mezcló en la paleta del océano y fue un color más. Tú, entonces, moderadamente feliz, te arrodillaste y rezaste. Y le dijiste al buen Dios: «Gracias, Padre, por incluir el silencio en el arco iris.»

¿Recuerdas aquella cascada? De pronto, sin saber por qué, Dios se pulverizó a la vista de todos y jugó a ser lluvia fina. Tú lo comprendiste y dejaste hacer. Él, entonces, te abrazó en cada gota y fuiste moderadamente feliz. ¿Dónde puedes comprar algo así?

¿Recuerdas aquella remota isla? La luz crecía en la jungla y se enroscaba en los verdes. Tú deseaste tocarla y escapó de entre tus dedos, aleteando hacia los azules. Y pensaste: «La luz es cosa de otro mundo.» Hoy, esa luz, todavía te mira divertida.

¿Recuerdas aquella aldea, en la tierra de nadie del olvido? Aquel niño asomó los interminables ojos a la puerta de su pobreza y te miró desde otro universo. Fueron mil palabras en un «por qué yo». Tú sólo pudiste acariciar su

negra y redonda ignorancia y ambos, aunque en planetas diferentes, fuisteis moderadamente felices, en un segundo.

¿Recuerdas aquellas manos infantiles en la nieve? El blanco y el frío, misteriosamente, calentaron tus dedos. Y tú, hipnotizado, te quedaste mirando el lujo de los copos de nieve, la cara geométrica de la lluvia. Y esa pequeña-gran cosa te hizo moderadamente feliz. Por cierto, ¿sabes de alguien que venda geometría caída del cielo?

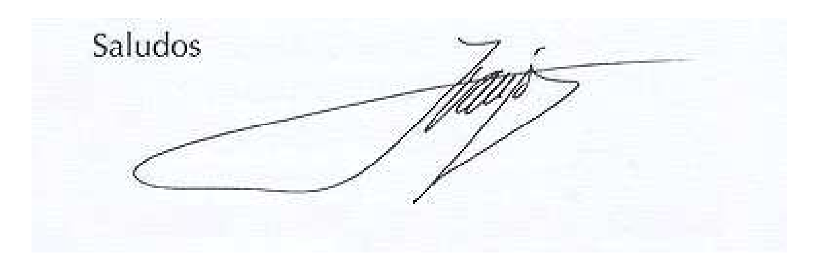
¿Recuerdas aquel día de vendaval en el puerto? La mar, fuera de sí, golpeaba la piedra e iba y venía como una fiera enjaulada. ¿Cómo pudo saber que estabas allí y que espiabas su desnudez? Y tú, con Blanca de la mano, de roca en roca, jugaste a la ruleta rusa con la mar. Sí, fue una pequeña-gran locura, imposible de comprar.

¿Recuerdas aquellas manos en la UCI? Todas tiraban de ti hacia la vida. Todas lo hacían sin palabras (el verdadero AMOR, como te dije, no precisa vestiduras). Y el silencio, una vez más, empuñando el AMOR, se abrió paso en mitad de tu corazón vencido. Ellos, con tus manos entre las suyas, te resucitaron. Tú, ahora, no lo recuerdas, pero, en esos instantes, todos fuisteis moderadamente felices.

¿Recuerdas aquella inesperada carta? Cada palabra se encendió en tu interior y alumbraron el laberinto de la soledad. ¿Puede el dinero iluminar unas cuartillas con luz propia?

¿Recuerdas tu primera estación de penitencia en la primavera sevillana? El Amor voló de la cruz y fue a posarse sobre tu hambriento corazón. Entonces se abrió el pecho y te alimentó. A partir de ese momento le entregaste lo único que tenías: un corazón por estrenar. Y ambos (sobre todo Él) fuisteis moderadamente felices.

¿Recuerdas a tu segundo amor (la mar) perfumada de viento de poniente? ¿Recuerdas los pies descalzos en la orilla de sus besos? ¿Recuerdas tus huellas en su memoria de arena? ¿Recuerdas el sol al atardecer y su desesperada búsqueda del cielo? ¿Recuerdas el rojo de su vergonzosa rendición? ¿Recuerdas el chicharreo de la breña y la atropellada huida de las sombras ante el inminente asalto de la noche? Todo eso, querido idiota, también te hizo moderadamente feliz. Y me pregunto: ¿por qué sólo consumes lo que cuesta dinero?



Santo Entierro Grande

Nazarenos en negro.
Negro premonitorio,
penitenciario,
entre el hilo vertical, blanco
y fugaz de la palma
y la "madrugá" sin fin,
curva por el dolor,
horizontalmente negra;
"Madrugá" del Viernes,
horizonte interior de los cofrades
del Amor.

Negro y luz
Mil miradas premonitorias,
antifaces que no ocultan,
que claman y reclaman,
que concuerdan,
que recuerdan,
que abren luz a la luz,
que preceden al Amor.

Negra luz de un Amor que mañana
será blanca.

En Varadero
(Cuba), 11-4-93,
Alof 144.

PRIMITIVA ARCHICOFRADIA PONTIFICIA Y REAL
HERMANDAD DE NAZARENOS DE LA
SAGRADA ENTRADA EN JERUSALEN
STMO. CRISTO DEL AMOR
Nuestra Señora del Socorro y Santiago Apóstol
PARROQUIA DEL DIVINO SALVADOR
CALLE VILLEGAS, 4
41004 - SEVILLA

N.H.
JUAN JOSE BENITEZ LOPEZ
SALA CAPITULAR

No. 3255

3

No busqueis el
Amor en el rojo de
las alturas.
~~Está~~ en los
destellos inferio-
res.

Desde el monte, en
rojo, del Calvario
descendió a
los humanos que,
sin saber, le
acompañan como
el gran milagro.

Y el Amor se
hizo secreto
penitente.
Y rueda, intermi-
nable, en
el cauce del
antifaz.
Un cauce que
truena, ~~[illegible]~~ a
fuerza de
silencio.
Un cauce para
observar y
ser observado.
Un Amor
repartido y
único
No busqueis el
Amor en las
alturas distantes
y distintas. El
Amor va con
ellos.

Naranjo (Cobo): 11-4-93
14'30h.



Ellos, con tu mano entre las suyas, te resucitaron.
(Foto: Iván Benítez)

4 Y 6 de junio de 2003

ÚNICO EQUIPAJE AL MÁS ALLÁ

Queridísimo idiota:

Una vez descendidos a la mina de los recuerdos, permíteme que insista. ¿Por qué tanto miedo a recordar? ¿Por qué te apresuras a borrar la pizarra de la memoria? Creo habértelo revelado en una de mis cartas pero, curándome en salud, hablaré de ello por segunda vez. La memoria (en realidad las memorias) será tu único equipaje al más allá. El resto, los cientos de grises que dan color a tu vida, será nada (como sabes [?] la nada es transparente). Y en esas memorias, en esas maletas, doblarás y guardarás cuanto merezca la pena recordar. Sólo eso, querido profano: lo que haya merecido la pena. Todo lo demás, sabiamente, quedará depositado en el contenedor de basura de tu existencia y será recogido y reciclado. No tengas miedo, por tanto, a poner en pie los recuerdos. Esas memorias te permitirán VIVIR después de la muerte. Ensaya, pues, en vida. Des dende sin temor a las galerías del ayer y siéntate a conversar con lo positivo y lo negativo. Todo tuvo su razón de ser. Los recuerdos son hijos pródigos: abre tus brazos y déjales retornar. Si observas atentamente te darás cuenta de que pertenecen a la misma familia: la de las pequeñas-grandes cosas (de nuevo). Ven. Hagamos la prueba. Llama conmigo a la puerta de la memoria y asómbrate...

Noche de Reyes. No importa cuál. Todas motorizaron la ilusión. Con los Magos, los minutos entraban también por la ventana y de uno en uno, coronados por la inocencia. Nunca una pequeña-gran cosa fue tanto.

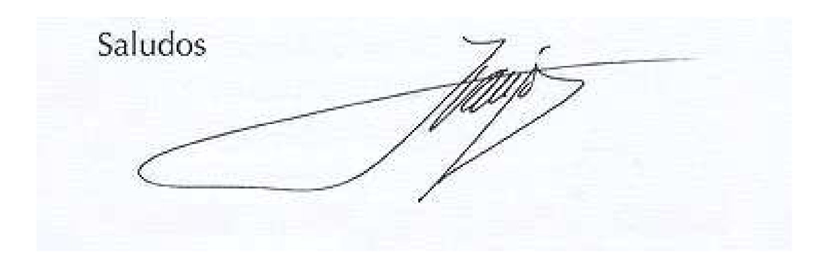
Barbate. Primer amor. El universo se detenía porque así lo deseabas. La vida empezaba y terminaba en esos segundos en los que el Destino (?) te regalaba su perfil apresurado. Perfiles imposibles, acariciados en la distancia por el silencio. Niña-adolescente, amada desde la cárcel de la timidez y desde las rejas de una cortina de red. Nunca los recuerdos fueron tantos y tanto.

Noches de verano. El azahar, al huir en la oscuridad, abandonaba una bolsa de oro en tus manos. Y alguien, en algún lugar, sumaba penas, enterrándolas en una guitarra. Jamás estuviste tan vivo.

Barbate, de nuevo, el «big-bang» de los recuerdos. A veces el viento de levante, jugando al corro en las calles de arena. A veces los hombres, con negras galernas en la mirada, y también las mujeres, con los corazones en obligada e injusta vaciante. Hombres y mujeres de Barbate: tu primera aventura en el interior humano. ¿Recuerdas el color de los sonidos? ¿Recuerdas el blan

co, el rojo, el negro y el azul de los mástiles, murmurando a espaldas de la marinería? ¿Recuerdas el olor de los colores? La fragancia de la brea, primera pesca de las redes de cáñamo, y el incienso pagano del picón. ¿Recuerdas los silencios curvos de la mar? ¿Recuerdas su secreta escritura, trazada por ella misma en las noches de luna llena? ¿Recuerdas la soledad compartida en las miradas? ¿Recuerdas el sabor de aquel ahora, huyendo en el humo del penúltimo cigarrillo? ¿Recuerdas tus dedos despeinando olas? ¿Recuerdas tus sueños al alejarte de tierra? La mar los vestía de domingo. ¿Recuerdas las noches de pesca, pendiente del trajín de las estrellas? ¿Recuerdas las escasas palabras de Castillo dando coletazos sobre la cubierta del silencio? ¿Recuerdas los largos parlamentos con el silencio? ¿Recuerdas la vida, moviéndose con zancos sobre la mediocridad? ¿Recuerdas, en fin, las despedidas, esos anticipos de la muerte? Jamás te sentiste tan vivo.

Lo dicho, querido idiota: si desear VIVIR, recuerda: sólo desaparece lo que se olvida (no lo que muere).



9 Y 10 de junio de 2003

ABIERTO LAS VEINTICUATRO HORAS

Querido idiota:

Al pie del quirófano, con la muerte acodada en la vida, percibiste cómo «alguien» decía sí con el corazón y te regalaba una nueva partida de nacimiento. Y pregunto: ¿has tenido que pagar por esa «concesión»? Está claro que no. Tu vida no se fue al fondo gracias a la pericia del Timonel (así consta en el libro del Destino). Los cielos, querido profano, no están para hacer justicia, sino para regalar. (Otro día te hablaré de por qué el Amor no necesita de la justicia. Somos los humanos
-carentes de conocimientos y de autoridad en esa materia- quienes hemos inventado la justicia y, en el colmo de la idiotez, le hemos vendado los ojos.) Somos nosotros, pobres idiotas, quienes pretendemos etiquetarlo todo, evaluando, incluso, el precio de la vida. ¿Crees que si Dios fuera justo tú estarías ahora donde estás? No, amigo, como creo haberte dicho, Dios no lleva las cuentas. Eso lo hacemos nosotros mismos. Dios tiene una profesión más liberal. Dios sólo puede dar. Hace una eternidad que olvidó cómo se cierran las manos. Ésa, en definitiva, es su naturaleza: abierto las veinticuatro horas. Y ése, a partir de ahora, debería ser tu santo y seña: regalar para VIVIR. Suelta lastre. Aligera tu vida. Regala lo que más pesa. Empieza por el tiempo, esa bola a la que tú mismo te has encadenado. Sorpréndenos con una cucharada diaria de tus minutos. Regala tiempo. La vida, entonces, bella y jubilosa, te sacará a bailar.

Regala miradas (especialmente de plata). No dejes que los malentendidos te destrocen contra los fondos rocosos del odio o te pierdan en las oscuridades abisales de la indiferencia. Una mirada a tiempo es el mejor emisario.

Regala abrazos. Recoge el ancla de los recelos y navega al sur del sur. Regálate tú mismo. Toca y deja que te toquen. Los dedos son telegramas del alma.

Regala sorpresas. Practica el deporte de los Dioses. La sorpresa es un plato cocinado por el Amor.

Regala «ahoras». No olvides que la vida sucede ahora. Mañana y después son espantapájaros.

Regala imposibles. Enseña a poner nombres a los sueños. Regala madrugadas. Pinta cada puesta de sol y empapela con ellas las soledades. Toma de la mano a Blanca y escala ilusiones.

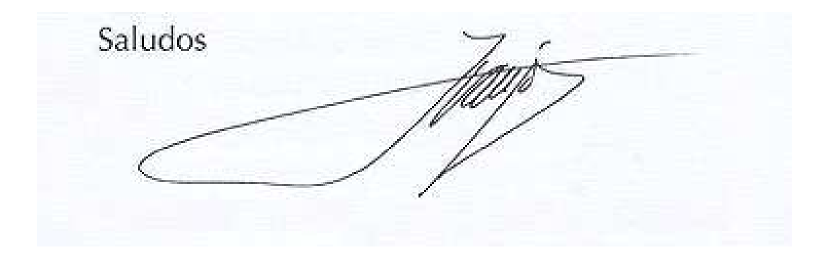
Regala regresos. Las despedidas (recuerda) son la muerte en cómodos

plazos. No importa con qué objetivo: regresa cada vez que puedas. No importa dónde. Regresar es VIVIR de nuevo. Regresar es regalar vida.

Regala lo que nadie regala. Regala la calderilla de la risa y, ¿por qué no?, el arcón del misterio de las lágrimas. Regala calor allí donde tirites. Regala buen humor aunque el tuyo esté arrodillado.

Regala, sobre todo, oportunidades. No es más grande quien más tiene, sino quien más permite que se tenga. Regala tolerancia y, sin querer, habrás descubierto el camino hacia las estrellas.

Regala, querido idiota, por puro egoísmo. Ha llegado el momento de aligerar tu vida y remontar el vuelo. Un vuelo (el último) para el que sólo necesitas las alas de la memoria.



11 de junio de 2003

DEJA QUE EL MUNDO GIRE POR SÍ MISMO

Mi querido profano:

Me asombras. ¿Qué más necesitas para cambiar de vida? La muerte te ha avisado: marchabas por una dirección única y a toda máquina. Tú mismo *te* has salido al encuentro. Tú mismo has descarrilado. Pero lo asombroso es que, medio muer*to,* continúas rodando en la misma dirección. No comprendo. ¿Qué se supone que tienes que demostrar?

En el ecuador de la existencia, querido idiota, el «contrato» casi siempre está cumplido. Te lo diré con otras palabras: a tu edad, la vida, generalmente, está servida. Es hora, pues, de que *te* sientes y disfrutes de ella. Insisto: ¿qué tienes que demostrar y, sobre todo, a quién? ¿No has sido un galeote del trabajo? ¿No ha sido tu descarrilamiento, justamente, consecuencia del exceso de celo? Dime: ¿se ha detenido el mundo? ¿Se ha asomado siquiera a tu perplejidad? El largo recorrido de tu vida, con casi 57 estaciones, está más que satisfecho. ¿No has trepado en el amor hasta lo más alto? ¿No has experimentado el sabor de la lealtad y de la traición? ¿No has tocado los extremos? ¿No has habitado el bien y el mal? Si esto es así (y soy el único que lleva las cuentas), ¿qué pretendes al intentar sumar nuevos ceros a tu vida? Sabía que eras idiota, pero no hasta esos extremos...

Toma nota, querido profano: es a ti mismo a quien tienes que demostrar que estás VIVO y, sobre todo, que quieres estarlo. ¿Consejos para lograrlo? Te lo dije: múdate al sur del sur. Negocia con la intuición. Si has cumplido, ¿por qué seguir hinchando el yo? Cierra el círculo. Abandona las lejanas órbitas y empieza a girar sobre ti mismo. Hay momentos en los que TODO depende de casi NADA. Para ti ha llegado esa hora: TODO pende del hilo de muy POCO. TODO pende y depende de ti mismo. No te sientas huésped en tu propia casa. Regresar (recuerda) es volver a VIVIR. No te alarmes ante la súbita fuga del éxito. Es lo mejor que podía suceder. El éxito es un malentendido que conviene despejar lo antes posible. Siéntate en las rodillas de la soledad y deja que pase la vida. La soledad (con uno mismo) te descubrirá la multitud que llevas dentro. Deja que la vida te hable sin palabras. Permite que ahora sea ella quien te sirva. Delega. Deja que el mundo gire por sí mismo. No fuiste tú quien lo puso en marcha...

Saludos

12 de junio de 2003

DIOS PIENSA EN COLOR

Querido idiota:

¡Despierta! Durante años has vivido (?) como los ciegos: acomodando tu verdad a la oscuridad. Ha llegado el momento de hacer la luz en tu precaria mente: la oscuridad no es un accidente. ¡Vives en la oscuridad! Respiras en negro. Tu mundo es uno de los pequeños talleres de reparación del buen Dios. Por aquí se pasa, simplemente. La luz, la verdadera, la que tú todavía no conoces, no tiene noche. La oscuridad es sólo una unidad de tiempo (sólo en los mundos del tiempo, como el tuyo). Después de la muerte, la oscuridad sólo aparece en los dibujos de la memoria. Puedes ojearla. Sólo eso. Nunca más regresarás a ella. ¡Despierta, pues, querido hermano! ¡Vives en las tinieblas, según «contrato»! Acepta la realidad: el mundo es imperfecto en beneficio de la perfección. El mundo es un ensayo general para el estreno de la verdadera vida.

Y como en los ensayos generales, todo es aparente caos, todo es negro y confuso. Insisto: el mundo no es lo que venden o predican. El mundo no es bueno ni malo: es el nido de la oscuridad, por expreso deseo de los Dioses. Más adelante, llegado el momento, la oscuridad seguirá su peregrinaje y el mundo conocerá esa luz de la que te hablo. Querido idiota: no te afanes en el absurdo de cambiar la imperfección. El mundo no obedece a los hombres. El mundo sólo distingue la voz de Dios. Cambia tú, querido profano en la materia, y el resto sucederá por añadidura. Enciende la luz de tu espíritu y descubre que la oscuridad es la sombra de Dios. Cuando Él se mueve, todo se mueve. No trates de enmendarle la plana. Déjale que escriba, incluso, en la oscuridad. Si observas, la imperfección es perfecta (a la medida humana). La luna tiene una sola cara para no distraer a las estrellas. Éstas, a su vez, se mueven de puntillas para no distraer a los humanos. El día se agota para que tú lo añores. La noche es negra para no deslumbrar tus sueños. Tus sueños suceden al otro lado de la realidad para que no los robes. El amor humano (con minúsculas) va y viene para que puedas vestirte de flores. El arco iris es perfecto (redondo) sólo cuando te elevas. El rayo no llama a la puerta porque en los cielos no hay puertas. Tu cuerpo envejece porque Dios, sabiamente, no te ha dotado de marcha atrás. ¡Despierta, pues, querido idiota! La oscuridad no es un olvido divino. Dios piensa en color.

Saludos

13 de junio de 2003

CASUALIDAD SUENA A BLASFEMIA

Mi querido y, cada vez, espero, menos idiota:

La deducción es casi obligada. Si lees de nuevo estas cartas (conviene que lo hagas atrincherado en tus últimas colinas) observarás cómo se entrecruzan. Son corrientes hermanas en un mismo océano. Nada es casual. He aquí (brillando por encima de las demás) la gran razón que me ha movido a escribirte. Prometí pasar lista a tus errores y, por supuesto, mostrarte el camino para VIVIR. Pues bien, todo eso, en el fondo, fueron excusas para alcanzar y entregarte la segunda revelación: la casualidad, como la justicia y la libertad, es pura química humana. No existen (aquí). La casualidad suena a calumnia más allá de las fronteras humanas. El hombre utiliza esa palabra sin saber que está despertando a los Dioses. Y la Ciencia, olvidando su noble papel, hace de metemuertos cada vez que la pronuncia. Algún día, el hombre se verá forzado a liberarla de los diccionarios. Y lo hará con vergüenza. La casualidad nunca es una causa desconocida. Si así fuera, tú no existirías. El azar será un tragahombres hasta que alguien lo haga retroceder y lo encierre en el cubil de los despropósitos. La casualidad, querido idiota, es la mejor demostración de la idiotez. Si la creación fuera gobernada por el azar, los Dioses (todos) estarían a su servicio. Otra cuestión es que no lo comprendas.

A partir de ahora aborrece esa palabra. Yo prefiero «causalidad». Es decir, Dios en zapatillas. Dios en los barrios bajos del alma. Dios vestido de átomo y dirigiendo la circulación cuántica. El mismo Dios en los trillones de espejos de mano de los soles. Dios de ida y vuelta. Dios fuera y dentro del espacio. Dios mezclando colores y removiendo la vida. Dios artesano de fuegos y lluvias. Dios dormido en las profundidades. Dios con la capa abierta de los vientos y ensayando universos en la música. Dios remando en el río del tiempo. Dios pastoreando el caos. Dios vigilando la evolución. Dios en el salto crucial de aquella rana, nuestro ancestro. Dios en cada «contrato». Dios, silencioso, haciendo paracaidismo en tu interior. Dios, en su máxima expresión y poder, en la mirada de un bebé. Dios moviendo los hilos de las verdades. Dios como vendedor ambulante de felicidad: el Dios de las pequeñas grandes cosas. Ésa, y no otra, querido idiota, es la explicación a lo inexplicable. Nada es azar. Mucho menos que tú estés leyendo estas líneas...

Saludos

15 de junio de 2003

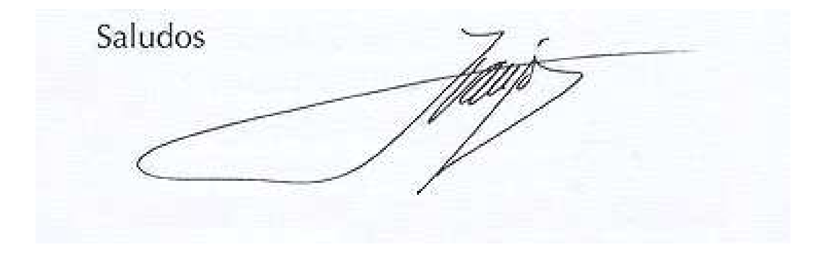
MORIR ES MUCHO MENOS DE LO QUE DICEN

Queridísimo idiota:

Debo concluir, de momento. Y lo haré a mi manera. La razón, como puedes apreciar, sigue ladrando a lo lejos. No es mala señal. Por mi parte he cumplido: has acariciado el pelo de visón de la intuición y has probado del árbol de la vida de las pequeñas-grandes cosas. No puedo hacer más. Ahora, la decisión es tuya. Tú debes elegir: vivir o VIVIR. Y termino estas líneas con el «negocio» que nos ha reunido al amor de estas cartas y que, en suma, provocó este aparente manicomio: la muerte. Mejor dicho, tu miedo a morir. ¿Recuerdas la petición al pie del quirófano?: «Si me concedes una prórroga te (me) prometo VIVIR.» No hablaré en esta despedida de lo que ya sabes. No te diré qué es la muerte porque ya conoces la dulzura de ese beso. No te diré «no temas» porque sólo se teme a lo desconocido. Tú, mi querido profano en casi todo, sabes cómo es el papeleo. Sabes muy bien que la muerte es pura inercia: la vida, diluyéndose en la VIDA. La muerte es abrir los ojos para siempre. Morir, en fin, es mucho menos de lo que dicen. Tú te has asomado al exterior, pero sólo tienes la visión parcial y poco certera del prisionero. Permíteme que abra de nuevo tu entendimiento y que te regale unos céntimos de libertad (sólo la información te hará libre, algún día). Después de la muerte, querido idiota, nada es como imaginas. Nada es como te han contado o como tratan de venderte. Nadie te juzgará. Sólo tú revisarás el contenido. Sólo tú juzgarás la calidad de la experiencia humana. Y te adelanto que nadie (nadie) pierde. Dios, en verdad, significa lujo. Nadie te bendecirá o condenará. VIVIR no significa acertar. VIVIR es cumplir lo firmado.

Y un último asunto: la muerte es un simple apeadero. Allí te esperarán los que te amaron pero, ¡ojo!, tu verdadero Padre te aguarda un poco más allá, en la estación central. La muerte es sólo un cruce de vías. Como decía el Maestro, quien tenga oídos, que oiga...

Regresaré si me necesitas.



28-Abril-03

J. J. Benítez
APDO, 141
BARBATE 11160 - Cádiz

Querido idiota:

Avanzar, contigo, es ver cómo avanzan los demás. Tendré que resignarme. Preguntabas ayer por el final de mi última carta. ¿Qué es eso de VIVIR en la duda?. ¿Por qué afirmo que vivir en la certeza es un SIN-VIVIR?. Veamos si soy capaz de hacer luz con los pedernales de tu inteligencia (?)...

Hace mucho tiempo, en tu infancia, la religión te obligó a pacer en la palma de su mano. Dios era un YAVÉ avinagrado. Un ahorrador patológico de virtudes (?) y, por supuesto, un quitameriendas de ilusiones no autorizadas. Así fue tu vida. Una "vida" (?) en la certeza de un Dios permanente e inexplicablemente cabreado. Una vida en el trapecio, pendiente, no de tus posibilidades, sino de las pautas marcadas por el director de pista. El menor desliz pecado y - "de morir en ese momento" -, condenación eterna. La certeza era [redacted] tal que tu vida quedaba reducida a un SIN-VIVIR. Un beso robado, un abrazo en la oscuridad o un pensamiento en libertad te convertían (por obra y gracia de esas certezas) en un monosabio de DIOS. Hoy lo sabes: nadie es un payaso para el buen DIOS. Todavía no sabes quién es (ya llegará la hora) pero la duda resulta más nutritiva que las viejas y saboteadoras certezas.

Hace tiempo, en tu juventud, otros sablistas de lo divino y de lo humano te dieron el tocomocho de las certezas. A saber: voluntades agavilladas y sujetas por las lenguas; yugos para los de siempre y flechas (todas) en la misma dirección; un destino en lo universal del dinero (sólo para gachos y tahúres compinchados con los sablistas) y el espejismo de una patria donde (supuestamente) lo bueno era vertical, monocromático y castrense. Y el menor desliz, como sabes, significaba hambre, libertad de pensar entre barrotes, ruina de la imaginación, tu nombre arrojado a las termitas del descrédito o el exilio (el extranjero era la nada de DANTE y un vivero judeo-masónico). Las certezas eran un cinturón de castidad en la frente. Como te decía, un SIN-VIVIR. Hoy, al menos, dudas y eso (mal que bien) te permite VIVIR.

Madurez.

El mundo, recién resucitado, dijo llamarse Lázaro y tú (ingenuo como un cubo de agua) lo abrazaste entre lágrimas. ¡Al fin la democracia!. ¡Al fin la gran certeza!. Poco después, tras las primeras lluvias, brotaron las verdades humanas: malparidos con el fétido aliento de la mentira permanente, políticos contrabandeando con la esperanza, mandamases a lo suyo

(a sus certezas), ayatollahs con la vergüenza en cuanto accidente, salvadores que nadie llamó con la verdad enlatada o granizada. Más o menos, los mismos marrulleros de tu infancia y juventud. Las mismas certezas con distintos collares...

Ancianidad (al caer) (?).

Tampoco el amor es la certeza que te cobijó. Ahora, más que nunca, es duda; es decir, más amor. Ahora, BLANCA, tu mujer, tampoco es certeza. Ahora, élla es tú y tú una mala aproximación. Aquella certeza de la posesión ya no es tal. Ahora, tu vida con élla no es un SIN-VIVIR. Ahora sí VIVES, gracias a ese gran amor (siempre en la duda).

Repito, pues, mi consejo, querido idiota: para VIVIR hay que dudar. No seas un pintamonas de las certezas. Eso déjalo para los mediocres y los muertos.

Saludos

2-MAYO-03

J. J. Benítez
Apdo. 141
BARBATE 11160
CÁDIZ- ESPAÑA.

Querido idiota:

Hoy quiero recetarte otra (muy especial) dosis de "pgc": periódicos atrasados. La lectura, sí, de esos diarios o revistas que ruedan por la casa o por las salas de espera como mendigos de la historia. Cuando el Destino los lance en forma de casualidad (?) hasta tus manos, ábrelos. Hazlo sin miedo. Ojéalos. Aterriza en sus titulares e imágenes. Con eso es suficiente. Al poco comprenderás. Repasar un periódico atrasado (cuanto más viejo, mejor) es sanear el alma, desratizándola de toda clase de vanidades. Hablo por experiencia. Entonces, al pasar las páginas, entre las paredes en sepia de semejantes historias, descubrirás a un socio con el que sólo has hecho malos negocios [hasta ahora]: la humildad. Otro huésped poco habitual en tu "vida" (?). Te aseguro que la práctica de esta pequeña-gran cosa es el mejor antídoto contra muchos de los errores del pasado. Nada (o casi nada), querido profano, merece la pena. ¿Qué fue de los genios?. Hoy, con suerte, están colgados en las enciclopedias o en las paredes. ¿Qué fue de los ricos?. Con suerte, son los más ricos del cementerio. ¿Qué fue de los poderosos?. Sólo tú, al pasear por su memoria, los has

resucitado brevemente. ¿Qué fue de los imprescindibles?. Hoy, como sabes, hay piezas de recambio para todo. ¿Qué fue de los santos?. Hoy sólo son la letra pequeña de los calendarios. ¿Qué fue de los buenos?. Su gloria fue tan larga como su duelo. ¿Qué fue de los codiciosos?. Murieron asfixiados por las sospechas. ¿Qué fue de los necios?. Están montunos en los cielos del olvido.

Todo, en suma, se ha ido, como el humo, por la chimenea de la historia.

Pues bien, querido idiota, una vez experimentada esta nueva "pgc", ¿qué se supone que debes hacer?. ¿Vivir para la fama?, ¿para el dinero?, ¿para la inmortalidad?. Yo te lo diré: toma de la mano a la humildad y VIVE en aparcería con ella.

Saludos

8-Mayo-03

J. J. Benítez
Apdo. 141
Barbate 11160
CÁDIZ - España.

Querido idiota:

Sigamos con las pequeñas-grandes cosas. En una oportunidad (sólo una) tuviste el suficiente valor (?) y lo experimentaste. La mar te recibió como una amante y te lanzaste a ella desnudo. Veo que ni siquiera lo recuerdas. Fue una inolvidable "pgc". Algo que no has vuelto a VIVIR. Nadar desnudo fue tu primera relación amorosa con la mar. Sin duda, la más limpia, intensa y sincera. La mar se aproximó [redacted] a tu piel y, curiosa, te acarició. Sus dedos eran colores y cada beso, una burbuja. Pero tú, tímido, casi huérfano de sensaciones (idiota al fin y al cabo), escapabas a cada roce y huías veloz seguido de miles de besos. No llegaste a comprender que la mar es una mujer y que, en esos momentos, te deseaba. No acertaste a descubrir que aquel sencillo acto de nadar desnudo era tu máxima aproximación a la libertad. De nuevo una pequeña-gran cosa te hacía VIVIR (con mayúsculas). Algo impensable cuando te cubres con normas y certezas. Y digo bien: máxima aproximación a la libertad. Sólo cuando pones el pie en el estribo de las sensaciones empiezas a deletrear la libertad. Sólo cuando VIVES la disfrutas (de lejos). Sólo entonces, los DIOSES se compa-

decen y relampaguean las verdades que nunca serán tuyas (aquí, en esta vida). No te confundas, querido idiota: la libertad no florece en este planeta. Lo que los hombres llaman libertad provoca la risa del Destino. Eres tú, justamente, quien (libremente) has decidido no tener libertad (insisto: aquí). De eso — de la formidable experiencia de vivir encadenado a un Destino — tendría que hablarte en otra ocasión. La libertad que venden los humanos es coja de nacimiento. La libertad humana impone (siempre imponen los que tienen mucho que perder). La libertad humana pisa siempre sobre cadáveres. La libertad, tal y como la concibe el hombre, está peleada con la otra mitad de la humanidad.

No, querido profano en la materia, la auténtica libertad no es de este mundo. Podría describirla (malamente) como nadar desnudo en la mente divina: conocer y experimentar (lo) TODO. ~~En~~ otras palabras: estrechar la mano del número UNO (ser UNO). Eso es libertad. Eso es sentir. Ahora, de momento, según "contrato", sólo puedes aspirar a escuchar su tañido. Sólo puedes (y debes) mirar por el ojo de la cerradura de las pequeñas-grandes cosas. Las sensaciones te harán señales.

Saludos

1-6-03

J. J. Benítez
APDO. 141
BARBATE 11160 - CÁDIZ
España.

Mi querido idiota:

Hoy quiero recordarte otro "negocio" en el que tampoco has hecho fortuna. Otro capítulo de tu vida, prácticamente en blanco. Yo lo llamo vivir al sur, pero, dada la alpargata que tienes por cerebro, me temo que tendré que detenerme en cada concepto. Así es tu vida: un viejo tren-correo que no llega nunca. Cuando hablo de vivir al sur me refiero a vivir lo más lejos posible de la razón. No te alarmes. En realidad, el loco eres tú. VIVIR al sur significa mudarse respecto a la actitud en la vida. Tú, hasta ahora, has preferido vivir en alquiler, pagando los altos precios exigidos siempre por la razón. Yo, ahora, te recomiendo que cambies de vivienda y que te conviertas en propietario. Se trata, sencillamente, de empezar a invertir tu propio capital: el de la intuición. Vivir al sur, por tanto, es VIVIR según la intuición. ¿Ventajas?. Sólo un idiota lo preguntaría. La intuición, querido profano, tiene alas. La razón funciona con ruedas (a veces cuadradas). La intuición es un habitante de otros espacios y de otros tiempos. Sabe antes y más que la razón. La intuición se mueve de puntillas. La razón, en cambio,

pesa tanto que apenas se mueve. La intuición permite ver a través del plomo de la razón. La intuición es el "lo sabía" de la mujer. Es decir, el caminar más rápido de todo lo femenino. La intuición no tiene forma. La razón, paradójicamente, deforma. La intuición son las gafas de DIOS. Con ellas descubres (al momento) la otra visión del mundo (la auténtica). La razón ni siquiera sabe quién es DIOS.

Vive, pues, mi querido idiota, al sur de la razón. No temas. Ella (la intuición) te guiará (no olvides que estás aquí para entrenar a un futuro DIOS). Abandona el frío norte de la razón y elige el calor del sur de la intuición. Ella jamás traiciona, nunca se equivoca. La razón, como creo haberte dicho, no siempre está en lo cierto. Utiliza la intuición para todo. Ella te hará comprender, por ejemplo, por qué las verdades no son de este mundo. Ella hará más fácil tu trabajo. Ella guarda los caminos de la imaginación. Ella dirigirá tus pasos en el amor. Ella habla los idiomas de las caricias, de los besos y de las miradas. Deja que sea ella quien tome la iniciativa en la amistad y recuerda que la intuición, como el buen DIOS, no sabe llevar las cuentas. Cuídate, querido idiota. Si pretendes VIVIR lo que te resta de vida, entonces, ven al sur. Mejor aún: si fuera posible, ven a VIVIR al sur del sur de la razón.

Saludos

9-JUNIO-03

J. J. Benítez
APDO. 141
BARBATE 11160
CÁDIZ - España.

Querido idiota:

Al pie del quirófano, con la muerte anclada en la vida, percibiste cómo "alguien" decía sí con el corazón y te regalaba una nueva partida de nacimiento. Y me pregunto: ¿has tenido que pagar por esa "concesión"?. Está claro que no. Tu vida no se fue al fondo gracias a la pericia del TIMONEL (así consta en el libro del Destino). Los cielos, querido profano, no están para hacer justicia, sino para regalar. (Otro día te hablaré de por qué el AMOR no necesita de la justicia. Somos los humanos - carentes de conocimientos y de autoridad en esa materia - quienes hemos inventado la justicia y, en el colmo de la idiotez, le hemos vendado los ojos. Somos nosotros, pobres idiotas, quienes pretendemos etiquetarlo todo, evaluando, incluso, el precio de la vida. ¿Crees que si Dios fuera justo tú estarías ahora donde estás? No, amigo, como creo haberte dicho, DIOS no lleva las cuentas. Eso lo hacemos nosotros mismos. DIOS tiene una profesión más liberal. DIOS sólo puede dar. Hace una eternidad que olvidó cómo se cierran las manos. Esa, en definitiva, es su naturaleza: abierto las veinticuatro horas. Y ese, a partir de

ahora, debería ser tu santo y seña: regalar para VIVIR. Suelta lastre. Aligera tu vida. Regala lo que más pesa. Empieza por el tiempo, esa bola a la que tú mismo te has encadenado. Sorpréndenos con una cucharada diaria de tus minutos. Regala tiempo. La vida, entonces, bella y jubilosa, te sacará a bailar.

Regala miradas (especialmente de plata). No dejes que los malentendidos te destrocen contra los fondos rocosos del odio o te pierdan en las oscuridades abisales de la indiferencia. Una mirada a tiempo es el mejor emisario.

Regala abrazos. Recoge el ancla de los recelos y navega al sur del sur. Regálate tú mismo. Toca y deja que te toquen. Los dedos son telegramas del alma.

Regala sorpresas. Practica el deporte de los Dioses. La sorpresa es un plato cocinado por el AMOR.

Regala "ahoras". No olvides que la vida sucede ahora. Mañana y después son espantapájaros.

Regala imposibles. Enseña a poner nombres a los sueños. Regala madrugadas. Pinta cada puesta de sol y empapela con ellas las soledades. Toma de la mano a Blanca y sube los peldaños de cada día. Escala ilusiones.

Regala regresos. Las despedidas (recuerda) son la muerte en cómodos plazos. No importa con qué objetivo: regresa cada vez que puedas. No importa dónde. Regresar es VIVIR de nuevo. Regresar es regalar vida.

Regala lo que nadie regala. Regala la calderilla de la risa y, ¿por qué no?, el arcón del misterio de las lágrimas. Regala calor allí donde tirites. Regala buen humor aunque el tuyo esté arrodillado. Regala, sobre todo, oportunidades. No es más grande quien más tiene, sino quien más permite que se tenga. Regala tolerancia y, sin querer, habrás descubierto el camino hacia las estrellas.

Regala, querido idiota, por puro egoísmo. Ha llegado el momento de aligerar tu vida y remontar el vuelo. Un vuelo (el último) para el que sólo necesitas las alas de la memoria.

Saludos

Jairo